

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«IN HOC SIGNO
VINCES»

La encíclica
«Lumen fidei»

La batalla de Puente
Milvio

Las Cruzadas
de Oriente

Lepanto, «la más
alta ocasión»

El segundo sitio
de Viena

San José
en las plegarias
eucarísticas



«Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, sufría la opresión del yugo de los césares, la cruz, aparecida en la altura a un joven emperador, fue simultáneamente signo y causa de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Otro signo se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo: el sacratísimo Corazón de Jesús con la cruz superpuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido candor. En Él han de colocarse todas las esperanzas; en Él han de buscar y esperar la salvación los hombres».

Sumario

Algunas consideraciones sobre «Lumen fidei» <i>Juan Antonio Mateo García, pbro.</i>	3
La batalla de Puente Milvio <i>Jorge Soley Climent</i>	5
Las Cruzadas de Oriente <i>Balbina García de Polavieja</i>	7
Santa Juana de Arco <i>María Asunción López</i>	10
Lepanto, «la más alta ocasión» <i>Oleguer Vives</i>	13
El santo Rosario y la batalla de Lepanto <i>P. Ribadeneira, S.I.</i>	16
Sobieski <i>José M.ª Bofill</i>	17
11 de septiembre de 1683: el segundo sitio de Viena <i>Emilio Boronat</i>	20
El «Milagro del Vístula» o la batalla de Varsovia del 15 de agosto de 1920 <i>Marcin Kazmierczak</i>	23
La restauración del Imperio romano en Occidente <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	26
San José en las plegarias eucarísticas <i>Cardenal Antonio Cañizares</i>	29
La santa Cruz en san Odilón, abad de Cluny <i>Guillermo Pons Pons</i>	31
Crónica de la XXIII Universidad de Verano Ramón Orlandis <i>José Ignacio Orbe</i>	35
Una historia de conversión. Alexis Carrel <i>Juan Jaurrieta</i>	36
Los mártires, testigos de la fe. Beato Miguel Pro, S.I. <i>Francesc M.ª Manresa Lamarca</i>	36
Doctores de la fe. San Isidoro <i>Marcos Alonso-Rodríguez Piedra</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

CUANDO contemplamos la situación espiritual de Europa no podemos dejar de reconocer la profunda penuria que la caracteriza. La antigua Cristiandad no quiere ya oficialmente reconocer sus raíces cristianas y por ello mismo tantos aspectos de su vida social están afectados por una situación para la que no encuentra solución. Benedicto XVI, al convocar el presente Año de la Fe, hacía referencia a ello. El mundo, y de un modo especial nuestra Civilización Occidental, está atravesando una crisis que tiene su explicación más verdadera en la crisis de fe que afecta a gran parte de la sociedad actual. Desde esta perspectiva se puede estudiar la historia de Europa y estar admirados y agradecidos por aquellas gestas que a lo largo de los siglos han ido jalonando esta historia de fe, defendida con grandeza de ánimo, esforzado entusiasmo y gran sacrificio y heroísmo. No ignoramos que algunos habrán podido calificar estas batallas de la fe como ejemplos de fanatismo religioso, hoy día superado por la Iglesia católica, pero este juicio, sin fundamento en el Magisterio de la Iglesia, nace de un desconocimiento total de las circunstancias históricas que rodearon aquellos acontecimientos. Desde la batalla de Puente Milvio, de la que ahora acabamos de conmemorar su 1700 aniversario, hasta la defensa de Varsovia en 1920 frente al Ejército soviético, pasando por la gloriosa y por tantos motivos cercana a la historia de Cataluña batalla de Lepanto, y por la heroica defensa de Viena en el siglo XVII frente a la amenaza de los turcos, se evidencia en todas estas batallas, alentadas muy frecuentemente y de forma expresa por los papas, el espíritu de fe que motivó a los que participaron en ellas, rubricando su testimonio con la entrega de sus vidas.

La Iglesia, hoy y ayer, ha enseñado con palabras y obras la importancia de la paz en la vida social. Sin ella no es posible conseguir aquellos bienes que sólo se pueden alcanzar a través de la actividad propia de la política. Sin embargo, también ha defendido de forma perseverante la necesidad de defender la libertad para poder predicar y practicar la fe en el único Dios verdadero.

San Agustín, en unas circunstancias también de crisis social, escribía en *La Ciudad de Dios*, refiriéndose a la actitud de la Iglesia: «Esta ciudad celeste, durante el tiempo de su destierro en este mundo, convoca a ciudadanos de todas las razas y lenguas, reclutando con ellos una sociedad en el exilio, sin preocuparse de su diversidad de costumbres, leyes o estructuras que ellos tengan para conquistar o mantener la paz terrena. Nada les suprime, nada les destruye. Más aún, conserva y favorece todo aquello que, diverso en los diferentes países, se ordena al único y común fin de la paz en la tierra. Sólo pone una condición: que no se pongan obstáculos a la religión por la que –según la enseñanza recibida– debe ser honrado el único y supremo Dios verdadero».

Se puede afirmar con evidente fundamento histórico que sin estas gestas admirables de entrega heroica de la vida en defensa de la fe, tanta veces providencialmente repetidas en la historia de Europa, habría desaparecido totalmente la civilización cristiana, y esperamos confiando en las promesas del Corazón de Jesús que renazca de nuevo para la mayor gloria de Dios y el bien de las almas.

Algunas consideraciones sobre «Lumen fidei»

JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA, PBRO.

Lumen fidei es la primera encíclica firmada por el papa Francisco que se suma a las encíclicas del papa Benedicto XVI sobre la caridad y la esperanza. No es difícil adivinar la pluma del papa emérito en este gran documento magisterial que, sin embargo, pertenece exclusivamente al magisterio del papa Francisco. Las dos encíclicas de Benedicto XVI y la actual de Francisco constituyen un lugar obligado para comprender la existencia cristiana que se articula en la clásica trilogía de fe-esperanza-caridad. Sería un buen trabajo de formación el leer estas tres encíclicas en el siguiente orden: *Lumen fidei*, *Spe salvi* y *Deus caritas est*.

La encíclica del papa Francisco presenta un objetivo claro recogido en el mismo título: La fe es luz, luz de Dios que salva. Sin esta luz la vida del hombre permanece en la oscuridad si bien la luz de la razón aporta algunas luces. Nuestro Señor Jesucristo se presentó como la luz del mundo y quien la sigue no camina en las tinieblas. Esta luz se ha ofuscado en gran parte de nuestros contemporáneos y es urgente recuperar el carácter de luz propio de la fe, capaz de iluminar toda la existencia del hombre y de ayudarlo a distinguir el bien del mal. La fe es luz, solidez, confianza; no es un arbitrario salto al vacío. Es cierto que la comprensión de su objeto, como enseñaba santo Tomás, es imperfecta, pues la fe no es la visión, por lo que la certeza de reposar en Dios mismo da una solidez formidable:

El papa Francisco, asumiendo los objetivos de la carta apostólica *Porta fidei*, quiere reavivar la percepción de la amplitud de los horizontes que la fe abre para confesarla en la unidad y la integridad. La fe, vivida y confesada en toda su amplitud, construye una vida y una historia llena de sentido.

Es sumamente interesante la presentación que el santo padre Francisco hace de Abraham, padre de creyentes. La presentación, comprensión y transmisión de la fe no se realiza sin el testimonio de los creyentes y por esto hay que acudir a modelos de fe. Los cristianos sólo pueden ser suscitados donde hay cristianos que viven la fe ejemplarmente. Ciertamente que la fe es don de Dios, pero es un don mediado por la vivencia de la fe de los creyentes. Por esto debemos acudir a los testigos de la fe para saber que es la misma. Imaginemos que queremos transmitir a una persona el amor y la pasión por la música. ¿Cómo lo lograremos? Evidentemente se supone que nosotros tenemos este amor, pues nadie da lo que no tiene. Y, esto supuesto, ¿cuál será el mejor camino? ¿Regalarle un completo y exhaustivo manual de teoría musical o poner esta persona ante un virtuoso que ejecuta la

música de manera perfecta? No hay duda. *Verba trahunt*. Lo mismo pasa con la fe. Por esto es tan importante el testimonio de los creyentes. Evidentemente hay que descartar una idea errónea según la cual nosotros seríamos los donadores de la fe gracias a nuestro buen ejemplo. Hay que mantener que la fe es don de Dios: Soy cristiano por la gracia de Dios, así empezaban todos los catecismos católicos. Pero este don el Señor lo suele dar por unos instrumentos: unos padres cristianos, un buen sacerdote, un amigo que vive la fe... Debemos recuperar esta conciencia de esforzarnos lo más posible en vivir en profundidad la fe para poder ser instrumentos de Dios para transmitirla. El ejemplo de fe de los creyentes es como un cuasi sacramento, signo eficaz del que Dios se vale para llamar a la fe. La Santísima Virgen María en primer lugar, puesto que es modelo supremo de fe cristiana, los mártires, los santos, deben ser repropuestos en este gran proyecto de la nueva evangelización para hacer revivir la fe en nuestra tierra,

La fe nos da acceso al mayor conocimiento de Dios que podemos adquirir en nuestra condición de hominibus y también nos revela la plenitud del conocimiento que podemos adquirir sobre nosotros mismos. Esto acontece en su máxima plenitud en Nuestro Señor Jesucristo pues, como enseñaba el concilio Vaticano II, sólo en el misterio del Verbo encarnado se revela plenamente el misterio del hombre. Por esto, proponer y enseñar la fe cristiana es el máximo servicio que podemos hacer a la humanidad. No es nada extraño, pues, el trato detenido que se dedica en Jesucristo en la encíclica, como aquél que nos abre el camino de la fe.

La fe, en efecto, no solo mira a Jesús, sino que también ve desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos. Usando una analogía, el Papa explica que, como en la vida diaria, confiamos en «la gente que sabe las cosas mejor que nosotros» –el arquitecto, el farmacéutico, el abogado– también en la fe necesitamos a alguien que sea fiable y experto en «las cosas de Dios» y Jesús es «aquél que nos explica a Dios.» Por esta razón, creemos a Jesús cuando aceptamos su Palabra, y creemos en Jesús cuando lo acogemos en nuestras vidas y nos confiamos a Él. Su encarnación, de hecho, hace que la fe no nos separe de la realidad, sino que nos permite captar su significado más profundo. Y, consecuentemente, una fe que no se encarna en la vida es una fe irreal. Nada más lejos de la experiencia cristiana que aquella manera de proceder que se condensa en el triste aforismo «creyente y no practicante». Yo siempre digo que esta ecuación equivale a «comediante»:

Gracias a la fe, el hombre se salva, porque se abre a un Amor que lo precede y lo transforma desde su interior. Y esta es la acción propia del Espíritu Santo: «El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su Amor, que es el Espíritu» (n. 21). Fuera de la presencia del Espíritu, es imposible confesar al Señor. Por lo tanto, «la existencia creyente se convierte en existencia eclesial», porque la fe se confiesa dentro del cuerpo de la Iglesia, como «comunidad real de los creyentes.» Los cristianos son «uno» sin perder su individualidad y en el servicio a los demás cada uno gana su propio ser. La fe cristiana es imposible sin la realidad de la Iglesia. No es casual: aquel que se aleja de la Iglesia acaba perdiendo la fe.

Otro gran aspecto de la fe que nos recuerda el papa es su integridad y objetividad. Por eso, «la fe no es algo privado, una concepción individualista, una opinión subjetiva», sino que nace de la escucha y está destinada a pronunciarse y a convertirse en anuncio. Nada más contrario a esto que la pretensión de hacerse una «fe a la carta». Santo Tomás era taxativo: Quien niega una verdad de fe, las niega todas, porque ya no cree con fe divina sino con opinión humana.

Actualmente, debido a la «crisis de verdad en que nos encontramos», es más necesario que nunca subrayar la conexión fe-verdad, porque la cultura contemporánea tiende a aceptar solo la verdad tecnológica, lo que el hombre puede construir y medir con la ciencia y lo que es «verdad porque funciona», o las verdades del individuo, válidas solo para uno mismo y no al servicio del bien común. Hoy se mira con recelo la «verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto», porque se la asocia erróneamente a la «verdad» fruto del consejo o de la imposición de la tiranía.

Fe-verdad-amor son inseparables. Muchos, seducidos por el relativismo y temiendo el fanatismo olvidan la pregunta sobre la verdad, sobre el origen de todo, la pregunta sobre Dios. La LF subraya el vínculo entre fe y amor, entendido no como «un sentimiento que va y viene», sino como el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da nuevos ojos para ver la realidad. Si, pues, la fe está ligada a la verdad y al amor, entonces «amor y verdad no se pueden separar», porque solo el verdadero amor resiste la prueba del tiempo y se convierte en fuente de conocimiento. Y puesto que el conocimiento de la fe nace del amor fiel de Dios, «verdad y fidelidad van juntos».

El Papa abre una amplia reflexión sobre el «diálogo entre fe y razón», sobre la verdad en el mundo de hoy, donde a menudo viene reducida a la «autenticidad subjetiva», porque la verdad común da miedo, se identifica con la imposición intransigente de los totalitarismos. En cambio, si la verdad es la del amor de Dios, entonces no se impone con la violencia, no

aplasta al individuo. Por esta razón, la fe no es intransigente, el creyente no es arrogante. La verdad nos vuelve humildes y nos conduce a la convivencia y el respeto del otro. La fe siempre, por su naturaleza intrínseca, se propone, nunca se impone, pues es metafísicamente imposible la imposición de una convicción que se rechaza interiormente. Siempre ha sido así

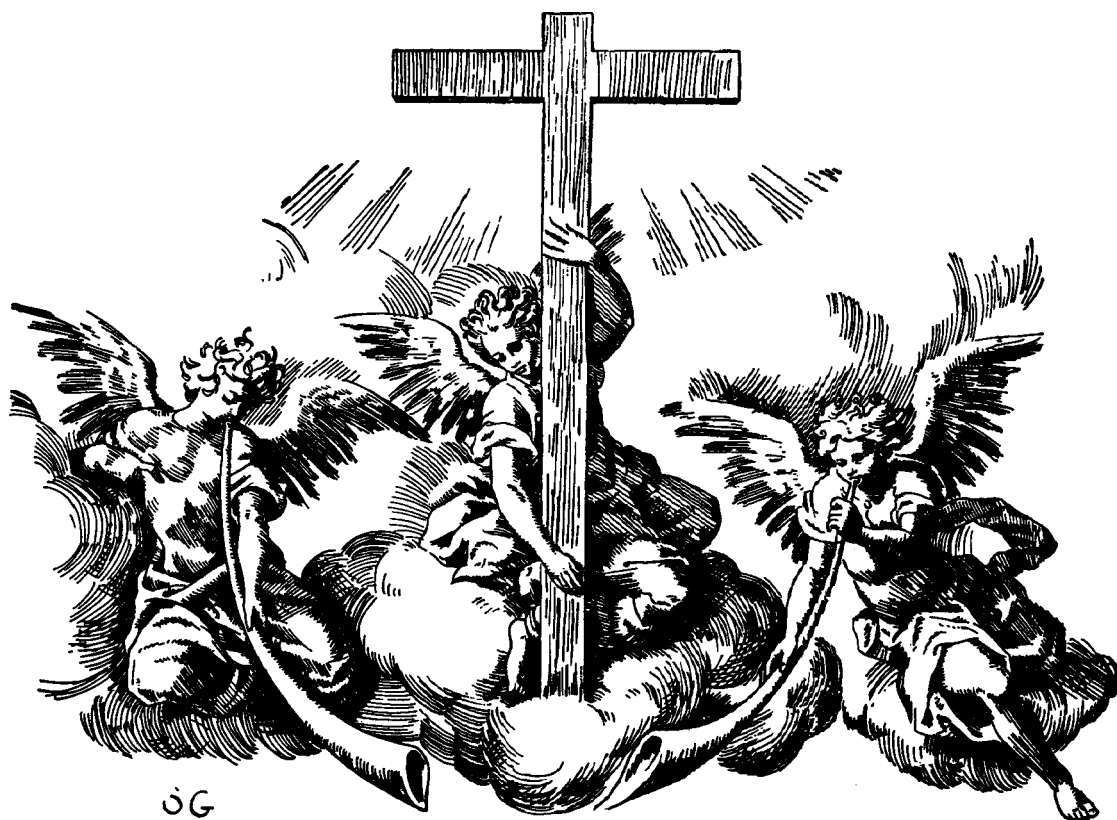
Otro punto que merece ser destacado es la relación intrínseca entre fe y teología. Sin fe, no hay teología. Los grandes teólogos lo tenían claro: la teología era definida como «doctrina fidei», «intellectus fidei», «cogitatio fidei», «fides quaerens intellectum», siempre en relación con su objeto y fundamento que es la fe divina y católica de la Iglesia. A veces me preguntan sobre ciertas obras de «teología» que contienen negación o desviación de la fe. Siempre recomiendo tirarlas a la basura. No son teología y sus autores en modo alguno pueden ser considerados teólogos católicos.

La encíclica nos recuerda que la fe no es una realidad inerte. Que es un don que debe recibirse, cultivar y proponer con responsabilidad. La fe debe ser alimentada para ir creciendo en su dinamismo de conformar toda nuestra vida y en todos sus momentos al designio de Dios. Por tanto debe recibir su alimento imprescindible como es la oración, los sacramentos, la escucha de la palabra de Dios y el esfuerzo para asimilarla cada vez más profundamente. ¿Puede sorprenderse uno al ver como muchas personas pierden la salud cuando la tratan a patadas? Lo mismo sucede con la fe. Por esto nadie la pierde sin culpa propia. Destaca el papa la gran responsabilidad de los padres y madres de familia en el cuidado de la fe de los más pequeños. Especial importancia de la Eucaristía para crecer en la fe. Sin misa no hay vida de fe posible. Es la desolación y la muerte espiritual.

Finalmente destacaría la mención de María como «Icono de la fe». Esto equivale a realización perfecta de la fe y, por tanto, principal instrumento de Dios para la comunicación de la misma. No podía ser de otra manera: María nos fue dada por Cristo mismo como Madre espiritual cuya función es cooperar a la generación y crecimiento de los hijos de Dios, lo cual acontece en la fe. Deduciría de ello una dimensión imprescindible mariana de la nueva evangelización. No olvidemos que nuestro modelo de fe no es Jesucristo, puesto que Él nunca tuvo fe. Él sabía, no «creía» que era el Hijo de Dios. Él hace posible nuestra fe en cuanto que es el objeto fundamental de la misma. Nuestro modelo de fe es María, la gran creyente, la Bienaventurada por haber creído. Que ella nos ayude a crecer en la fe y a comunicarla a nuestro mundo tan necesitado de fe. No olvidemos aquella inscripción tan frecuente en antiguos relojes de sol de nuestra tierra catalana, antaño tan cristiana: «*Jo sense sol i tu sense fe no som res*».

La batalla de Puente Milvio: de la era de las catacumbas a la libertad para construir una civilización cristiana

JORGE SOLEY CLIMENT



EL 28 de octubre del año 312 después de Cristo un suceso militar iba a resultar decisivo para la expansión y florecimiento de la fe cristiana. Ese día, en las inmediaciones de Puente Milvio, a las puertas de Roma, se iban a enfrentar los ejércitos de Flavio Valerio Constantino contra las huestes de Marco Aurelio Valerio Majencio. Ambos contendientes luchaban por el título de augusto de Occidente, uno de los cuatro cargos supremos en la Tetrarquía, el nuevo sistema de gobierno del Imperio ideado por Diocleciano.

Pero lo que podía haber sido una batalla más entre las muchas por el poder en el Imperio romano adquirió un carácter singular como consecuencia de un hecho externo que no entraba en los cálculos ni de los contendientes ni de aquellos que observaban su lucha. La vigilia de la batalla las tropas de Constantino vieron aparecer en el cielo una gran señal luminosa junto a unas letras en llamas que decían «*In hoc signo vinces*». Eusebio de Cesarea, el primer gran historiador de la Iglesia lo explica así: «Cuando el sol empezaba a declinar, Constantino vio con sus propios ojos en el cielo, más alto que el sol, el signo de una cruz sobre la que estaban escri-

tas las palabras *In hoc signo vinces*. Quedó penetrado de un gran estupor y junto a él todo su ejército», lo cual no es de extrañar, pues si bien habían numerosos paganos, el ejército de Constantino contaba con muchos cristianos entre sus filas.

Pero Constantino no se quedó en el estupor, sino que creyó en la visión y pasó a la acción, haciendo imprimir el monograma de Cristo, también llamado cristograma o crismón, (compuesto por las dos letras iniciales griegas de Cristo, la *X* y la *P*, superpuestas) en los estandartes de sus legiones e instituyéndolo como coronación del lábaro, el estandarte que usaban los emperadores romanos, en sustitución del águila de Júpiter. Las tropas de Majencio se posicionaron junto a la orilla del Tíber, mientras que las de Constantino, que se hizo grabar en su casco el crismón, se desplegaron a lo largo de la vía Flaminia (en 1913, san Pío X quiso rendir homenaje a la batalla haciendo construir la actual basílica de la Santa Cruz en ese lugar). Y la profecía se cumplió: bajo el nuevo signo, las tropas de Constantino consiguieron, en furiosa batalla, hacer retroceder a las tropas enemigas hasta las mismas aguas del Tíber, donde Majencio intentó huir en medio del caos sólo

para caer al río y morir ahogado en él, tras lo cual su cabeza fue entregada a Constantino.

Al día siguiente, el 29 de octubre, el vencedor de Puente Milvio, emperador indiscutido de Occidente, entró solemnemente en Roma a la cabeza de sus tropas por la vía Lata, la actual vía del Corso. Era costumbre que, después de una victoria, el vencedor se dirigiera hasta el templo de Júpiter Óptimo Máximo, en la colina Capitolina, y allí ofreciera sacrificios a esta divinidad. Constantino, en esta ocasión, consciente de que debía su victoria a Cristo, rompió con la tradición, lo que hizo que Lactancio pudiera escribir que «Constantino es el único entre los emperadores de todas las épocas que ha sido regenerado por los misterios de Cristo, el único entre los emperadores del pasado que se ha proclamado abiertamente cristiano» (aunque autoproclamado «cristiano», Constantino no recibirá el bautismo hasta poco antes de morir, de manos del obispo Eusebio de Nicomedia, en 337).

Se había ganado una batalla, pero sus consecuencias superaban con mucho las de otros ascensos imperiales: cuando no había pasado ni un año, el 13 de junio del año 313 d.C., el emperador Constantino promulgó el Edicto de Milán, por el que toda ley persecutoria contra los cristianos quedaba abolida y, en consecuencia, el cristianismo pasaba a convertirse en religión lícita dentro del Imperio (unos pocos años antes, entre 303 y 311, la Iglesia había sufrido la gran persecución de Diocleciano, la más grave de todas y en la que miles de cristianos encontraron la muerte, entre ellos san Sebastián, santa Inés o san Pancracio, siendo arrasadas ciudades enteras cristianas). Acababa así la era de las persecuciones en el Imperio romano y se abría una nueva época de libertad para la Iglesia que tantos frutos había de dar y que iba a transformar una civilización agotada en una floreciente Cristiandad, nunca libre de imperfecciones pero capaz de vivir en cristiano y de evangelizar a pueblos enteros. Como afirmaba el profesor Massimo Viglione en un reciente congreso, «con Constantino finaliza la era de las catacumbas y se inicia la historia política y civil de la Iglesia, una historia nunca terminada y que ha visto producir las más grandes maravillas de la civilización humana».

La batalla de Puente Milvio, para sorpresa de todos, fue una intervención providencial que cambió el curso de la historia y que se antoja decisiva para que la Iglesia haya podido realizar su labor durante varios siglos. No se la esperaba, pero apareció, dejando sumidos en el estupor inicial a grandes y sencillos: por primera vez aparecía en un campo de ba-

talla la cruz de Cristo, defendida en esta ocasión por las armas de los legionarios romanos. En contra de lo que defendían los herejes montanistas, la Iglesia nunca había enseñado que no fuera lícito para un cristiano el oficio de las armas. De hecho numerosos cristianos combatieron como soldados u oficiales de las legiones romanas, siendo algunos incluso canonizados, como san Eustaquio o san Mauricio y la Legión tebana, legión compuesta por alrededor de seis mil hombres, completamente cristiana, y que fue decapitada en su totalidad por orden del emperador Maximiano al rechazar participar en un ritual pagano que incluía el sacrificio de un esclavo.

Pero la aparición de la cruz en el cielo romano significaba algo diferente: era el mismo Cristo el que pedía a Constantino y a sus legiones que combatieran en su nombre. De este modo, no solamente quedaba demostrada la legitimidad del combate militar, sino que en ciertos casos se combatía en nombre de Dios. En cierto sentido, pues, podemos hablar de la batalla de Puente Milvio como de la primera cruzada de la historia. Además, se iniciaba el camino, largo y no exento de caídas, que llevaría al imperio cristiano soñado por san Ambrosio y que se realizaría en el año 800 por Carlomagno, padre y fundador de la Cristiandad medieval. Hoy en día se pone el acento sobre el hecho de que con Constantino la Iglesia deja de ser perseguida y obtiene libertad para desarrollar su acción evangelizadora, lo cual es muy cierto, pero se tiende a olvidar que esa libertad ganada por una acción divina no se agotaba en sí misma, sino que era una libertad para predicar, convertir e ir cambiando las costumbres de modo que una nueva civilización fuera apareciendo, no de la noche a la mañana, sino con gran esfuerzo y con el concurso decisivo de la divina Providencia, pero una civilización cristiana que reflejó, con todas las limitaciones que existen en esta tierra, la dignidad del hombre como hijo de Dios y su deber de glorificar a su Creador y Redentor con toda su vida. Esa civilización fue la que permitió a la Iglesia obrar sobre las almas como nunca antes lo había podido hacer y, precisamente por esto y por los frutos que se derivaron, ha sido esta civilización cristiana objeto de persecución y de descrédito por parte de los enemigos de la Iglesia y de los que han sido engañados por aquéllos. Pero diecisiete siglos después, aquella batalla, ganada ya la víspera por el signo que Cristo mostró en el cielo y por su aceptación por parte de Constantino, sigue siendo el punto de partida de una historia única que ha dado a la humanidad el periodo más benéfico que jamás haya vivido.

Las Cruzadas de Oriente

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

EN un sentido amplio, el término *cruzada* designa a todas aquellas guerras y expediciones militares emprendidas con el objetivo de defender la Cristiandad frente a una amenaza que haya puesto en peligro la fe de los cristianos, su orden social o su misma supervivencia. En este sentido, se pueden considerar como cruzadas empresas militares tan distantes en el tiempo como la Reconquista, la Cristiada mexicana, o la guerra civil española. Ahora bien, la cruzada por excelencia, de la que todas las demás toman el nombre, es la que se realizó durante los siglos XI y XII con el objetivo de recuperar Jerusalén y los Santos Lugares de Palestina, que habían caído bajo el poder de los turcos.

En el siglo VIII, el islam había logrado dominar Siria, Egipto, África del Norte y la mayor parte de España. En Oriente, la fuerza que había detenido su expansión hacia Europa era el Imperio bizantino. Pero a comienzos del siglo XI, un nuevo pueblo islamizado, nacido en las estepas de Asia, comenzó a presionar sobre sus fronteras. De origen mongol, los turcos llegaban en sucesivas oleadas, destruyendo, incendiando y matando. Habían intentado atacar muchas veces el territorio bizantino, pero nunca llegando a establecer una base permanente, hasta la batalla fatal de Manzikert (1071), a raíz de la cual invadieron toda Asia Menor. La amenaza turca llegaba a las puertas de Constantinopla. Mientras tanto, se vejaba y maltrataba a los peregrinos que viajaban a Tierra Santa y se profanaba el Santo Sepulcro.

En tan desesperada situación, el emperador bizantino, Alejo Comeno, pidió auxilio a la Cristiandad occidental. Como respuesta, durante el Concilio de Clermont (noviembre de 1095), el papa Urbano II exhortó a caballeros y peregrinos para que fueran a socorrer a sus hermanos orientales y a los cristianos de Tierra Santa. Inicialmente, miles de hombres sin ninguna organización se pusieron en marcha hacia el este. Su expedición no tuvo ninguna consecuencia militar, ya que fueron fácilmente aniquilados por los turcos en Asia Menor; sólo meses más tarde se puso en marcha un ejército organizado, bajo el mando del duque Godofredo de Bouillon.

Este ejército, formado por unos trescientos mil voluntarios francos y normandos, estaba dirigido por algunos nobles y un legado del Papa. Los participantes eran llamados a «aceptar la cruz», lo cual quería decir que debían prestar juramento antes de

incorporarse a la expedición militar. Desde aquel momento, debían lucir una cruz de tela en su ropa de forma permanente hasta que cumplieran el juramento. De ahí el nombre de «cruzados».

¿Qué pudo mover a tantos caballeros occidentales a embarcarse en un esfuerzo tan desmedido? Asombra, si se piensa en las distancias recorridas: un señor de la Baja Normandía tenía que recorrer por tierra unas 1.300 leguas más o menos antes de llegar a Jerusalén; el esfuerzo era mayor que el de Napoleón cuando invadió Rusia en 1812.

Algunas interpretaciones explican que lo que perseguían los cruzados era obtener una ganancia material, a través de una colonización o de un botín. Pero en realidad, la empresa de las Cruzadas fue extremadamente costosa. Los cruzados vendieron sus propiedades con objeto de reunir dinero para su largo viaje a Tierra Santa, sabiendo que quizás nunca regresarían. Por otra parte, hay que tener en cuenta que, sin un sistema adecuado de aprovisionamiento, los primeros cruzados tenían que saquear para sobrevivir, lo que explica su preocupación por el botín.

Otra explicación al atractivo que ejercían las cruzadas es que las familias, al volverse más numerosas, estaban preocupadas por la presión que ello ejercía sobre sus tierras, y alentaban u obligaban a los miembros varones a probar fortuna en otro lugar. Pero estudios recientes revelan que la gran mayoría de los cruzados no eran «segundones» que iban buscando ganancias, sino señores con fincas propias y hombres que tenían mucho que perder.

«Resulta imposible eludir la conclusión de que las cruzadas fueron una verdadera actividad devocional. Los cruzados se comprometían a combatir como un acto penitencial por medio del cual devolvían a Dios lo que le debían por haber pecado.»¹ No se esperaba de ellos que emprendieran una gloriosa travesía, sino que se vistieran sencillamente como peregrinos y llevaran sus armas y armaduras en las alforjas de sus animales de carga, movidos por el deseo de servir a Cristo aceptando su cruz, defendiendo su Iglesia y ocupando y retenien-

1. Después de la conquista de Jerusalén en 1099, muchos cruzados volvieron a Europa llevando únicamente las palmas que acreditaban haber cumplido su juramento. RILEY-SMITH, J.: *¿Qué fueron las cruzadas?*, Acanalado, Barcelona, 2012, p. 31.



El Concilio de Clermond (1095), convocado por el papa Urbano II

do físicamente la región santificada por su presencia.²

Una vez que llegaron a Constantinopla, los cruzados fueron presionados para jurar fidelidad al emperador bizantino. Después, éste les proporcionó barcos para cruzar a Asia Menor, donde iniciaron su avance conquistando Nicea, Antioquía y otras ciudades, hasta llegar a Jerusalén, que fue tomada en junio de 1099.³ A pesar de la inferioridad numérica

2. Como ejemplo de espíritu que animaba las cruzadas tenemos las palabras de san Bernardo, gran propulsor de la segunda cruzada: «Avanzad con certeza, caballeros, y partid sin temer a los enemigos de la cruz de Cristo, seguros de que ni la muerte ni la vida os pueden separar del amor de Dios que se halla en Jesucristo. ¡Cuán gloriosos son los que regresan victoriosos del campo de batalla! ¡Cuán felices son quienes mueren como mártires en la batalla! Regocijaos, valientes atletas, si sobrevivís y vencéis con el Señor; pero regocijaos y glorificaos aún más si morís y os unís al Señor. Porque vuestra vida es plena y vuestra victoria es gloriosa, pero la muerte es más fértil y gloriosa. Porque si aquellos que mueren en la gloria del Señor son bendecidos, ¡aún lo son más quienes mueren por Él!» Ídem.: p, 104.

3. En la historia de las Cruzadas se mezclan episodios heroicos con acciones atroces, como la matanza que siguió a la conquista de Jerusalén que, por otra parte, según los estándares militares de la época, no estaban fuera de lo habitual (en aquellos tiempos se aceptaba como un principio general de la guerra que si una ciudad sitiada se resistía a entregarse podía ser saqueada, y que si no se resistía se tendría piedad de ellos). Hay que tener en cuenta que la nobleza, a lo largo de la Edad Media, fue siendo educada por la Iglesia para ajustarse cada vez más al ideal de la caballería, pero ello no quita que las pasiones y pecados de los hombres continuaran estando presentes. Sin embargo, aquellos mismos hombres tenían fe, eran capaces de conmoverse a la vista de los lugares que Cristo había bendecido con su presencia y de arrepentirse de sus pecados.

de sus ejércitos, los cruzados consiguieron muchas victorias.

El resultado fue la creación de un reino cristiano en Oriente, el reino de Jerusalén, que consiguió sobrevivir hasta 1187. El condado de Trípoli, el principado de Antioquía y el condado de Edesa también eran territorios de los cruzados, dependientes del reino de Jerusalén, al que estaban ligados por lazos de vasallaje. La monarquía fue lo que permitió al territorio cruzado mantener un principio de unidad frente a la autoridad de los nobles, que habían llegado como jefes feudales, muchas veces enfrentados entre sí por sus ambiciones personales. También la riqueza de las ciudades portuarias marítimas, el renovado entusiasmo de los que llegaban y las grandes órdenes militares –templarios y hospitalarios– mantuvieron la existencia del reino de Jerusalén durante casi un siglo.⁴

4. El musulmán español Ibn Jubair (1145-1217) atravesó el Mediterráneo hacia 1180 en su camino a La Meca, y tuvo ocasión de observar que los musulmanes estaban mejor en las tierras controladas por los cruzados que en los territorios islámicos. «Después de dejar Tibnin (cerca de Tiro), atravesamos un abigarrado conjunto de granjas y pueblos cuyas tierras estaban cultivadas de manera eficiente. Los habitantes eran todos musulmanes, pero convivían cómodamente con los francos. Sus viviendas les pertenecen y sus propiedades no les son arrebatadas. Todas las regiones controladas por los francos en Siria responden al mismo sistema: los dominios de tierras, los pueblos y granjas han quedado en manos de los musulmanes. Ahora bien, en el corazón de gran parte de estos hombres se alberga la duda cuando comparan su parte con la de sus hermanos que viven en territorio musulmán. En realidad, estos últimos padecen la injusticia de sus correligionarios, mientras que los francos actúan con equidad». SPENCER, R.: *Guía políticamente incorrecta del islam (y de las Cruzadas)*, Ciudadela, Madrid, 2007, p. 160.

Existían, no obstante, algunos puntos débiles que con el tiempo llevaron al fracaso la empresa de los cruzados. Por una parte, la lentitud con que actuaron en muchas ocasiones, causada por las rivalidades y enemistad entre ellos y con los bizantinos, así como la falta de visión estratégica global y la improvisación, que les hizo pasar por alto la conquista de ciudades claves como Alepo y Damasco cuando todavía estaban a tiempo.

Si los cruzados hubieran ocupado en forma permanente toda la franja marítima de Siria entre el Mediterráneo y el desierto, habrían dividido al islamismo en dos partes –Mesopotamia y Egipto–, pero nunca la ocuparon toda. Dominaron su parte occidental, la franja costera, pero no lograron dominar su parte oriental, y a lo largo de esa parte oriental, los musulmanes pudieron comunicarse a su antojo y pasar de Oriente a Occidente y concentrar ejércitos a espaldas de los invasores occidentales de la costa. Es lo que ocurrió en 1187, cuando el emir de Egipto, Saladino, unificó todas las fuerzas del islam para derrotar a los cruzados en la batalla de Hatín, acontecimiento que marca el final del dominio cruzado en Palestina.

Después de este histórico episodio de 1095-1187 de la gran irrupción de toda la Europa occidental en Oriente para el rescate del Santo Sepulcro, se sucedieron diversas expediciones, generación tras generación, que también recibieron el nombre de Cruzadas. Sin embargo, todas fracasaron por falta de hombres. La pérdida de Jerusalén en manos de Saladino conmovió a la Cristiandad, pero no lo suficiente como para que se mantuviera el esfuerzo por rescatarla. Especialmente al producirse en Europa, a mediados del siglo XII, un cambio político que distrajo la atención de Oriente. Los intereses particulares, más fuertes que el interés general de la Cristiandad, habían surgido y comenzaban a actuar de forma independiente. Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra, poseía al mismo tiempo la mitad de las tierras de Francia, como vasallo del rey de Francia, lo cual quería decir que el rey de Francia tenía un vasallo más poderoso que él. La viva disputa entre ellos, que, pasados los siglos, daría lugar a la guerra de los Cien Años, impidió en

su momento que se socorriera a Jerusalén cuando ésta aún se mantenía en pie.⁵

Con el tiempo, los turcos tomaron Constantinopla (1453), conquistaron todo el valle superior del Danubio, la llanura de Hungría y continuaron amenazando a Europa durante siglos, hasta sitiar Viena (1529). Sin embargo, a pesar de que las Cruzadas fracasaron en su objetivo principal, jugaron un papel fundamental en la prevención de la conquista de Europa por el islam. «Si Godofredo de Bouillon, Ricardo Corazón de León y otras innumerables figuras no hubieran arriesgado sus vidas para mantener el honor de Cristo y de su Iglesia a miles de kilómetros de sus hogares, los yihadistas seguramente habrían invadido Europa mucho antes.»⁶ Los ejércitos cruzados no solamente los mantuvieron a raya en un periodo crucial, peleando en Antioquía y Ascalonia, sino que también unificaron ejércitos que de otro modo no habrían existido. El llamamiento del papa Urbano unió a los hombres en torno a una causa; si ésta no hubiera existido, muchos de esos hombres no habrían sido guerreros ni habrían estado preparados para rechazar una invasión musulmana de sus tierras.

Está muy difundida la creencia de que el papa Juan Pablo II pidió perdón por las Cruzadas. En realidad no es así, y lo más cerca que estuvo de ello fue el 12 de marzo de 2000, cuando dijo durante su homilía: «No debemos dejar de reconocer las infidelidades al Evangelio cometidas por algunos de nuestros hermanos, especialmente a lo largo del segundo milenio. Pidamos perdón por las divisiones que tuvieron lugar entre los cristianos, por la violencia que algunos usaron al servir a la verdad, y por la desconfianza y actitudes hostiles que a veces han existido hacia los adeptos a otras religiones.» En palabras de Robert Spencer, «difícilmente puede esto considerarse “pedir disculpas” por las Cruzadas. Los cruzados no se merecen el oprobio del mundo, sino su gratitud.»⁷

5. BELLOC, H.: *Las Cruzadas*, CS Ediciones, Buenos Aires, 2007, p. 206.

6. SPENCER, R.: Op. cit., p. 189.

7. Ídem.: p. 173.

Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida.

S. S. FRANCISCO: Enc. *Lumen fidei*

Santa Juana de Arco*

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

Francia en 1429

UN país ocupado por tropas extranjeras, un pueblo abatido, un ejército desmoralizado, una hacienda agotada, un favorito poderoso y un rey joven, indeciso, indolente y apático, que duda hasta de su derecho a la corona. Tal es la situación de Francia en 1429, en los comienzos del reinado de Carlos VII.

Este príncipe despojado e inexperto tiene que habérselas con Felipe el Bueno, duque de Borgoña, el hombre de estado más sutil, refinado y ambicioso de su generación; con Bedford, el famoso diplomático y hábil militar, que manda las tropas inglesas que invaden Francia y poseen incluso la capital; y con los cortesanos que se disputan su favor o, mejor dicho, usurpan su voluntad. Sin embargo, el rey elige de entre estos cortesanos los favoritos que se van turnando y son los que realmente gobiernan.

Desde luego que tanto a los favoritos como al resto de los cortesanos les importa más su medro personal que la salvación de Francia y el servicio del rey; por lo tanto, lo único que desean es obrar impunemente en provecho propio. Para ello entretienen y adormecen al rey con fiestas cortesanas, que dicen bien con su carácter frívolo, y se suceden sin interrupción de castillo en castillo. Nada se omite para hacerlas suntuosas y en ellas dilapidan las grandes sumas que los Estados Generales han otorgado para la guerra. Este insulto al pueblo empobrecido le hace perder la fe y respeto a la realeza, llegando a decirle cara a cara al rey que «nadie podría arruinar a Francia más divertidamente que él», y con su certero instinto señalan también a los nobles y murmuran: «Ahí tenéis a esos que llevan de buena gana oro y perlas en el sombrero, derrochan nuestro dinero, y no saben arrojar a los ingleses ni someter a los borgoñones.»

El rey no es precisamente que sea cobarde y carezca de talento; pero es perezoso y deja enajenar su voluntad, aceptando siempre la opinión del último que le habla. Estas vacilaciones, sin embargo, son debidas en gran parte a que, además de las difíciles circunstancias exteriores, le quita la fuerza moral una duda abrumadora: no tiene la seguridad de ser rey legítimo. Dan pábulo a esta duda cruel la

locura intermitente que aquejó a su padre Carlos VI, y la juventud liviana de su madre Isabel de Baviera, de una parte; y de otra el equívoco, que le declara tácitamente bastardo, a que ésta da lugar pronunciándose decididamente en favor de los ingleses, eliminándole a él, y consintiendo que Enrique V de Inglaterra se titule ya rey de Francia.

Ingleses y borgoñones aprovechan este momento favorable y deciden lanzarse a fondo al sitio de Orleans, posición clave para pasar el Loira y conquistar toda Francia.

El desprestigio y la pobreza no permiten a Carlos VII reunir tropas; entre él y su tesorero no tienen ni cuatro escudos de oro; sabe que en este aspecto depende enteramente de sus cortesanos y favoritos, que disponen del dinero del país por la acumulación de cargos y grandes riquezas, y, por otra parte, los cree también incapaces de salvar la situación.

Considerando todos estos desastres como castigo del Cielo, viéndose impotente y decidido a abandonarlo todo, hace esta plegaria, que revela su profundo desaliento: «Señor, si soy rey legítimo y heredero de la corona de Francia, amparadme; si no soy, haced que pueda escapar a la muerte y a la prisión, dejándome llegar a Escocia o España.»

Ni política ni militarmente había para Francia remedio humano.

La pastorcita de Domrémy

EN este momento crítico llega a Chinon, donde está la Corte, el mensaje de una pastorcilla solicitando una audiencia del rey,

La recomienda vagamente una carta de Robert de Badricourt, capitán de Vaucoleurs, y se saben algunas noticias de ella. Se llama Juana de Arco, tiene diecisiete años y ha vivido siempre con sus padres y hermanos en la aldea de Domrémy, en tierras de Lorena. Ni siquiera sabe leer, no ha hecho en su vida más que hilar en invierno y guardar ganado en la época de los pastos. Voces celestiales y misteriosas, en las que reconoce a san Miguel, santa Catalina y santa Margarita, le han transmitido de parte de Dios la misión de salvar a Francia, y no tiene más formación que estas voces venidas del ciclo. Es ingenua, sencilla, todo en ella es diáfano y la rodea un nimbo de pureza angelical.

* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 140, de 15 de enero de 1950.

Habla con tal seguridad del plan que viene a realizar en nombre de Dios, que arrastra las voluntades de todos. El rumor de sus revelaciones ha llegado hasta el Duque de Lorena, que le ha dado un salvoconducto. Las gentes de Vaucoleurs le han proporcionado espada, caballo, armamento y equipo de guerrero, y unos voluntarios le sirven de escolta y guía para dirigirse a Chinan.

Esto solo es ya inaudito, pero la letra del mensaje que la precede es más extraordinaria aun. De parte de Dios, ofrece al rey la liberación de Orleans, su pronta y solemne coronación en Reims, el triunfo de su ejército y la expulsión del invasor. Su Majestad no tiene que hacer otra cosa que fiarse de ella y darle el mando del ejército. «Yo traigo, dice, el mejor auxilio que jamás se trajo a una nación o a un ejército: el auxilio del Rey del Cielo.»

Entre las complicaciones políticas y las intrigas cortesanas desconcierta este lenguaje tan claro; la oferta de un auxilio tan sorprendente, rápido y eficaz, contrasta con las dilaciones diplomáticas y las componendas que evitan siempre posiciones definidas. Ante esto reaccionan todos en un sentido u otro y surgen las más variadas opiniones, protestas y comentarios.

«Es una loca o una bruja», dice el favorito Le Tremouille, temiendo por su privanza.

«¿Por qué no se la hace venir y la examinan los teólogos de la Iglesia y los consejeros de la Corona?», sugiere la suegra del rey, Yolanda de Aragón, cuya intuición prevé lo valioso de este auxilio.

«¿Ha de poder más el brazo de una mujer que el de los varones del reino?», dicen despechados los guerreros.

Cada uno da su opinión y hace el comentario de acuerdo con sus intereses, pero la fama de esta Doncella ha llegado hasta Orleans y la ciudad sitiada reclama su auxilio.

El rey está en uno de estos momentos de lucidez que producen a veces las situaciones desesperadas, y emancipándose por primera vez del parecer de la mayoría de sus cortesanos, acepta la sugerencia de la reina Yolanda y decide recibirla.

Buenas nuevas

EN el gran salón del castillo, alumbrado con antorchas, resplandeciente de lujo y lleno de cortesanos y soldados, el rey, disfrazado de caballero mediocre, la espera confundido entre todos. Juana, sin titubear y sin turbarse, se dirige a él directamente, le hace las reverencias de rúbrica, como si toda la vida hubiera estado en la Corte, y le saluda así: «Dios os dé una vida feliz, noble Delfín; alegraos porque os traigo buenas nuevas.»

El rey la remite a un cortesano diciéndole «éste es el rey». Sonríe Juana viendo que quieren engañarla, y contesta: «Por Dios, noble príncipe, vos sois el rey y no otro. Yo os digo que Dios tiene misericordia de vos y de vuestro pueblo, pues san Luis y Carlomagno están delante de Él y ruegan por vos. Yo soy Juana, la Doncella, y mi Señor me envía para salvaros a vos y a vuestro reino.»

Asombrado, le pregunta el rey: «¿Y quién es vuestro Señor?»

«Es Dios», responde Juana sin vacilar, «es mi Señor y el vuestro. El reino de Francia que yo os conquistaré por su mandato, debéis dárselo porque le pertenece, pero este Señor quiere que vos seáis rey y gobernéis como su lugarteniente.»

Atónitos escuchan el rey y sus cortesanos. Se han desvanecido las sonrisas burlonas, aun los más despechados prestan atención. ¿Qué tiene Francia sobre las demás naciones, para merecer el privilegio de que Dios tome directamente partido por ella? ¿Qué tiene esta pastorcita que con tan audaz sencillez ofrece y pide cosas tan estupidas?

Ofrece el reino que está prácticamente perdido, eso lo entienden perfectamente, pero les desconcierta lo que pide: la sumisión a Dios en forma de que los actos de la vida práctica, civil y laica se sometan a las leyes de la voluntad divina, pues la vida social no ha de estar menos que la religiosa bajo el control de Dios. Partiendo de estos principios y sin ninguna complicación, organizará ella el ejército.

El rey lo entiende menos que nadie, y vuelve a invadirle de nuevo la pereza intelectual; como no toma ninguna determinación parece que la audiencia está terminada. Juana se le aproxima entonces algo más, y en llano confidencial, no tan alto que pudieran oírlo todos, pero sí lo suficiente para que no pasase inadvertido de los más próximos, le dice: «Yo os digo, de parte de mi Señor, que vos sois el verdadero heredero de Francia, el hijo legítimo del rey.»

Carlos VII, visiblemente emocionado por esta respuesta tan evidente y clara a la súplica que había hecho en la soledad de su aposento y conocida sólo de Dios, concede a Juana una audiencia privada que dura dos horas.

Nadie sabe cuáles son las pruebas que en esta audiencia dio la Doncella de la autenticidad de su misión, pero el rey declaró «que le había levantado el corazón al revelarles secretos tan íntimos que sólo podía conocerlos por la revelación divina, pues jamás los había confiado a nadie, y que Juana poseía su confianza».

La educación cortesana es flexible y sabe disimular. Todos se inclinan ante la pastorcita que el favor del rey cubre desde ahora con su manto real.

¡A Reims! ¡A Reims!

DESPUÉS de ser examinada por los teólogos, éstos dictaminan que no aceptar su ayuda sería resistir al Espíritu Santo, y que la prueba de que ha recibido la misión de Dios ha de ser el cumplimiento de la misma, cosa imposible, naturalmente.

Entonces se autoriza a Juana para organizar el ejército, y ella pone como condición esencial que no haya en él ocasión de pecado. Que los nobles dejen sus devaneos y los soldados confiesen y comulguen para ponerse en gracia de Dios.

En torno a su estandarte, en el que se representa al Rey del Cielo amparando las flores de lis, se agrupan en gran número los buenos franceses, y se emprende la marcha hacia Orleans después de haber entonado el *Veni Creator*.

Juana anima a los soldados: han de ser valientes y pelear con brío; ellos batallarán y el Señor les dará la victoria. En una semana efectúan cuatro salidas, toman el fuerte de Las Tourelles y liberan la ciudad, que hacia ocho meses estaba sitiada con trincheras y fortificaciones. Juana entra triunfante con armadura de guerrero, montada en un caballo blanco, y escoltada por las tropas se dirige a la Catedral.

En medio de las ovaciones delirantes del pueblo, que la aclama como su libertadora, conserva su sencilla humildad, recibe a los suyos con llaneza. Ni un momento le abandona la persuasión de que es simplemente un instrumento. El triunfo es sólo de Dios y a Él atribuye toda la gloria. No se entretiene en recibir parabienes. Ha logrado desconectar las tropas enemigas, que andan desorientadas, y prosigue inmediatamente la campaña.

Se sitia a Jargeau y se toma por asalto el puente de Meung; tras la gloriosa jornada de Patay, el pueblo y el ejército, contagiados por el noble entusiasmo de la Doncella, claman: «¡A Reims! ¡A Reims!». Atraviesan territorios ocupados por tropas enemigas, que la audacia de la empresa tiene paralizadas; todos los obstáculos se abaten a su paso. Auxerre se somete; Troyes opone resistencia, pero es fácilmente conquistada; el pueblo de Châlons, con su obispo a la cabeza, sale a su encuentro en procesión, y al llegar frente a Reims, los habitantes de la ciudad obligan a salir de ella a las guarniciones borgoñas y se entregan al rey.

El 17 de julio, no hacía aún seis meses que Juana había dejado Domrémy, cumple al rey la palabra que le había dado en nombre de Dios. Bajo las amplias bóvedas de la catedral de Reims, el rey es coronado y ungido con óleo de la Santa Ampolla.

Con ello recibía Carlos VII, por obra de la fe y el

genio de Juana de Arco, la suprema consagración de los reyes de Francia.

Santa Juan de Arco

LA generosidad de Juana de Arco no conoce límites. Nada pide para sí ni para los suyos; solamente se arrodilla a los pies del rey, le recuerda que el reino es de Dios, le muestra el pueblo que le aclama y está presto a seguirle para conquistar íntegra la nación.

Francia se ha recobrado. El ejército vibra de fe y de entusiasmo. El rey se considera seguro, y, alma pequeña, temiendo que la gloria de Juana le haga sombra, la abandona y echa sobre sí el baldón de ingratitud que nunca le perdonará la historia.

En vez de dejarle proseguir la campaña, el rey le quita las mejores tropas, pacta treguas con los enemigos, defrauda al ejército y al pueblo y vuelve a las fiestas de sus castillos del Loira.

Amparada por esta ingratitud que se cierne sombría sobre Juana, se fomenta la traición y la envidia de las camarillas reales, en las que vuelven a privar los favoritos con Le Tremouille a la cabeza. La salvadora de Francia es traicionada y vendida, sin que el indigno rey que le debe la vida y la corona le tienda una mano o diga una palabra para defenderla.

Esto es incomprendible. Aquí se clava la imaginación del pensador. «En la historia moderna no hay crimen contra Dios y la patria semejante al que cometieron Carlos VII y sus favoritos, y asimismo es incomprendible la grandeza de Juana de Arco.»

Perseguida, calumniada, indefensa, víctima de la envidia y la traición, el elemento oficial de la Francia que ha salvado se erige en su inicuo juez, y mandatarios viles y cobardes la venden, la entregan a Inglaterra para que sea su verdugo.

La hoguera de Ruan añade a su corona de virgen la palma del martirio.

Estos hechos, únicos en la historia del mundo, sobrepujan a la fantasía y a la leyenda, pero pueden resistir la más rigurosa crítica histórica.

Juana de Arco, además de ser heroína, es santa. Como a Jesús, los suyos le traicionaron y le vendieron, pero a pesar de ello cumplió su misión y se realizaron sus profecías. El mundo fue con ella cruel, pero la Iglesia, madre amorosa, da a todas sus hazañas un nuevo relieve. Le rinde un homenaje y le da un premio que ninguna nación ni ningún rey le puede dar: el culto y el altar.

Después de pasados tantos siglos, perdura la memoria gloriosa de la pastorcita de Domrémy, que es hoy santa Juana de Arco, patrona de Francia.

Lepanto, «la más alta ocasión»

OLEGUER VIVES

DE esta manera se refiere Miguel de Cervantes a lo que vivió el 7 de octubre de 1571, a bordo de *La Marquesa*, en Lepanto: «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». No es exagerada esta afirmación del Manco de Lepanto. Europa, la civilización cristiana, se encontraba en jaque. Los turcos islámicos se habían hecho con el dominio del Mediterráneo, habían avanzado por tierra hasta Viena y amenazaban con tomar Roma, rodeada por todas partes. Pero la batalla de Lepanto va a significar un punto de inflexión. «Lepanto va a ser el principio de una nueva era que se inaugura gracias a esta aplastante y clamorosa victoria material y moral. La era del Mediterráneo cristiano revivida, sin más riesgos». ¹ Como consecuencia de Lepanto, los turcos empezarán a perder territorios tanto en la costa mediterránea como en el este de Europa.

Amenaza turca

DESDE 1450 hasta 1571, año de la batalla de Lepanto, se lanza sobre Europa «todo el universo islámico fundamentalista de África y de Asia, e incluso de Europa oriental, reunido como un ariete bajo un mando único». ²

Esta avalancha islámica, lejos de encontrar resistencia en su avance, se beneficia de una Europa protestante (Alemania, Países Bajos e Inglaterra) que mira hacia otro lado, e incluso recibe el apoyo activo de Francia. «La fría reina de Inglaterra se mira en el espejo; la sombra de los Valois bosteza en la misa» nos dicen dos versos del poema *Lepanto*, de Chesterton, en alusión a estos hechos. Este apoyo de Francia a los otomanos responde a los intereses que tenía por recuperar territorios en Italia. Así nos lo cuenta Henri Hauser, historiador francés especializado en esta época: «Francisco I (el entonces rey de Francia) no podía resignarse a haberse visto expulsado de Italia. [...]. Sus relaciones con el sultán [...] debían conducir a una alianza ofensiva destinada a proporcionarle el Milanesado y Génova». Incluso Cromwell, primer ministro británico de entonces, a pesar de mantenerse expectante ante la invasión islámica, escribe: «El rey de Francia, para reconquistar el Milanesado, no tendrá el menor escrúpulo por atraer al Turco, y al mismo diablo, al corazón de la Cristiandad». ³ Este último hecho, el contar con el apoyo de Francia, fuerza cristiana de la Europa occidental, el hecho de armarse y financiarse desde

el corazón de la Cristiandad, es lo que más refuerza la amenaza opresiva de los turcos.

Todas estas circunstancias, hacen que encuentren las puertas abiertas de Europa y, aprovechando esta situación, van cayendo bajo manos otomanas ciudades y naciones cristianas enteras: primero, en 1453 cae Constantinopla, la gloriosa capital del Imperio cristiano de Oriente; en 1459 ya dominan Bulgaria y Serbia, exceptuando Belgrado que resistirá hasta 1521; en 1479 se hacen con el control sobre la actual Grecia. Hungría, Rumanía... Viena es salvada dos veces, en 1529 y en 1532, *in extremis*. Van avanzando sin encontrar oposición, y lo mismo que lo hacen por tierra, lo hacen también por mar, desembarcando en Otranto (en Italia), Córcega y Elba, se apoderan de Ciudadela (en Menorca), hacen incursiones en las costas de Valencia y Andalucía haciendo numerosos prisioneros. Por otro lado, también consiguen controlar a los bereberes musulmanes de Túnez y de Argel.

A la hora de apoderarse de estos territorios protagonizan auténticas masacres con la población cristiana, como en el caso de Dyerba, en Túnez. «Después de un cerco de tres meses, la guarnición de Dyerba se rindió el 31 de julio de 1560, al apoderarse los turcos de los pozos de agua que la abastecían y después que Álvaro de Sande intentara una desesperada salida. Unos mil defensores supervivientes fueron aniquilados y con sus cabezas los turcos levantaron una pirámide de huesos y calaveras recubierta con cal y tierra en la playa. El macabro monumento estuvo visible hasta 1848, cuando a instancias del cónsul británico los restos de los defensores fueron enterrados en el cementerio católico de Houmt-Souk, en el lugar que ocupa hoy el viejo puerto donde estuvo asentada la fortaleza defendida por los españoles». ⁴

El mismo autor, Fernando Martínez Laínez, también nos describe lo que pasó en Nicosia cuando someten la gran isla de Chipre, que era posesión veneciana y se mantenía católica: «Cuando en septiembre de 1570 cae Nicosia, los turcos incumplen el plan de capitulación y más de veinte mil personas mueren en el brutal saqueo que siguió a la conquista de la ciudad. Los supervivientes fueron vendidos como esclavos y el gobernador Dandolo fue decapitado». ⁵

1. Jean DUMONT, *Lepanto, la historia oculta*, Ediciones Encuentro, Madrid 1999, p. 81.

2. Id., p.10.

3. Cf. Id., p. 120.

4. Fernando MARTÍNEZ LAÍNEZ, *La guerra del Turco: España contra el Imperio otomano*, Editorial EDAF.

5. Id.



Cuadro de Lucas Valdés que representa a Nuestra Señora del Rosario sobre la batalla de Lepanto.

La constitución de la Liga Santa

ANTE estos acontecimientos, con Roma a punto de caer en manos turcas, el papa Pío V en 1570 hace una llamada a la Cruzada. Con estas palabras se dirigió a Felipe II el 21 de abril de 1570: «De ti en primer lugar, oh, muy querido hijo en Cristo, imploramos la ayuda y el auxilio. Tu madre, la Santa Iglesia, se postra ante ti gimiendo y llorando». El monarca español responde anteponiendo las necesidades de la Iglesia a sus intereses: «He decidido emplearme en hacer realidad la alianza que deseáis. He dado instrucciones para que se trabaje en ello. ¡Que el Señor guarde a Vuestra Santidad y haga crecer la prosperidad de la Iglesia católica!».

A este llamamiento del Santo Padre, también se unen Venecia y el resto de Italia (los Caballeros de Malta, el duque de Saboya y de Piamonte, la República de Génova, Cerdeña, Milán, Nápoles, Sicilia...), aunque, fundamentalmente, el peso lo llevarán España, Venecia y los Estados Pontificios. De modo que el 25 de mayo de 1571 se proclama oficialmente en Roma, en la basílica de San Pedro, la Liga Santa de la Cruzada.

Pío V confía el mando de la Liga Santa a Juan de Austria, hermano de Felipe II, que ya se había enfrentado con los musulmanes, acabando, en 1568, con las incursiones berberiscas en las costas de Andalucía. Algunos de los hombres que acompañarán a don Juan en el gobierno de la flota cristiana son Luis de Requesens, Álvaro de Bazán, Juan Andrea Doria de Génova, Marco Antonio Colonna de Roma, Sebastián Veniero de Venecia, Alejandro Farnesio...

Los preparativos

EN primer lugar, el hecho de que la Liga Santa estuviera compuesta por tantas fuerzas distintas, hace que don Juan, con el fin de evitar polémicas o que en un momento dado cada uno vaya por su cuenta, vea la necesidad de construir una flota unificada, con escuadras comunes al servicio del conjunto de la flota en la que se integraría cada uno de los distintos aliados.

Se había aprendido de derrotas anteriores, como en el intento de socorrer a Chipre, que no podían ir a combatir lejos de las bases cristianas. Había que atraer a la armada turca cerca de las propias bases. En esto, don Juan siguió el consejo del genovés Juan Andrea Doria, y se decidió atraer a la armada turca hacia el Adriático. También se sabía que la flota turca contaba con galeras más veloces que las de los cristianos, cosa que hacía una locura el tener una batalla en mar abierto, ya que podían ser rodeados fácilmente. Había que llevar la batalla a un lugar cerrado, en el que no pudieran maniobrar y, de esta manera, no pudieran hacer valer esta superioridad.

Por otra parte, había que compensar la superioridad numérica del adversario. Para ello, se dispuso que justo antes de la batalla se aserraran los altos espolones de las galeras, cosa que permitiría una mayor capacidad de la artillería con un tiro directo, frontal, en lugar de un tiro curvo. Esto permitiría barrer el espolón de las galeras turcas antes del abordaje.

Antes de partir para el golfo de Lepanto, en el mes de agosto, en Nápoles, don Juan de Austria recibe «el bastón de general en jefe y el estandarte bendeci-

do por san Pío V con la inscripción: “Con este signo vencerás bajo la cruz del Salvador”. Después se lo impone personalmente a todos. Se lanza entonces hacia delante después de haber confesado y comulgado tras un ayuno de tres días. Como lo hacen, a petición suya, miles de marinos y soldados de la flota que le ha sido confiada. [...] En el gran mástil de su magnífica Real hace atar el crucifijo [...] y, de rodillas, como las tripulaciones y los soldados de toda la flota, recibe, el 16 de septiembre, en la rada de Messina, la bendición que da a todos el nuncio del Papa».⁶

El espíritu de ir a defender la fe católica está presente en todo momento, desde que se forma la Liga Santa. «La adhesión y la convicción, del lado cristiano, se manifiestan claramente en el momento mismo de esas diez horas de la mañana del 7 de octubre. Don Juan, atento a sus soldados, de pie sobre una fragata, sin armas, con el crucifijo de marfil en la mano, pasa una última revista a sus tropas. Les dice: «Habéis venido aquí por voluntad de Dios. ¡Poned vuestra única esperanza en el Dios de las batallas!». Le contestan con aclamaciones. Estrecha innumerables manos y distribuye una provisión de medallas, de escapularios y de rosarios».⁷

La batalla

EL domingo 7 de octubre, al salir el sol, se encuentran en el golfo de Lepanto 286 galeras y casi ciento veinte mil combatientes y remeros turcos frente a los ochenta mil hombres y 214 galeras de la armada cristiana. Con estas cifras, y el viento soplando a favor suyo, los turcos están seguros de su victoria, pero la flota cristiana encierra muy pronto en el golfo de Lepanto a su adversario, juntando todas las líneas para evitar ser rodeados. De esta manera, se convierte prácticamente en un combate estático, en una guerra de sitio. La flota cristiana se apunta el primer éxito táctico. Pero queda toda la batalla.

Los turcos intentan recuperar sus opciones atacando el ala izquierda de los cristianos, con el objetivo de cruzarla y atacar el centro. Ahí, Alí Pachá, al mando de la nave almirante turca *La Sultana*, se encuentran con los cañones de las seis galeazas venecianas y con el cambio de dirección del viento, que, si bien antes les empujaba, ahora les frena. Finalmente logran envolver el ala izquierda y envían a pique varias galeras cristianas, pero unas galeras que había dejado don Juan «ocultas», con la ayuda de otras que vienen del centro, logran restablecer la situación.

6. Jean DUMONT, ob. cit., p. 52-53.

7. Id., p.58.

La amenaza se traslada al otro lado. Uluj Alí, «rey» de Argel, ataca con noventa galeras el ala derecha de la flota de don Juan, en la que se encuentra Doria al frente de cincuenta galeras. Doria evita que atraviese este ala, tomando así la espalda de los cristianos, pero su escuadra se estira mucho. Uluj se da cuenta de esto y decide enviar todas sus galeras al punto de unión entre el centro y la derecha cristianos, consiguiendo abrir un amplio agujero, que con esfuerzo logra restituir Doria, con la ayuda de las fuerzas de reserva del marqués de Santa Cruz, Álvaro Bazán.

En el centro se estaban batiendo *La Real* de don Juan con *La Sultana* de Alí Pachá, sin que destacara ningún vencedor. Pero los cristianos, poco a poco, van siendo dominados. Tiene que intervenir nuevamente Santa Cruz, que se lanza contra *La Sultana* y significa el fin de Alí Pachá.

Viendo que las galeras cristianas están casi intactas y que las suyas están muy maltrechas, Uluj Alí decide emprender la retirada, hecho que significa la victoria cristiana.

Pío V, que estaba en Roma, a mil kilómetros de Lepanto, reunido con unos cuantos prelados, por un impulso invencible, se levanta y mira a través de una ventana hacia Oriente y tiene una visión en la que ve a la armada cristiana saliendo vencedora de Lepanto.

La Virgen María, auxilio de los cristianos

EN gratitud perpetua a Dios por la victoria, el papa Pío V instituyó la fiesta de la Virgen de las Victorias, después conocida como la fiesta del Rosario, a celebrar el primer domingo de octubre, y a las letanías de Nuestra Señora añadió «Auxilio de los cristianos». La fiesta la instituyó con los siguientes términos en el martirologio romano: «Commemoración de Santa María de la Victoria, instituida por Pío V, Soberano Pontífice, por la insigne victoria lograda por los cristianos sobre los turcos en un combate naval con la ayuda de la Madre de Dios». Esta fiesta es la que conocemos hoy en día con el nombre de Nuestra Señora del Rosario y se celebra el día 7 de octubre.

Más tarde, en la encíclica *Ingraviscentibus malis* de Pío XI, del 29 de septiembre de 1937, en la que el Sumo Pontífice exhortaba vivamente a todos los fieles al rezo del Santo Rosario, se recuerda lo que vivió la Cristiandad en Lepanto, bajo el amparo de la Virgen: «Y cuando el impío poder mahometano, confiando en poderosas flotas y en ejércitos aguerridos, amenazaba con la ruina y la esclavitud a los pueblos de Europa, entonces por insinuación del Sumo Pontífice se imploró fervorosamente la protección de la Madre celestial, y los enemigos fueron derrotados y sus navíos sumergidos.»

El santo Rosario y la batalla de Lepanto

P. RIVADENEIRA, S.I.: *Vida y misterios de Nuestra Señora*

Después que Selim II de este nombre, Gran Turco, rompió las paces con la república de Venecia, y viéndose señor del mar por la multitud de sus naves y soldados, se señoreó del reino de Chipre, y empezó a hacer hostilidades y estragos en los cristianos, el santísimo Pontífice Pío V procuró unir todas las armas católicas contra el enemigo común de la Cristiandad que deseaba dominarlo todo con su poder, y presumía eclipsar con sus lunas las luces clarísimas de nuestra fe. Excusáronse los otros príncipes cristianos, y solamente el rey católico Felipe II se coligó con el Papa y con la república de Venecia para oponerse a tan formidable enemigo. Dispúsose una poderosa armada, de la que iba por general D. Juan de Austria, hijo del invicto emperador Carlos V, en quien parecía herencia el valor y patrimonio el vencer. Buscó la armada católica a la turquesa, que esperaba en el golfo de Lepanto. Los turcos contaban doscientas treinta galeras reales, con otras muchas galeotas y vasos menores; los cristianos llevaban más de doscientas galeras: ochenta y una del rey de España, ciento nueve de Venecia, y doce del Sumo Pontífice, tres de Malta y otras de caballeros particulares. Al llegar nuestra armada a vista de la del enemigo, el viento, que para los turcos era favorable y para los cristianos contrario, amainó casi de repente, empezando ya a desfavorecerles este elemento, y el mar se sosegó, como si pretendiera ver con reposo los dos más poderosos ejércitos del mundo disputarse sobre la posesión de él. El de los turcos era muy superior en número; el de los cristianos era mayor en el valor: los turcos presumían alistarse debajo de sus banderas la fortuna, hinchados con repetidas victorias; los cristianos sabían que venía con ellos la justicia de la causa; ambas armadas tenían presente la batalla y el riesgo, y esperaban la victoria y el triunfo; pero los infieles lo esperaban de su valor y los fieles del favor divino. Por esto, ya que se acercaban a tiro de cañón, mandó su alteza enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de Nuestra Señora, y todos, puestos de rodillas hicieron oración a Dios, poniendo por intercesora a la Virgen, suplicándole que

no diese la victoria a sus enemigos por castigar a los que le confesaban y llamaban arrepentidos de sus culpas. Se peleó por espacio de dos horas con extraño valor, con diferentes sucesos, ya prósperos, ya adversos, como los lleva la guerra, sin saberse aún dónde estaba la victoria, hasta que se reconoció en nuestra armada, y se fue declarando tanto por los cristianos, que en breve tiempo quedó desbaratada y deshecha la armada de los turcos; treinta mil con su bajá muertos, diez mil cautivos, ciento ochenta naves presas, noventa sumergidas, quince mil cristianos rescatados, casi trescientos tiros de artillería tomados; el despojo de dineros, joyas y armas no tiene precio ni número; y lo principal fue cobrar las armas católicas la reputación perdida, y perder las mahometanas la soberbia y confianza ganadas en muchas victorias. Murieron de nuestra parte seis mil hombres, por lo cual fue esta batalla la más célebre que han conseguido en el mar los cristianos, y no sé si vio antes primera, ha visto después segunda en sus campañas el elemento del agua.

Debióse esta insigne victoria a las oraciones de san Pío V y de la Cristiandad, donde el santo Pontífice les mandó hacer; y fuera del valor de los soldados cristianos, ayudó mucho la devoción y celo con que confesados y bien dispuestos entraron en la batalla, para morir defendiendo la fe, si Dios por nuestras culpas diese a los infieles la victoria; y principalmente se debió a la intercesión de la sacratísima Virgen María nuestra Señora, singular patrona de las batallas, a quien el Sumo Pontífice encomendó esta empresa, y el general y capitanes hicieron diversos votos. Consiguióse esta victoria en el primer domingo de octubre de 1571, día que la religión de Predicadores tenía consagrado, como todos los primeros domingos de cada mes, al culto de nuestra Señora del Rosario; y en éste, especialmente encomendaba a Dios el buen suceso de las armas católicas, por mandato del Sumo Pontífice san Pío V, el cual, en reconocimiento de tan señalada merced como recibió toda la Cristiandad de la Madre de Dios, consagró este día a su culto, con el título de «Santa María de la Victoria».

Sobieski*

JOSÉ M.^a BOFILL

JUAN Sobieski, el llamado «León del Norte», nació el 2 de junio de 1624, en Olesko, Galitzia, hijo de Jacobo Sobieski, «escudo de la libertad polaca», como se llamaba al gran mariscal y palatino de Belez. Su familia era antiquísima; se remontaba hasta la ascensión al trono de los Piastas. La gloria heroica, la lucha contra los infieles fue el ambiente en que se movió la juventud de Juan Sobieski.

El joven Sobieski hablaba siete u ocho lenguas, conocía la literatura de países extranjeros y sabía manejar con el mismo buen éxito el pincel, la pluma, la guitarra; fue el mejor jinete y sabía esgrimir el sable, el hacha de combate y la lanza. Matemáticas, historia, filosofía, política, arte militar se los enseñó su padre; presto desplegó también las primeras muestras de aquella brillante elocuencia a la que hubo de agradecer tantos éxitos en su agitada vida.

Como Aníbal a los nueve años juró ante su padre odio eterno a los romanos, así el joven Sobieski se acostumbró a la idea de consagrar toda su vida a la lucha contra la Media Luna.

Junto con su hermano parte a Francia para completar sus conocimientos, como lo hacía la mayoría de la juventud polaca de aquella época. El padre dio a los hijos para el camino el siguiente consejo: «Ocupaos en Francia únicamente en el arte y la ciencia; pues por lo que toca al baile, ya lo podréis aprender con los tártaros». Los dos hermanos hallaron en Francia una acogida entusiasta del mundo elegante. El gran Condé se agradó especialmente de Sobieski; barruntaba en el joven al futuro héroe, y éste confesó al vencedor de Rocroy que cuando lo veía olvidaba a su patria, y sólo pensaba en el éxito de sus batallas.

De Francia se dirigieron los dos Sobieski a Italia y desde allí a Turquía: había que conocer al enemigo en su tierra, y luego en las fuentes de su poderío en Asia.

Entonces les llegó la noticia de las irrupciones de los cosacos y tártaros, y al llegar a su tierra su madre los recibió diciéndoles: «No os tendré por hijos míos si os parecéis a los defensores de Pilawiez», pues allí los polacos habían huído de sus enemigos, el 23 de septiembre de 1648.

Ascendió rápidamente en su patria porque en combate contra sus enemigos se señalaba por el valor, la sangre fría y la prudencia. Así en Beresteczko, así en la lucha contra los suecos, fue nombrado «Starotz» de Jawerow. Rápidamente se ganó los corazones de los soldados: la victoria parecía encadenada a su lado.

Más de ochenta mil cosacos esparcieron la muerte y los incendios sobre Polonia. El Tesoro estaba exhausto, las pocas tropas a punto de desertar porque no se les pagaban los salarios.

Sobieski mantiene las tropas pagando de su bolsillo, y con el pequeño ejército polaco que logra formar se lanza contra el campamento cosaco de Pothaice. El gran Condé consideró imposible el éxito, y dijo que sólo conseguirían morir unos días antes que fuera sacrificada su patria. Y los soldados sólo permanecieron en filas gracias a la fe ciega que tenían en su general. El 15 de octubre de 1667 se dio la batalla. Se trabó una brava lucha y la victoria fue para los polacos. La patria se había salvado.

Sobieski fue el salvador, el favorito de su nación y la admiración de Europa. Luis XIV quiso ser padrino del hijo que le nació entonces de María de Arquién, con la que le había casado Odescalchi, luego papa Inocencio XI.

Cuando él llegó a Varsovia, la Dieta le salió al encuentro y se dijo de él que tenía tantas virtudes cuantas contiene en sí la humana naturaleza: tanto sonó mejor la modesta contestación del héroe: «Nuestros éxitos los debemos al poder y a la bondad de Dios. ¿Quién no reconocerá su grandeza, pues con tan débiles instrumentos ha llevado a cabo tan grandes prodigios? El sólo nos ha salvado; ojalá nos dé el espíritu de moderación y concordia. Entonces seremos poderosos».

Las disensiones internas hicieron que en 1668 Juan Casimiro, descendiente de los Vasas, renunciara al trono. Se entabla la lucha de partidos para proclamar nuevo rey. Francia no quiere ningún Ausburgo, y el Imperio no quiere ningún francés ni ruso.

Se proponían como candidatos: el hijo de Condé, Carlos de Lorena y el conde palatino Guillermo de Neuburgo. Había también pretendientes polacos, y muchos abogaron por la elección de un Piasta.

Por casualidad y por violencia casi, se eligió rey a Miguel Korybut Wicniowiecki. La elección fue un puro acaso y el nuevo rey jamás se había distinguido en nada sino en un extraordinario apetito.

Ahora vinieron días tristes para Polonia. El 9 de diciembre el sultán declaró la guerra. El partido realista y el fatuo rey impidieron moverse a gusto a Sobieski; se perdió la mejor fortaleza, Kaminiéc, y se ajustó la paz de Budschak, que es la más afrentosa de toda la historia de Polonia.

Se conjura contra el general, pero en el momento supremo, la reina Eleonora y los magnates entregan el poder a Sobieski; ahora éste usa de todos los derechos como rey de hecho. Un nuevo ejército turco

* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 7, de julio de 1944.

avanza, esta vez Mohamed IV quiere llegar al Báltico. Todo pendía del filo de la espada. Sobieski avanza por tierra enemiga, dejando Kaminiec a sus espaldas, pues no podía tomarla.

En el castillo de Choezin, con un campamento de ochenta mil turcos, se da el asalto polaco, el 11 de noviembre. Después de tres horas de horrible carnicería, los turcos huyen y dejan diez mil bajas.

La Cristiandad estaba fuera de sí de asombro y gozo por esta victoria, pero el rey de Polonia ya no oyó esta noticia: había muerto la víspera del día de la victoria de una indigestión de manzanas.

Ahora se trataba de nuevo de la elección de rey, y Europa envió nada menos que dieciséis candidatos. Parecía que iba a ser elegido Carlos de Lorena, pero entonces compareció Sobieski, habló en favor de Condé y sin la oposición de la familia Paz éste hubiera sido elegido. Entonces habló el ruteno Estanislao Jablonowski y después de una larga peroración terminó diciendo: «Pensad en las grandes hazañas de Slobodisza, de Porlhaice, de Kaluz, de Choczyn: son nombres inmortales. Elegid rey a Juan Sobieski».

Una tempestad de aplausos se desencadenó después de estas palabras: unánimemente resonó el grito: «Viva el rey Juan Sobieski».

Presto comenzaron las dificultades. Nueva guerra contra los turcos auxiliados por los rusos. Tras una campaña rapidísima que le valió el nombre de «El Huracán», Sobieski rinde a Ucrania a la soberanía de Polonia; los ancianos ofrecieron pan y sal en señal de sumisión.

Se pasó el invierno entre privaciones, y por idioteces de los Paz no se llegó a un acuerdo con Rusia ni a una paz con el sultán. En la primavera de 1675 se reanudó la guerra.

Delante de Lemberg se dio la batalla decisiva de esta campaña. El pequeño ejército polaco luchó contra tres ejércitos turcos. El 24 de agosto de 1675, por la noche, al grito de «Jesús» acometieron los polacos contra un enemigo ocho veces superior. El grito de los turcos era «Allah». Fue una noche terrible. Más de quince mil otomanos hallaron la muerte en la batalla, o en la huida. Durante todo el tiempo que duró la batalla, la reina, con las mujeres, arrodillada delante de una imagen de san Estanislao impetraba el auxilio divino. En septiembre los turcos avanzaron de nuevo sitiando Trembomla. Cañonearon las murallas, abrieron una amplia brecha; cuatro asaltos fueron resistidos por los heroicos defensores. Se dudaba ya del éxito del quinto cuando se anunció la llegada del ejército salvador. Los turcos huyeron rápidamente y tuvieron que repasar el Dniester. Sólo se tuvieron por seguros detrás del Danubio.

Por fin, el 2 de febrero de 1676 se celebró la coronación de Sobieski con el nombre de Juan III. Era un águila para el combate. Una tortuga para escalar el poder.

Debido a las intrigas de su mujer, que fueron con-

traproducentes, y a la mala fe de la Dieta, no pudo Sobieski ir a dictar la paz en el corazón de la misma Turquía. Se firmó ésta en Zurauna; de que no fuera más ventajosa tuvieron la culpa los polacos.

Ahora, mediante Luis XIV, se ofreció a Sobieski Hungría o Prusia si atacaba a Rusia junto con los otomanos, pero rechazó la oferta; su gran ideal era la lucha contra los infieles, soñaba con una nueva cruzada y la formación de un gran imperio oriental cristiano, pero Luis XIV estorbó sus planes. Sólo lentamente pasó el rey de su predilección por Francia a la política del emperador. Pero su genio mejor venció y le condujo al camino recto, a la alianza con el emperador y a la guerra contra la Media Luna. Allí se podía esperar una gloria inmortal, mientras que con Luis XIV no había sino una brillante servidumbre.

Los turcos delante de Viena

ENTRETANTO avanzaban los escuadrones de Oriente contra el Imperio, y Francia atizaba el fuego. Luis XIV quería apoderarse del Rin, y el sultán, del Danubio. En Viena insensatamente se soñaba la paz. Fue un momento trascendental en la historia del mundo, importante como el año 732, cuando los árabes, delante de Tours, luchaban por el señorío de Europa.

Luis XIV contaba seguramente con la caída de Viena y estaba dispuesto a presentarse como salvador en el apuro si le elegían como salvador. No se atrevía a apoyar paladinamente a los turcos por consideración a la opinión pública de Europa, a su pueblo y a Inocencio XI.

A pesar de las halagadoras ofertas de Mahomed IV, Sobieski comprendió que el cañón que no perdonara a Viena tampoco perdonaría Varsovia y Danzig. Firma una alianza con el emperador, siendo garante de ella el Papa.

El Gran Visir, en lugar de detenerse a tomar las fortalezas circundantes, marcha directamente contra Viena. El 14 de julio estaba Viena cercada por todos lados. Los sitiadores eran doscientas mil; los defensores, al mando de Carlos de Lorena, unos diez mil. Para colmo de males, estalló la peste entre los vieneses, de suerte que ciento veintidós mil cayeron rápidamente, entre la ciudad y sus alrededores. Defendía Starhenberg, que fue herido. Kaplisz le sustituyó. Los vieneses tomaron las armas. A menudo se hacían salidas afortunadas y se trajo botín, especialmente los estudiantes se señalaron en golpes osados y temerarios. Pero la peste se propagaba terriblemente, morían sesenta personas diarias. Cada día el cerco era más terrible, los vieneses se preparaban para la lucha en las calles. La noche de san Esteban la ciudad estaba en las últimas. El apuro estaba en lo sumo, pero las fogatas de la cima del Kahlenberg anunciaban la llegada del ejército libertador. Con nuevo ánimo se rechazaban los asaltos del enemigo.



Sobieski había cumplido su palabra: llegó, aunque tarde. Con él venía Jacobo Luis, su hijo de dieciséis años, para alcanzar gloria y títulos para sucederle. En la noche del 6 de agosto los polacos pasaron el río. Ahora, junto con el ejército imperial avanzaban. El ánimo de los turcos decaía; no obstante, se dispusieron a asaltar la ciudad al mismo tiempo que libraban la batalla contra Sobieski.

Se luchaba por la Cruz, no por el poder. La mañana de la batalla, Sobieski armó a su hijo caballero y comulgó con los jefes del ejército cristiano. Con el grito «Dios es nuestro auxilio» se dio la señal de combate. A las seis de la tarde los ejércitos cristianos estaban en decidido avance. El marqués de Baden penetró animosamente con sus dragones delante de la «Puerta de los Escoceses». Starhenberg corrió a abrazarle y prometió una salida. Los enemigos emprendían la huida y no se detuvieron hasta Raab.

Sobieski, en la carta a su esposa, contando la batalla, empieza diciendo como buen cristiano: «Dios sea por siempre bendito, que nos ha dado la victoria». Esta victoria ha sido llamada «una de las grandes piedras militares» y se debió a Sobieski y a Carlos de Lorena. En Parkani se dio una nueva batalla, y los turcos perdieron, al romperse un puente, cerca de quince mil hombres. Finalmente, y contra su deseo, el 17 de diciembre, volvió a pisar su país junto con sus tropas.

En 1684 comenzó de nuevo la guerra contra los turcos. Los imperiales, venecianos y polacos se propusieron derrotar al Turco y liberar Hungría. El animoso Carlos de Lorena sitió Buda, pero tuvo que retirarse, minado su ejército por las enfermedades.

A los polacos no les sonrió la fortuna en 1685 en su lucha contra los turcos, pero ellos mismos tuvie-

ron la culpa. Se hicieron reproches a Sobieski y los magnates se volvieron contra él. Por una equivocación fatal seis mil polacos fueron acuchillados y el ejército puesto en fuga. Cuando Sobieski acudió en su auxilio dijeron que lo había hecho tarde y que la culpa de la derrota era suya.

Al año siguiente fue tomada Buda por los imperiales. Eugenio de Saboya participó en la campaña, los turcos resistieron como héroes; cuatro mil fueron acuchillados y la ciudad fue tomada. Entre tanto, los polacos, mediante el Papa, entablaron negociaciones con los persas, pero nada salía bien del todo, los magnates se opusieron creando dificultades. Sobieski fracasó en su expedición por culpa de los rusos; lleno de privaciones, el ejército emprendió la retirada por un desierto sin agua con un calor abrasante. El rey regresaba tan sólo con un tercio del ejército. En Harkany se trabó el 12 de agosto una sangrienta batalla. Murieron mil imperiales y veinte mil turcos. Consecuencia de ello fue el destronamiento de Mohamed IV y el sultanato de Solimán II. En Hungría se coronó rey a José I. Entonces el Imperio turco hubiera sido destrozado a no ser por Luis XIV, que lo salvó. Por parte de Polonia ya nada más se hizo de notable en la lucha contra los turcos. No tuvo la culpa de ello Sobieski, sino los polacos. María Casimira, su esposa, con una nefasta ambición fue la causante de grandes males. Su amor a su segundo hijo Alejandro, del que pretendía hacer el sucesor de Sobieski, dividió a Polonia e impidió reinar a Jacobo, el primogénito, haciendo que continuara sienta electiva la monarquía, lo cual era la causa fundamental de la debilidad del país.

Todas estas cosas desangraron el corazón del rey. Se disputaba su sucesión antes de que muriera. Parecía un cadáver que por rara ley y contrasentido siguiera existiendo. Un reflejo de antigua gloria iluminó aún al héroe, en una última campaña: mediante la sangrienta batalla de Perevita, contra turcos y cosacos, conquistó toda la Moldavia. Pero su fin se acercaba. Ya no podía montar a caballo sin ayuda...

Por fin, el 17 de junio de 1696, día de Corpus, día en que había nacido y había sido elegido rey, un ataque de apoplejía segó su vida en Villenow. El sol se ponía y se avecinaba una terrible tempestad.

Su cuerpo permaneció treinta y seis años sin sepultura, pues según la ley polaca no podía ser enterrado el rey difunto hasta que se le hubiera elegido sucesor. Durante este tiempo, su hijo Jacobo, el príncipe de Conti y Federico Augusto de Sajonia se disputaron el trono. Conti, que parecía el preferido, se fue desilusionado, sin querer saber nada con la gran incumbencia de «consolar a Polonia de la pérdida de Sobieski». Al fin fue elegido Augusto, que llevó el sobrenombre de «el Fuerte». María Casimira confió obtener influencia sobre él, pero presto observó que no quedaba allí lugar para ella, y buscó reposo y olvido donde tantos magnates derrocados lo habían hallado: en la Ciudad Eterna.

11 de septiembre de 1683: el segundo sitio de Viena

EMILIO BORONAT

Los días 11 y 12 de septiembre de 1683, a las afueras de Viena, en los altos de Kahlenberg, y tras dos meses de duro asedio, se libró la batalla que liberó la capital imperial de la amenaza turca. Este episodio histórico, muy olvidado por la historiografía europea moderna, más centrada en los avances de la libertad (es decir, de la Revolución), que en los signos históricos de la construcción de la identidad colectiva europea, debe ser interpretado a la luz de la larga y abnegada entrega de los hombres y mujeres de Occidente, a la defensa de los ideales de una vida moral, social y política cristianas.

Primero los hechos y su circunstancia: Kara Mustafá Pasha, Gran Visir del sultán Mehmed IV, emperador otomano, necesitado de un gran éxito militar para reforzar su debilitada posición política, promueve una gran campaña contra el corazón político del Sacro Imperio Romano Germánico: Viena. Caída Viena, el camino quedaba abierto hasta Roma y el corazón de la Cristiandad. Dicha campaña fue preparada con esmero con obras públicas de envergadura desde todos los rincones del Imperio otomano y a través de los Balcanes para facilitar el movimiento de un enorme contingente (no menos de ciento cincuenta mil hombres y hasta trescientos mil según las fuentes). La campaña se vio precedida por una política de apoyo y de intervención turca en la Hungría Habsburgo, ya desde 1681, en favor de los disidentes protestantes, liderados por Emérico Thököly y que se oponían a la política católico-reformista del emperador Leopoldo I.

Movilizada la maquinariabélica otomana en enero de 1682, el Turco declara formalmente la guerra el 31 de marzo de 1682. A primeros de mayo de 1683 ya marcha sobre Belgrado para avanzar sobre Viena al empezar el verano. Inicia el sitio de la capital imperial el 16 de julio. En cierto modo el Emperador Leopoldo I, absorbido por las provocaciones en sus fronteras occidentales de Luis XIV de Francia, aliado tradicional de los turcos, no había valorado la magnitud de la amenaza islámica: el mayor ejército musulmán reunido desde la Edad Media. Durante esos quince meses preparó las defensas de Viena, reunió tropas, forjó alianzas con Polonia y Venecia. La corte, junto a ochenta mil vieneses se trasladó a Linz. Pero lo que dio a este episodio el carácter de última gran Cruzada en defensa de la Cristiandad, fue la petición de auxilio del Emperador al papa Inocencio XI.

El Papa llamó a una cruzada para defender Viena. Todos los países cristianos, católicos y protestantes, como había sucedido en tiempos de Carlos V, respondieron, con tropas, con voluntarios o con dinero, como fue el caso de España. Todos, menos Luis XIV, al que se llamaría “Rey Moro”. De este carácter religioso de cruzada hablaremos más adelante.

Especial importancia tuvo la aplicación de la alianza de defensa mutua suscrita entre el Sacro Imperio Romano Germánico y la República de las dos Naciones, la Liga Santa de Polonia y Lituania: Leopoldo I y Juan III Sobieski acordaron ayudarse recíprocamente si los turcos atacaban Cracovia o Viena. La ejemplar nobleza y cristiana caballerosidad del rey de Polonia, movilizó un ejército y, poniéndose a su frente, incluso desguarneciendo su propio reino, fue decisiva en la victoria cristiana en Viena. Tras advertir al caudillo húngaro filo protestante y aliado de los turcos, Emérico Thököly, de ser destruido si se aprovechaba de la situación, el rey Juan III de Polonia emprende la marcha desde Cracovia el 15 de agosto en medio de un gran fervor religioso. Jan Kazimierz Sapieha, general lituano, tuvo que retrasar la marcha del ejército lituano para devastar las serranías húngaras (hoy Eslovaquia) y castigar así al rebelde Thököly, indiferente a las advertencias de Juan III. Cuando el caudillo lituano alcanzó Viena, la victoria cristiana acababa de producirse.

Aun contando con un magno ejército cristiano, formado por tropas imperiales, bávaras, de Suabia y Franconia, de Sajonia, de voluntarios de toda Europa, en número varias veces inferiores a las turcas, el desenlace final que liberó Viena fue la llegada del rey Juan III Sobieski sobre el flanco otomano: una épica carga de la caballería polaca, con sus temibles húsares alados, desbarató los campamentos turcos. En menos de una hora la suerte de la batalla se decantaba a favor de la Cristiandad. El rey de Polonia escribiría al papa Inocencio XI, parangonando a César: *Vinimos, vimos y Dios venció.*

La batalla de Kahlenberg, que es el nombre por el que se conoce el sitio de Viena de 1683 tras el liberador embate polaco, marcará un antes y un después. Constituye la última oleada islámica armada sobre la Europa cristiana, el final de la etapa expansiva del Imperio otomano y el inicio de un proceso en que Austria, Hungría, Rusia y Polonia iban



Batalla de Kahlenberg

a recuperar sus antiguos territorios perdidos. Al mismo tiempo el Sacro Imperio Romano Germánico de los Habsburgo se consolidaba como la gran potencia de la Europa central, hasta su aniquilación final como comunidad política de pueblos cristianos al final de la Gran Guerra, a manos de las potencias liberales anticatólicas (Francia, Inglaterra y EUA). Pero esta ya sería la historia de la aniquilación del carácter sobrenatural de toda legítima potestad política por parte de los defensores de la idea de la soberanía nacional.

Volvamos cinco siglos atrás,... o más. Desde sus orígenes el Islam ha manifestado un comportamiento expansivo que aún indisolublemente la conquista militar, la sumisión política y social, a la imposición de la religión de Mahoma. La Edad Media estuvo marcada por la casi eliminación de la vida cristiana en toda Mesopotamia, Siria, Egipto, Libia, y en la Hispania Tingitana, hasta la larga islamización de buena parte de la Hispania goda. La caída de los dominios latinos de Oriente, significó el fracaso militar de las Cruzadas, que no de su espíritu y de la conciencia colectiva que desarrolló; marcaría un repliegue de la Cristiandad sobre el continente europeo. Sin dejar de acechar la amenaza islámica desde el norte de África, el embate musulmán, tras la caída de Constantinopla en 1453, bascula hacia el este europeo. La rápida conquista de territorios en los Balcanes, por el mar Negro y el Cáucaso será rápida. Sometidos amplios territorios de las llanuras húngaras tras la muerte en Mohács en 1526 del rey Luis II de Hungría, cuñado de Carlos V, hace que Viena, enclave estratégico entre las tierras danubianas del sur y las vastas llanuras del centro de Europa, sufra su primer sitio en 1529. Francisco

I de Francia, cautivo en Madrid tras su derrota en Pavía, conspira agraviado y celoso contra el Emperador, prestando apoyo a los turcos. Toda la Cristiandad, respondiendo a la llamada del Papa, uniéndose a católicos y luteranos, vence a los turcos. De nuevo en 1532, año de la conquista del Perú, Solimán amenaza de nuevo Viena, aunque esta vez la prevención de Carlos V evita un segundo sitio.

En ese momento las fronteras de la Cristiandad coinciden con el perfil de Europa. El islam está apenas a unos ciento cincuenta kilómetros de Viena. Sólo la Monarquía católica está llevando el *limes* occidental del mundo cristiano a un Nuevo Mundo, saltando el océano.

En esta resistencia ante el islam, el siglo XVI estará dominado por la paulatina retirada de Venecia del Adriático, la resistencia de los caballeros de Malta y la constante sangría de hombres esclavizados y bienes robados en oriente y a lo largo de las costas mediterráneas. Hasta el sur de Italia conocerá el terror turco. Recuérdese la ocupación de Otranto y la martirial actitud de su población. Sólo Lepanto, en 1571, mengua la amenaza marítima del islam. El episodio de Viena de 1683, cerrará esa etapa sangrante.

Desde el siglo X y XI hasta 1683, solamente la persistencia del espíritu de cruzada, de unidad defensiva, revitalizaba el anhelo de reunir la diversidad de pueblos en fraternidad en la fe de Cristo. Este ideal permitió a esa Europa, pequeña y quebrada geográficamente, no ser engullida por el islam. Dividida tras siglos de ambiciones nobiliarias o por debilidad de sus príncipes, asolada por pestes y hambrunas, amenazada en todas sus fronteras, por normandos, magiares,... varias veces herida por

disensiones religiosas, desmoralizada por la concupiscencia del clero, la arbitrariedad o la debilidad de sus reyes, traidores hasta en momentos decisivos a la unidad de los cristianos, la Cristiandad resistió el aplastante embate islámico. A la sombra de la cruz y en el seno de una Iglesia siempre vivida en la esperanza y desde una visión sobrenatural, los hombres sencillos de Europa eran convocados para la defensa de su libertad, de su dignidad, de su esperanza de perdón universal aun sabiéndose pecadores. La apelación de los papas a la Cruzada reunía periódicamente, en una experiencia transnacional, multilingüe, gentes de pueblos ya bien diferenciados, en una prefiguración terrenal de esa amada comunión de todos los pueblos en Cristo. En contra de lo difundido hoy al uso, sólo la apremiante necesidad de unirse en la fe común para la defensa de las vidas y la supervivencia del pueblo cristiano, hizo alzar la voz del Vicario de Cristo para la Cruzada. Sólo como último recurso de supervivencia. Ante eso, toda miseria humana era trascendida en un sentido sobrenatural de misión. La conciencia de precariedad colectiva, asociada a la cruz y en esperanza sobrenatural, encuentra en las llamadas a la Cruzada el revulsivo que devuelve a su identidad, a su razón de ser y de vivir a los pueblos cristianos. Tal vez desaparecida tal misión en los tiempos modernos y substituida por quiméricas misiones y vanas esperanzas, todo contribuya a ahogar la unidad y la conciencia de una Europa poscristiana.

A esta visión dramática (que no trágica) de la historia europea, tensionada entre la precariedad que aniquila y separa y la llamada del Cristo, que convoca manso y triunfante, se une el método de su providencia. Dios no mueve la historia a través de irracionales e impersonales fuerzas ocultas. Al contrario, Dios es tan personal y concreto en su obrar, que actúa a través de hombres determinados, como obró desde antiguo a través de los Patriarcas, de los profetas y, sobre todo, de la encarnación histórica del propio Cristo. En un lugar, en un tiempo, con una filiación según la carne. Y sigue haciéndolo en un derroche de amor a través de sus santos y de su cuerpo místico, que se confunden con las gentes normales del lugar y del tiempo.

De ese modo, desde un san Bernardo, a un san Pío V, multitudes de hombres grandes o sencillos, fieles a su vocación cristiana, tomaron conciencia de servir a Dios, sirviendo a la supervivencia y dignidad de la fe de sus padres: ésta, obra de Dios, precisaba de las obras de los hombres. San Juan Capistrano, franciscano italiano, predicador ambulante, ante la llamada del papa Calixto III en 1454, caída Constantinopla y, ya invadida Serbia, predica y reúne una multitud de hombres grandes y sencillos. Al grito de ¡Jesús, Jesús, Jesús!, portando una

bandera con la cruz, lideró el contrataque cristiano que, considerado milagroso, liberaría Belgrado del asedio otomano.

El beato Marco d'Aviano (1631-1699), gran predicador capuchino, sería ahora el hombre escogido por Dios para iluminar y reunir a la dividida y cansada Europa en un último acto épico de Cruzada. La recientemente estrenada película *11 settembre 1683*, de Renzo Martinelli, pone de relieve la epopeya gloriosa y milagrosa, contra toda esperanza y posibilidad humana, de la defensa y la persistencia de la Europa cristiana frente al despotismo islámico y al totalitarismo otomano, capaz de movilizar colosales masas de hombres en reiterados embates de jihad contra una Cristiandad anti despótica. El protagonismo indiscutido del capuchino, queda magistralmente remarcado en la película. Ese 11 de septiembre, coincidencia inevitable del ataque en esa misma fecha a las Torres Gemelas de Nueva York, en una mutación camaleónica del mismo espíritu de la Jihad, resulta una advertencia premonitória ante la amenaza a la que, en este mundo está sometida la obra de Cristo. El beato d'Aviano nos mostrará el camino.

Apóstol de la conversión y del perdón, de gran fertilidad en frutos de renovación espiritual, Marco d'Aviano se vio agraciado con el don de curaciones milagrosas. A modo del Padre Pío, su fama extraordinaria atrajo la mirada de reyes y príncipes de toda la Cristiandad. Gran viajero, favoreció la vida cristiana en esos ambientes cortesanos y aproximó las relaciones en vistas a la defensa ante los turcos. Especial influencia tuvo sobre Leopoldo I y Jan Sobieski para la cristiana alianza entre ambos. Sin su influencia –verdadero líder espiritual y moral de la defensa de Viena– nada se hubiera salvado. Tras el éxito de 1683, en 1686 se liberaba Buda y en 1688, Belgrado. En 1699, el padre Marco, expiraría acompañado del emperador, con quien le acabó uniendo una sincera amistad. En medio de una gran devoción popular, fue sepultado en la iglesia de los Capuchinos, de Viena, cercano a las tumbas imperiales. Beatificado por Juan Pablo II en 2003, en la solemnidad de la Divina Misericordia, su ejemplo y su predicación constituyen una invitación a todos los cristianos a recorrer el camino de la fe y la conversión. A la vez, apóstol del acto de la perfecta contrición y de la toma de conciencia de la identidad cristiana de Europa. Llamándose a sí mismo médico espiritual de Europa, remarca que ésta sólo puede ser sanada a partir del apostolado y de la oración.

Celosa heredera de tal misión, Schola Cordis Iesu debe mantener su fe en el poder apostólico de la oración y el Reinado social de Cristo, fuente de toda vida justa y buena en este mundo y de firme esperanza en el Reino prometido.

El «Milagro del Vístula» o la batalla de Varsovia del 15 de agosto de 1920

MARCIN KAZMIERCZAK

AL acercarse a Varsovia el día 13 de agosto de 1920 el comandante soviético Mijaíl Tujachevski anunció a sus tropas: «el destino de la Revolución mundial se decide en Occidente. El camino de la conflagración mundial pasa sobre el cadáver de Polonia (...)»

La certeza de la victoria definitiva del ejército rojo por encima de lo que quedaba del estado polaco era tal, que Lev Trotski ya había ordenado imprimir folletos revolucionarios en alemán en vista de la próxima entrada en Alemania y con el objeto de incitar el movimiento revolucionario allí, a la vez conquistando militarmente todo el espacio centroeuropeo.

Al tener en cuenta estas cuestiones nos percatamos en seguida que la llamada guerra polaco-soviética de 1920 no constituía un fenómeno aislado, sino que formaba parte de la estrategia de Lenin y Trotski (apoyados por Stalin en calidad de alto comisario de uno de los dos ejércitos destinados contra Polonia) de suscitar una revolución mundial y convertir el mundo en una gran Unión Soviética, como encarnación de la utopía marxista. Y, en efecto, tras la victoria del Ejército rojo sobre los blancos, el único obstáculo que quedaba en el camino hacia el oeste de Europa era Polonia.

No es de extrañar que a los dirigentes soviéticos este obstáculo les pareciera insignificante. El estado polaco apenas acababa de resurgir después de más de un siglo de no existencia, debido al reparto de su territorio a finales del siglo XVIII por parte de los tres imperios colindantes: Rusia, Prusia y Austria. A pesar de varias insurrecciones, tan heroicas como inviables, los polacos a lo largo del siglo XIX no conseguían liberarse del yugo de la ocupación. El resurgir del estado polaco solamente fue posible al romperse la alianza de los tres poderosos vecinos, cosa que sucedió al estallar la primera guerra mundial. Esta es la gran oportunidad para los polacos, quienes deciden tomar las cosas en sus manos y no quedarse pasivamente a la espera de los acontecimientos. En este contexto surge la figura del comandante Josef Pilsudski [fonética: pilsusqui] –futuro mariscal y jefe del estado polaco– quien, aparte de ser un ardiente patriota, resulta también un extraordinario estratega. Tanto es así que podríamos decir que gana la guerra dos veces. ¿Cómo es posible? En el inicio de la

Gran Guerra crea una fuerza militar denominada las Legiones Polacas y decide ponerla al servicio de los países del Eje, con el objeto de lanzarse contra la Rusia zarista. Al estallar la revolución en Rusia, ésta pierde la guerra y allí tenemos la primera victoria de Pilsudski como aliado de Alemania y Austria. A su vez, viéndose libre del enemigo del este el comandante rompe la alianza con los vecinos germánicos e incita a sus soldados a negarse a jurar la fidelidad al *kaiser*. Esto le acarrea la orden de detención pero a la vez lo convierte en interlocutor deseado por las potencias occidentales a la vez que consolida su indiscutible liderazgo a los ojos de los polacos. Liberado por los alemanes al terminar la guerra vuelve a Polonia y organiza apresuradamente un estado y un ejército, tarea difícil e ingente, teniendo en cuenta que se trata de tres «pedazos» procedentes de cada una de las ocupaciones con sus particularidades a veces muy difíciles de unificar. Por poner un ejemplo, el calibre de los proyectiles era diferente en cada una de las zonas, los soldados polacos procedentes de los tres ejércitos ocupantes (en los que habían sido incorporados durante la Guerra Mundial) tenían otros uniformes, otro tipo de entrenamiento, etc. Conjuntar esos tres pedazos en un contexto de quiebra financiera (cada parte del territorio manejaba otra moneda, puesto que la banca polaca no existía aún) y teniendo todas las fronteras en fuego –en el oeste las insurrecciones de Silesia intentando arrancar a los alemanes los territorios de la Polonia histórica, en el sur una invasión checa y en el este la peor de todas, la guerra polaco-soviética– era una tarea casi imposible y sólo alguien con voluntad de hierro y con gran capacidad de liderazgo podría haber sido capaz de cumplir con ella. Éste fue Pilsudski, cuya persona pronto se convirtió en la inspiración de su pueblo y en el látigo para el invasor soviético.

La guerra

A pesar de la hipocresía bolchevique debido a la cual Lenin había denunciado los tratados de partición de Polonia de finales del siglo XVIII y proclamado el derecho del pueblo polaco a tener su propio estado, el 27 de enero de 1920 el

Politburó soviético aprobó un nuevo plan de invasión de Polonia. Tal como se ha dicho antes, esta ofensiva tenía que ser el primer paso para «estrechar la mano» de la incipiente revolución alemana e incitar de este modo la «conflagración mundial». Pilsudski, cuyos criptógrafos habían descifrado los códigos soviéticos, decidió adelantarse. Organizó una alianza con el ejército nacional ucraniano del atamán Petlura y atacó primero, aprovechando la implicación de una parte de las tropas bolcheviques contra los restos del Ejército blanco. El éxito de esta operación se consumó mediante la rápida conquista de Kiev en mayo de 1920 y la creación de un estado libre ucraniano aliado estrechamente con Polonia. De hecho, la gran aspiración política de Pilsudski era crear un cordón sanitario de países limítrofes (Ucrania, Bielorrusia, Lituania) que separaran a su país del peligroso vecino ruso. Sin embargo, este éxito resultó efímero. El Ejército rojo, tras haber vencido finalmente a los blancos, lanzó a la gran parte de sus fuerzas en un poderoso contraataque expulsando en junio a los polacos de Kiev y, a pesar de la disciplina y sacrificio de estos últimos, obligándolos a ir cediendo el terreno.

En cuestión de seis semanas el avance bolchevique es de seiscientos kilómetros y parece imparable. El día 13 de agosto se encuentran a pocos kilómetros de Varsovia. Los gobiernos occidentales retiran a sus representantes diplomáticos y animan a Polonia a emprender las negociaciones antes de que sea demasiado tarde. El único diplomático que queda es el nuncio Achille Damiano Ambrogio Ratti, el futuro papa Pío XI. Queda también un consejero militar francés, el general Weygand; sin embargo, no llega

ninguna ayuda militar desde el Occidente, salvo unos aviadores británicos y americanos voluntarios. Es más, los sindicatos británicos, en gesto de solidaridad con el Ejército rojo, impiden envíos de armas y municiones compradas por el gobierno polaco. Otro tanto sucede por parte de los checos quienes retienen los transportes por vía férrea. Polonia, una vez más, queda abandonada a su propia suerte. ¿Qué hace el pueblo polaco frente a este nuevo peligro de ocupación y exterminio? Acude a la que desde el año 1657, por decreto del rey Juan Casimiro, oficialmente ostenta el título de la Reina de Polonia: la Virgen María. El día 27 de julio el episcopado polaco vuelve a entronizar a María como Reina de Polonia y confía a su custodia su pueblo amenazado.

Así pues, los polacos, movidos por su fe, por el amor de su patria y, sin duda, por el miedo causado por las atrocidades que acompañaban a cada paso la travesía de las salvajes y poco disciplinadas tropas soviéticas, hacen piña en torno a su comandante. Decenas de miles de voluntarios procedentes de todos los estratos sociales acuden a reforzar el ejército. Muchos de ellos son *scouts*, estudiantes universitarios y de la enseñanza media, mujeres valientes, veteranos de las legiones de la primera guerra mundial y de las insurrecciones anteriores. La razón de decepción y rabia de Trotski es el hecho de que hasta campesinos y obreros en vez de dejarse «liberar» por sus camaradas proletarios soviéticos se alistaban masivamente al ejército polaco para plantarles cara y defender a su país.

De hecho, el primer ministro de Polonia Vicente Witos, nombrado por el comandante Pilsudski ya durante la guerra, es líder del Partido Campesi-

Dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad. Precisamente porque todos los artículos de la fe forman una unidad, negar uno de ellos, aunque sea de los que parecen menos importantes, produce un daño a la totalidad. Cada época puede encontrar algunos puntos de la fe más fáciles o difíciles de aceptar: por eso es importante vigilar para que se transmita todo el depósito de la fe (cf. 1 Tm 6,20), para que se insista oportunamente en todos los aspectos de la confesión de fe. En efecto, puesto que la unidad de la fe es la unidad de la Iglesia, quitar algo a la fe es quitar algo a la verdad de la comunión. Los Padres han descrito la fe como un cuerpo, el cuerpo de la verdad, que tiene diversos miembros, en analogía con el Cuerpo de Cristo y con su prolongación en la Iglesia. La integridad de la fe también se ha relacionado con la imagen de la Iglesia virgen, con su fidelidad al amor esponsal a Cristo: menoscabar la fe significa menoscabar la comunión con el Señor. La unidad de la fe es, por tanto, la de un organismo vivo, como bien ha explicado el beato John Henry Newman, que ponía entre las notas características para asegurar la continuidad de la doctrina en el tiempo, su capacidad de asimilar todo lo que encuentra, purificándolo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia.

S. S. FRANCISCO: Enc. *Lumen fidei*

no y para dar ánimos al pueblo y evitar que cunda el pánico, en pleno auge de la batalla, después de las horas de despacho con sus ministros sale al campo con su vagón bastidor arrastrado por el caballo para realizar la cosecha, cosa que deja atónito al diplomático y autor inglés, lord Edgar Vincent D'Abernon que acompañaba al general Weydand y que describió los hechos en su libro *La decimoctava batalla decisiva del mundo. Varsovia, 1920*, publicado el año 1931.

En estas circunstancias el joven general soviético Mijaíl Tujachevski, a quien llamaban el Bonaparte Rojo, debido a sus numerosos triunfos contra los blancos, ordena por un lado una maniobra envolvente para rodear Varsovia por el norte, cruzar el Vístula y poner el cerco desde el oeste y, por otro lado, decide lanzar el grueso de sus fuerzas en un asalto frontal contra la capital polaca. El general Weygand aconseja a Pilsudski que intente frenar el ataque temporalmente y enseguida se ponga a negociar unas condiciones de paz lo menos desastrosas posibles. Pero en la mente del estratega polaco ya se está urdiendo otro plan. Pilsudski entrevé varias circunstancias que no solamente evitan que entre en pánico —como muchos de los que lo rodean— sino que además le hacen detectar una oportunidad única de asestar un golpe mortal al enemigo. Entre los dos destacamentos del ejército soviético hay una brecha importante que podría ser aprovechada, siempre que la moral y el ánimo de los extenuados soldados polacos, cuya fortaleza fue seriamente puesta a prueba en medio de la larga retirada marcada por la derrota y privación, lo permitiera. El comandante se rinde personalmente en primera línea de frente en la cual permanece durante muchas horas moviéndose desde el norte al sur haciendo arengas y proclamas al estilo de Enrique V, en las que exige a los soldados el máximo sacrificio. Éstos no fallarán. El día 15 los polacos lanzan una contraofensiva que cae como un relámpago sobre los soviéticos totalmente seguros de su victoria. Las tropas polacas consiguen invadir la brecha y romper las comunicaciones entre los destacamentos rusos. Esto obliga a una parte del Ejército Rojo a batirse en retirada que pronto se convertirá en una huída en desbandada. Otro destacamento, ubicado más hacia el norte, es adelantado por los polacos, quienes les cortan la vía de retirada, lo cual les obliga a entrar en el territorio prusiano, donde entregan armas y son internados. Un ejército de más de cien mil soldados, hasta ahora siempre victorioso, en el transcurso de tres días prácticamente deja de existir. Pero Pilsudski

no se contenta y decide explotar la victoria; persigue a los restos del Ejército rojo reagrupados hasta el río Niemen, en Lituania, donde en otra gran batalla (del 20 al 29 de septiembre) asesta un golpe definitivo. Al Politburó no le queda otro remedio que reconocer su derrota y empezar a negociar la paz, que finalmente se firmará en Riga en marzo de 1920 y que conservará la soberanía y las fronteras de Polonia.

Como consecuencia Polonia sale victoriosa y reforzada de esta dura prueba y, en cambio, Lenin y sus secuaces por el momento deciden abandonar la idea de la conflagración mundial para dedicarse más a «ordenar» el funcionamiento de su propio estado (valga decir a las purgas, colectivizaciones, juicios sumarios, campos de concentración en Siberia y un largo etcétera).

De este modo, al menos temporalmente Polonia, Alemania y toda la Europa central se salvó del totalitarismo soviético. Tres meses antes de la batalla en el pequeño pueblo de Wadowice cerca de Cracovia nació el tercer hijo de un modesto oficial polaco. Le pusieron por nombre Karol. Vivió, se educó y descubrió la vocación sacerdotal en un país libre. Cuando a sus veinte años se volvió a abalanzar sobre su tierra la rabia de los totalitarismos nazi y soviético, tanto él como su pueblo estaban preparados para resistir. Años más tarde, el 15 de agosto de 1999 el papa Juan Pablo II en el transcurso de su visita a Polonia pidió poder visitar el campo de batalla donde había tenido lugar el Milagro del Vístula 79 años antes. Bendijo a los últimos siete veteranos de la batalla, que vinieron a su encuentro luciendo los uniformes, erguidos a pesar de rondar los cien años de edad. Hubo lágrimas: de emoción por parte de los soldados, de agradecimiento por parte del Papa quien dijo que, gracias al sacrificio de sangre de muchos soldados polacos, pudo nacer y formarse en un país libre. No es difícil adivinar que, de no haberse producido la victoria en la batalla de Varsovia, no solamente no habría habido una Polonia libre sino que tampoco habría habido un papa polaco en el trono de Roma. Dicho sea de paso un papa que a través de su oración, su fortaleza y su denuncia profética contribuyó sustancialmente a la caída del totalitarismo soviético.

Contemplando estas extraordinarias paradojas de la historia uno no puede sino llegar a la conclusión de que, a pesar del indiscutible dramatismo de algunos acontecimientos, todo lo que sucede está inscrito en el plan de la Providencia, puesto que Dios es el Señor de la historia.

La restauración del Imperio romano en Occidente*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

EN la fiesta de la Navidad del año 800, el pueblo de Roma presenció uno de estos hechos que señalan durante siglos el rumbo de la historia. El nombre ilustre de la ciudad, cabeza del mundo, y el escenario del gran acontecimiento, la basílica de San Pedro, que sobre el lugar del martirio del Apóstol edificara Constantino el Grande, no eran ciertamente indignos de su trascendencia, ni de quienes en él desempeñaron el principal papel; eran éstos el papa León III y el rey de los francos Carlomagno.

Contemplemos el hecho tal como nos lo han transmitido los cronistas de la época. El rey Carlos se disponía a oír la misa solemne celebrada por el papa León III; se hallaba arrodillado ante el altar del Apóstol, su comitiva de nobles francos le rodeaba, el pueblo romano llenaba la basílica. El Pontífice, adelantándose hasta donde él estaba colocó sobre su cabeza una corona de oro mientras todos los presentes gritaban: «¡Vida y victoria al piadosísimo Carlos Augusto, emperador de los romanos, coronado por Dios que nos da la paz!». En medio de las aclamaciones tres veces repetidas el Papa veneró a Carlos como emperador y le ungió como a tal.

¿Qué había pasado? ¿Cuál fue la evolución de los hechos que había llevado a que el rey de los francos se convirtiese en heredero de los césares y a que recibiese la corona puesto de rodillas ante el altar de san Pedro y por manos del pontífice romano?

Hay que rechazar, desde luego, la idea de que se tratase de la creación de un nuevo imperio con el nombre prestigioso de otro antiguo, destruido ya e inexistente. Por el contrario, el hecho era simplemente que el rey de los francos era proclamado emperador romano, soberano de un imperio que existía y dominaba de derecho todavía en la Europa occidental.

En efecto, el destronamiento en el año 476 del último de los sucesores de Honorio, no significó la destrucción del Imperio romano de Occidente. Mejor podría decirse que nunca había existido tal Imperio de Occidente; la división de Teodosio no había significado sino poner al frente del Imperio romano, entidad política que conservaba su unidad, a dos soberanos residentes en dos capitales: Roma y Constantinopla.

* Artículo publicado en *CRISTIANDAD*, núm. 27, de 1 de mayo de 1945.

Al ser destronado Rómulo «Augústulo», los soberanos bárbaros continuaron reconociendo como subsistente la autoridad imperial; por esto Constantinopla se gloriaba de ser la capital única del Imperio, la nueva Roma, como decían los patriarcas para fundamentar sus ambiciones cismáticas al título de ecuménicos. Y así nadie duda de que Justiniano fuese el emperador romano, ni que al mandar a Belisario a la conquista de Italia entendiese otra cosa que restablecer su autoridad en la Península; no conquistar países extraños para extender las fronteras de su Imperio.

Pero los emperadores de Constantinopla llevaron pronto el Imperio a la situación que ha hecho que fuese llamado «Bajo Imperio». Desde un principio se caracterizaron por su amparo a los movimientos heréticos y al espíritu cismático, que permite someter la Iglesia al poder civil. En los siglos VII y VIII, mientras los emperadores apoyaban a los herejes, había tenido lugar la pérdida de extensas provincias ante las acometidas del islam, y a la vez aparecían impotentes para defender a Italia y a Roma de los ataques lombardos.

En estos mismos siglos, en cambio, el Occidente presenciaba el robustecerse de la monarquía franca bajo una nueva dinastía caracterizada desde un principio por su fidelidad a la Iglesia y al Pontificado. El reino de los francos había constituido el apoyo de la Iglesia para la conversión de los sajones y germanos. En Poitiers, Carlos Martel destrozaba el ejército de Abderramán; Pipino y más tarde Carlomagno salvaban Italia y Roma del peligro lombardo y asentaban el fundamento del poder temporal de la Santa Sede.

En el tránsito de este siglo llamado del «Renacimiento carolingio» a la centuria IX, en que había de iniciarse con Focio el Cisma de Oriente, la Providencia dispuso las circunstancias favorables a un hecho trascendentalísimo.

Dejemos la palabra a los contemporáneos, que nos revelan la conciencia que tuvieron de estos tres importantes puntos: 1.º, la legitimidad de la coronación del rey franco; 2.º, que se trataba verdaderamente de continuar el Imperio romano; y 3.º, que esto ocurrió providencialmente para que Europa encontrase el poder político que sirviera de base a la unidad de la Cristiandad occidental y de apoyo a la misión civilizadora de la Iglesia.

La *Crónica de Moissac*, escrita en el año 801,

después de narrar la coronación, «hecha con el consentimiento del Senado de los francos e igualmente del de los romanos», afirma: «Esto ocurrió por voluntad de Dios; pues mientras dicho emperador iba hacia Roma, varias personas le decían que el nombre de emperador había cesado de usarse entre los griegos, y que el Imperio entre ellos era poseído por una mujer, Irene, que se había apoderado con engaño de su hijo, le había arrancado los ojos y tomado el Imperio para ella. Habiendo oído lo cual, el papa León y todos los obispos, presbíteros y abades, el Senado de los francos y los más ancianos entre los romanos fueron del parecer, con el resto del pueblo cristiano, de nombrar *emperador a Carlos, rey de los francos, visto que dominaba Roma, madre del Imperio, donde los césares y emperadores habían siempre acostumbrado a residir*».

Ideas parecidas se encuentran en el texto de los *Anales de Lauresheim*. Además, en la narración del *Liber pontificalis* se afirma que la causa del unánime acuerdo fue el haber visto «todo el pueblo de Roma cómo el rey Carlos amaba y defendía la santa Iglesia romana». Fue por tres veces proclamado y todos *le escogieron como emperador de los romanos*.

Es, pues, evidente, que en la mente de todos los contemporáneos el hecho de la coronación fue la base de la restauración del Imperio romano en Occidente; Carlomagno, el soberano que da nombre al Renacimiento de su época, el guerrero amante de la Iglesia romana, fue el sucesor de Teodosio y Constantino y, en definitiva, de Augusto.

Hay que observar el profundo sentido que para la unificación de Europa en tal hecho se encierra.

Un rey germano era proclamado soberano de Roma, mientras este mismo hecho señalaba la sumisión de los invasores a la entidad política en cuyos territorios irrumpieran siglos atrás. La Iglesia fue la unificadora de la civilización romana y el germanismo. El papa san León y Carlomagno preparaban la formación de la Cristiandad medieval, cuyas bases empezaron a construir en el siglo VI Gregorio el Grande y san Benito. La idea del imperio, tal como se concibió en el año 800, estaba destinada a persistir a través de toda la Edad Media.

La obra política de Carlomagno, efectivamente, perduró. Es cierto que había de pasar por graves vicisitudes bajo sus sucesores en el poder imperial. Contribuyeron a ellas la falta de talento político de su heredero Ludovico Pío y las rivalidades de sus descendientes y más que nada las circunstancias de la sociedad de la época en su evolución hacia el feudalismo. Pero el título y la autoridad imperiales sobrevivían a las luchas intestinas y aun a las divisiones pactadas en Verdun y Meerssen, que, si rompían la unidad territorial de los estados de Carlomagno, no hacían desaparecer la idea imperial.

Soberanos de los tres distintos reinos que se crearon por el tratado de Verdun, ciñeron sucesivamente la corona de emperador de los romanos. Finalmente, el Imperio había de obtener su definitiva consolidación en las regiones de los llamados *francos orientales*, es decir, la actual Alemania, mientras que la exclusión de los reyes de los francos occidentales había de ser el origen de la rivalidad secular de la Casa real francesa contra los emperadores del Imperio Romano-Germánico. La continuación de la

Recuperar la conexión de la fe con la verdad es hoy aún más necesario, precisamente por la crisis de verdad en que nos encontramos. En la cultura contemporánea se tiende a menudo a aceptar como verdad sólo la verdad tecnológica: es verdad aquello que el hombre consigue construir y medir con su ciencia; es verdad porque funciona y así hace más cómoda y fácil la vida. Hoy parece que ésta es la única verdad cierta, la única que se puede compartir con otros, la única sobre la que es posible debatir y comprometerse juntos. Por otra parte, estarían después las verdades del individuo, que consisten en la autenticidad con lo que cada uno siente dentro de sí, válidas sólo para uno mismo, y que no se pueden proponer a los demás con la pretensión de contribuir al bien común. La verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto, es vista con sospecha. ¿No ha sido esa verdad —se preguntan— la que han pretendido los grandes totalitarismos del siglo pasado, una verdad que imponía su propia concepción global para aplastar la historia concreta del individuo? Así, queda sólo un relativismo en el que la cuestión de la verdad completa, que es en el fondo la cuestión de Dios, ya no interesa. En esta perspectiva, es lógico que se pretenda deshacer la conexión de la religión con la verdad, porque este nexo estaría en la raíz del fanatismo, que intenta arrollar a quien no comparte las propias creencias. A este respecto, podemos hablar de un gran olvido en nuestro mundo contemporáneo.

S. S. FRANCISCO: Enc. *Lumen fidei*

idea de Carlomagno fue la obra política de una dinastía procedente de uno de los territorios que más tenazmente conservaba el puro carácter germano, y cuya sumisión había costado a aquél dieciocho expediciones militares en largos años de lucha; esta dinastía fue la Casa de Sajonia.

El Sacro Imperio Romano-Germánico

Los siglos IX y X fueron para la civilización europea una época de salto atrás en su camino. El renacimiento iniciado bajo Carlomagno se detuvo, la autoridad imperial y real, debilitadas por las luchas, iba perdiendo su fuerza; surgía el feudalismo; todo ello unido a la intromisión de esta tiranía feudal en las cuestiones eclesiásticas, a las guerras constantes y a las invasiones normandas y sarracenas fue poniendo en peligro aquella unidad de los pueblos del Occidente que constituyera el ideal de los grandes hombres de los siglos precedentes.

Desde 924, a la muerte de Berengario I, nadie ostentaba ya el título imperial. La tiranía de los señores del centro de Italia se hacía sentir sobre la Santa Sede pretendiendo impedir la libertad de los pontífices romanos.

Pero en aquel siglo, que aunque más trágico quizás que el mismo siglo V no estaba falto ciertamente de los elementos que habían de producir el despertar de Europa en la siguiente centuria (recordemos que en 910 se fundó la abadía de Cluny), había de tener lugar la restauración y consolidación definitiva de la obra política de León III y Carlomagno.

Otón I de Sajonia fue el soberano que adquirió el prestigio y el poder suficientes para recibir la herencia imperial y restaurar el Sacro Imperio Romano que desde entonces recibiría además el apelativo de germánico. Su matrimonio con Adelaida, viuda del rey Lotario de Italia, a la que liberó de la tiranía del usurpador Berengario de Ivrea, le dio la corona de Italia y finalmente en el año 962 fue coronado como emperador por el pontífice Juan XII.

La dinastía de Sajonia, en el medio siglo que ostentaría la dignidad imperial, contribuyó de manera notabilísima a la gran obra de aquellos siglos, que

se ha pretendido hacer célebres por su barbarie: *La creación de los principios de la unidad europea*.

El gran artífice de esta obra fue el genial soñador Otón III. Mucho mejor, para nuestro objeto, que todo lo que pudiéramos decir será citar, para poner fin a estas líneas, el profundo comentario que sobre su figura hace Christopher Dawson en su magnífica obra *Los orígenes de Europa*.

«Otón III ayuntaba en su persona la doble tradición imperial cristiana en sus formas carolingia y bizantina. Por conducto de su madre y del griego calabrés Filagato recibió las auras de la cultura superior del mundo bizantino, en tanto que su tutor Bernardo Hildesheim, mezcla de estudioso, de artista y de hombre de Estado, encarnaba lo más florido de la tradición carolingia; aparte lo cual, era en gran manera sensible a las más altas manifestaciones culturales del momento, según se muestra por su amistad personal con san Adalberto de Praga y sus relaciones con los más insignes ascetas italianos, san Romualdo y san Nilo.

»Con tales características y con la educación recibida no es de extrañar que Otón III concibiera un imperio más bizantino que germánico y que consagrara su vida a la realización de unos ideales y aspiraciones ecuménicos. En Gerberto, el hombre más sabio y brillante de la época, encontró un espíritu diestro, apto para ayudarle en la empresa a la que consagró su vida. Hasta entonces había estado persuadido de la inferioridad de la cultura occidental en comparación con la civilización refinada de los griegos; fue Gerberto quien le demostró que era Occidente y no Bizancio el verdadero heredero de la tradición romana, y quien le estimuló a recobrar la herencia antigua. No se crea en Italia —escribía Gerberto— que Grecia sola puede vanagloriarse del poder romano y de la filosofía de su emperador ¡El nuestro, sí, el nuestro, es el Imperio romano! Su poderío se apoya sobre la rica Italia, sobre las populares Galia y Germania y sobre los valientes reinos de los escitas. Nuestro Augusto eres tú, oh, César, el emperador de los romanos, que, salido de la más noble sangre griega, supera a los griegos en poder, domina a los romanos por derecho hereditario, y sobrepasa a unos y otros en saber y en elocuencia».



San José en las plegarias eucarísticas

Nos honramos en reproducir el siguiente artículo, del cardenal ANTONIO CAÑIZARES, publicado en la edición semanal en lengua española de L'Osservatore romano, del 21 de junio de 2013

Se ha hecho público el decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en virtud del cual se inserta la mención del nombre de san José en las plegarias eucarísticas II, III y IV, a continuación de la mención de santa María, Virgen y Madre de Dios. Ya, desde Juan XXIII se mencionaba su nombre en la I, el llamado «Canon Romano». Nos alegramos de este hecho, que tantos esperábamos.

San José, sin duda, es una figura cercana y querida para el corazón del Pueblo de Dios, una figura que invita a cantar incesantemente la misericordia del Señor, porque el Señor ha hecho con él obras grandes, y ha manifestado su infinita misericordia en favor de los hombres. No podemos olvidar que la figura de san José, aun permaneciendo más bien oculta y en el silencio, reviste una importancia fundamental en la historia de la salvación. A él le confió Dios la custodia de sus tesoros más preciosos: su Hijo único, venido en carne, y su Madre Santa, siempre Virgen. A él obedeció Jesucristo, el autor de nuestra salvación; en él tenemos el gran intercesor ante el Hijo de Dios, Redentor nuestro, que nació de la Virgen María, su esposa; en él tenemos el ejemplo del hombre fiel y creyente, y del siervo prudente.

Son poquísimas las alusiones a san José en los Evangelios, sólo en Mateo y en Lucas; sin embargo, con una gran sobriedad, nos ofrecen los trazos que delinean esta figura singular, en la que Dios ha encontrado la docilidad total para llevar a cabo sus promesas. José, desposado con María, era del linaje de David. Así unió a Jesús a la descendencia davídica, de modo que, cumpliendo las promesas sobre el Mesías, el Hijo de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, puede llamarse verdaderamente «Hijo de David». David no verá a su sucesor prometido, «cuyo trono durará para siempre», porque este sucesor anunciado, veladamente en la profecía de Natán, es Jesús. David confía en Dios. Igualmente,

José confía en Dios cuando escucha al mensajero, al Ángel, que le dice: «José, Hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo». Y José «hizo exactamente lo que le había mandado el Ángel».



Mateo dice de José, «como era un hombre justo obedeció al mandato». Ser justo es decirlo todo de José; no es sólo decir que era un hombre bueno y comprensivo; es decir sencillamente la reciedumbre y solidez de toda su persona que se caracteriza en su identidad más propia, hasta definirlo por vivir de la fe, como «el justo vive de la fe»; por confiar plenamente en el Señor, y así ser bendecido enteramente por Dios, como el árbol que crece junto a las aguas del río. El justo es el que camina en la ley del Señor y escucha sus mandatos, el que vive en la total comunión con el querer divino y realiza su verdad,

el que permanece firme en la fidelidad inquebrantable de Dios, y toma parte en su misma consistencia, que es la de Dios mismo.

Para José, como el justo que es probado y acreditado, llega el momento de la prueba, una dura prueba para su fe y fidelidad. Prometido de María, pero antes de vivir con ella, descubre su misteriosa maternidad y queda turbado. El evangelista Mateo subraya, precisamente, que como era justo, no quería repudiarla y por tanto resolvió despedirla en secreto. En la noche, en sueños, el ángel le hizo comprender que era obra del Espíritu Santo; y José, fiándose de Dios, renunciando a sí mismo y a su criterio, a su manera de ver las cosas y a su proyecto propio, accede y coopera con el plan de la salvación: deja a Dios ser Dios, sin imponerle ningún molde o criterio humano previo, preestablecido por el hombre. Ciertamente que la intervención divina en su vida no podía menos que turbar su corazón, sumida en la oscuridad de la noche y de la falta de luz en esos momentos. Y es que confiarse en Dios no significa ver todo claro según nuestros criterios, no sig-

nifica realizar lo que hemos proyectado; confiarse en Dios quiere decir expropiarse, es decir, vaciarse de sí mismos, renunciar a sí mismos, porque sólo quien acepta perderse por Dios puede ser «justo», con la justicia o verdad de Dios, como san José; es decir, puede conformar su propia voluntad y querer con Dios, con su designio, y así vivir y caminar en la verdad y la luz.

En la historia, José es el hombre que ha dado a Dios la mayor prueba de fidelidad y de confianza, incluso ante un anuncio tan sorprendente. En él vemos la fe de nuestro padre Abrahán, padre de los creyentes. En José encontramos a un auténtico heredero de la misma fe de Abrahán; fe en Dios que guía los acontecimientos de la historia según su misterioso designio salvífico. En verdad, como dice la carta a los Hebreos acerca de Abrahán, también José «creyó contra toda esperanza». Se fió enteramente de Dios. Vemos en esa fe la misma fe de su esposa María, que dice: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». En esa fe, y por ella precisamente, vemos cómo está unido a su esposa para cumplir la voluntad de Dios, para hacer lo que Dios quiere, para escuchar y obedecer la Palabra de Dios, lo que Dios manda, y así cumplir el designio de Dios: «Dichoso él porque ha escuchado la Palabra de Dios», la ha acogido, y la ha obedecido, sin ninguna certeza humana, solamente fiado de lo que el mensajero le ha transmitido. Como el mismo Jesús, hecho hombre en el seno de María por obra del Espíritu Santo: «Me has dado, Señor, un cuerpo, aquí estoy, oh Dios, para cumplir tu voluntad».

Esta grandeza de José, que es la grandeza de la fe, como la de María, resalta aún más, porque cumplió su misión de forma humilde y oculta en la casa de Nazaret. Por lo demás, Dios mismo, en la persona de su Hijo encarnado, eligió este camino y este estilo —el de la humildad y el del ocultamiento— en su existencia terrena. Es José, como lo dibujaba el beato Juan Pablo II, el hombre del silencio, del «silencio de Nazaret». Es el estilo que lo caracteriza en toda su existencia: como en la noche del nacimiento de Jesús, como escuchando al anciano Simeón, o cuando Jesús es hallado en el Templo y recuerda a sus padres que tenía que ocuparse de las cosas de su Padre, porque sólo Dios es nuestro Padre y «toda paternidad viene de Dios».

Podemos considerar a san José, bendito y dichoso, porque él fue el primero al que se le confió directamente el misterio de la Encarnación, el cumplimiento de las promesas de Dios, del Dios con nosotros, Emmanuel. Y, como María, guardó este secreto escondido a los siglos y revelado en la plenitud de los tiempos. Guardó en su corazón

y lo custodió: porque el «secreto» era el Hijo de María, a quien él habría de poner el nombre de Jesús, el «Salvador» de todos los hombres, Mesías y Señor.

A José el Padre celestial ha encomendado el cuidado diario de su hijo, en la tierra, un cuidado realizado en la obediencia, la humildad y en el silencio. A él le cupo el honor y la gloria de criar a Jesús, esto es, de alimentar y enseñar a Jesús, de conducirlo por los caminos de la vida para aprender a ser hombre, para aprender a trabajar como hombre, amar como hombre con corazón de hombre, a insertarse en una historia y una tradición concreta, aquella del Pueblo de Dios elegido y amado, educarle como hombre, e incluso, educarle en la plegaria de aquel pueblo a rezar como hombre. ¡Qué maravilla el que el Hijo de Dios se sometiese así a José y aprendiese a obedecer y a caminar en la vida del hombre junto a José! ¡Qué bien refleja todo esto aquel maravilloso cuadro de El Greco en la sacristía de la catedral de Toledo, a decir de los especialistas una de las pinturas más bellas y mejores del pintor toledano de adopción!: Jesús, niño, es conducido lleno de gozo por José, que le mira atentamente con una mirada de ternura y de fe incomparables, caminando con él, de la mano de él, con esos ojos puestos en Jesús y en el horizonte o mejor en el cielo, recorriendo los caminos de la vida con José.

¿Cómo no dar gracias a Dios por esta maravilla que Dios ha realizado en medio de los hombres: José, el justo, esposo de la Virgen María, el carpintero de Nazaret con el que identificaban a Jesús como hijo para despreciarlo por su humilde condición, pero tan grande a los ojos de Dios, que le confió la custodia de su Hijo y de su Madre, y ahora le sigue confiando la protección y sostén de la Iglesia, que tiene en María, su imagen y su madre? ¿Cómo no insertar la mención de su nombre, junto a su Esposa, la Virgen Madre de Dios, María, en las plegarias eucarísticas si ocupa un lugar tan singular en la historia de la salvación, en la plenitud de esta historia, en la obra redentora de Jesús, el Salvador, nacido de María Virgen por obra del Espíritu Santo? ¿Cómo no tenerlo presente cada vez que celebramos el memorial del Misterio Pascual, en la Eucaristía, que hace a la Iglesia, estando tan asociado a lo que es la Iglesia, y la guarda, como protector universal suyo? Que esta inserción del nombre de san José nos ayude a todos a seguir sus pasos, su fe, su fidelidad y la prontitud en el cumplimiento silencioso de la misión que la Iglesia nos confía a cada uno, para servir a Jesús, en quien está la salvación del mundo entero, y servirle como él, su gran siervo y servidor, le sirvió: con todo su ser, con todo su corazón.

La santa Cruz en san Odilón, abad de Cluny

GUILLERMO PONS PONS

DEL precioso monasterio de Cluny, que desde el siglo X al XII vino a ser el más fuerte y bello alcázar del espíritu en la Europa cristiana occidental, no quedan ya más que muy pocos vestigios sueltos y desconectados. Ya en los últimos años de poder de la Revolución francesa, casi todos sus edificios, junto con su incomparable iglesia románica de 187 metros de longitud, fueron lastimosamente demolidos. Se cuenta que cerca de allí pasó Napoleón cuando se dirigía a Milán y los habitantes del lugar le ofrecieron que se quedara algún tiempo en la población para reposar; pero que el victorioso general les increpó diciendo: «Sois unos vándalos; habéis destruido vuestra grandiosa basílica; no voy a Cluny».¹

De esta famosa iglesia benedictina casi sólo ha quedado su elegante cimborio central, de gigantescas proporciones, pero aislado y que inspira una cierta tristeza. Sin embargo, en lo más alto de su puntiagudo remate destaca una gran cruz metálica con adornos dorados. Parece como el eco de un verso de Venancio Fortunato: *Crux benedicta nitet, Dominus qua carne pendit* (Brilla la cruz bendita, en la que en su carne pendió el Señor). La bendita cruz de Cristo fue también pulcramente ensalzada en un sermón del abad de Cluny, san Odilón, al que quiero referirme mediante algunos sencillos comentarios.

Un preclaro monasterio benedictino

PARA conocer debidamente a un benemérito abad de Cluny, como lo fue san Odilón, en el ya lejano siglo XI, es preciso tratar de penetrar en las instituciones y la mentalidad que caracterizaron aquel tiempo y aquella Cristiandad europea, que configuraron una cultura de la que, sin duda, hemos heredado importantes valores y en la que podemos aún descubrir unos ideales y unas virtudes que no debemos olvidar.

A principios del siglo X había surgido en Borgoña un foco de espiritualidad destinado a ejercer un gran influjo en la vida de la Iglesia medieval. Se trata de ese monasterio de Cluny, que desde un principio se

configuró como independiente de todo vínculo feudal, colocándose bajo la protección de la Sede Romana, a pesar de que en dicha época el territorio de Italia y las instituciones allí establecidas se hallaran sometidas a gran confusión y desorden.

De Cluny tomará origen una vasta red de monasterios observantes y toda una corriente de purificación de la vida cristiana. No sin razón se ha dicho que aquel tiempo fue un «siglo de hierro» y una época de oscuridad; pero no podemos olvidar que también puede considerarse ya como la «aurora» de unos nuevos tiempos en los que Europa va a alcanzar una singular plenitud de civilización europea y de cultura cristiana.

El monasterio cluniacense contó con excelentes abades vitalicios, de una categoría espiritual y humana extraordinarias. Sin oposición designaban o proponían a sus sucesores. Tales fueron en el siglo X Odón y Mayolo; en el XI san Odilón y san Hugo, y en el XII Pedro el Venerable. La comunidad de Cluny creció hasta el número de unos trescientos monjes, pero aún fue mucho más espectacular la difusión por muchos países de prioratos dependientes de la abadía madre, llegando a ser más de mil los que seguían las normas y sobre todo el espíritu que emanaba de Cluny. Observaban con fidelidad la Regla de san Benito, aunque con algunas acomodaciones a las circunstancias de la época. La celebración del culto era muy digna y solemne, a la vez que se hacían muchos sufragios por los fieles difuntos y se atendía con generosidad a los pobres.

La congregación de Cluny era típicamente feudal, fundada sobre los vínculos de vasallaje, pero con un sentido de protección y justicia que era favorable para los súbditos y trabajadores de los campos. En esa época en que ya descollaban poderosas y honradas familias establecidas en los castillos y granjas, los monasterios cluniacenses eran considerados como alcázares de Dios en los que se luchaba contra los demonios y se inculcaba la reforma del clero y de los fieles. Muchos nobles procuraban que sus hijos destinados a poseer feudos o a ser en el futuro obispos o abades, se educaran en los monasterios. Las muchas iglesias que dependían de los monjes cluniacenses servían de norma a otras instituciones y así se fue imponiendo la reforma de costumbres, procurando también el fomento de la paz y concordia dentro de los territorios cristianos. Los abades de Cluny realizaban frecuentes viajes a fin

1. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Las grandes abadías benedictinas*, Ed. Ancla, Madrid, 1928, p. 294.

de inculcar los valores cristianos y aconsejar debidamente a los que ejercían el poder.

Todo esto no significa que en la sociedad medieval de aquellos siglos no existieran abusos e injusticias; las hubo y fueron graves, pero es evidente que, gracias a la labor de los cluniacenses y de otras familias monásticas, se fue implantado en Europa la llamada «Reforma gregoriana» iniciada por el papa Gregorio VII, el cual había tenido muy estrecha relación con la orden de Cluny.

El trabajo de los monjes cluniacenses era más bien de tipo cultural, como la transcripción de códices y la enseñanza en las escuelas monásticas abiertas a educandos que no aspiraban a ser monjes. El trabajo agrícola era poco practicado por estos monjes, ya que los oficios religiosos les ocupaban mucho tiempo. Esto quizá resultó perjudicial, y en el siglo XII lo modificarían los monjes cistercienses, si bien todas las estructuras monásticas sufrirían un fuerte impacto y una consiguiente disminución al aparecer los órdenes mendicantes, más adaptadas a las transformaciones de la sociedad europea que se fue concentrando en villas y ciudades, perdiendo lentamente su importancia la vida en los castillos y monasterios.

San Odilón (c.962-1048). Su espiritualidad y su carisma abacial

FUE el quinto de los abades de Cluny y se distinguió por la enjundia de su devoción, así como por su benignidad en el trato con toda clase de personas, y su don de consejo contribuyó poderosamente a que se fuera imponiendo la paz en el ámbito del feudalismo europeo. Rigió el monasterio durante cincuenta y cinco años. Un obispo de Laon, en Francia, Adalberón, en un poema satírico lo describe como si fuera un monarca (*rex cluniacensis*) escoltado por sus monjes.² «Arcángel de los monjes» le llamó Fulberto de Chartres.

Nació Odilón de una familia noble provenzal. Se inició como clérigo y fue canónigo de San Julián de Briaude. Hacia el año 990 decidió, por invitación de san Mayolo, abrazar la vida monástica en Cluny. El abad, que había conocido las buenas cualidades que le asistían, poco tiempo después de su ingreso le tomó como coadjutor suyo, sucediéndole como abad al ocurrir su muerte en 994.

No tenía las dotes físicas de su antecesor, distinguido por su esbelta fisonomía y su prócer estatura. Odilón era más bien bajo y de rostro macilento, pero

la bondad se reflejaba en sus ojos, y su trato amable cautivaba a quienes le trataban. Su don de consejo influía en grandes y pequeños. No le faltaban palabras incluso para reprender, pero conseguía transformar los corazones. Así ocurrió con el emperador Otón II, que había faltado en la consideración y respeto a su madre, la emperatriz santa Adelaida, y el abad se lo reprochó diciéndole: «Señor de una dignidad efímera, ¿cómo se atreve a pisotear los preceptos de la verdad?». La santa le manifestó un gran aprecio como el mismo lo refiere narrando el hecho en tercera persona de este modo: «Había a su lado un monje, el cual, aunque indigno del nombre de abad, al parecer de ella valía alguna cosa. Habiendo ella levantado los ojos hacia él, y habiendo mirado él a ella, los dos se echaron a llorar. La emperatriz tomó uno de los pliegues del burdo sayal que el monje vestía, y llevándoselo a sus ojos santos y a su rostro augusto, lo beso y dijo al monje: “Acuérdate de mí, hijo mío, en tu contemplación, porque ya no te veré más con estos ojos de mi cuerpo”». ³ Ambos santos gozaban de lo que los místicos llaman el «don de lágrimas».

Como lo haría poco después san Bernardo de Claraval, también san Odilón recorrió reiteradamente los caminos de Europa. Tres veces atravesó los Alpes, entrevistándose con reyes y personas relevantes a fin de promover la paz, lo cual se fue consiguiendo con la instauración de lo que él promovía con ardor, la «Tregua de Dios», que fomentaba la concordia y ponía límites precisos a las luchas armadas. Le tuvieron gran aprecio el emperador Enrique II, Roberto el Piadoso de Francia, Sancho el Mayor de Navarra y el rey san Esteban de Hungría. Este piadoso abad de Cluny falleció estando de camino en el monasterio de Sauvigny pocos días después de Navidad del año 1048. La Cristiandad siempre le ha recordado como el que instituyó la conmemoración de todos los fieles difuntos el día 2 de noviembre.

La literatura monástica

EN general los monjes cluniacenses no se distinguieron como escritores de obras originales, y menos aún pudieron hacerlo los abades famosos tan implicados en labores eclesiales que les exigían constantes viajes. Los sermones que predicaban en sus monasterios es el género literario que fueron cultivando con mayor o menor intensidad. De san Odilón se hallan publicados quince sermones en la *Patrologia latina* de Migne (PL 142, cols.

2. PL 141, 775-776. Cf. R. GARCÍA-VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia*, II, BAC, Madrid, 1953, p. 291.

3. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Semblanzas benedictinas* I, Ed. Voluntad, Madrid, 1925, pp. 183-184.

991-1036). Son valiosas piezas oratorias que manifiestan haber sido redactadas en un latín bastante culto y elegante.

Estos sermones fueron pronunciados en las principales festividades del año en las cuales los abades acostumbraban predicar a la comunidad monástica. Su contenido denota que se basan en textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, poniéndose de manifiesto que el santo abad conocía muy bien las fuentes de la fe y los principales escritos de los Padres de la Iglesia. En efecto, la biblioteca de Cluny era uno de los acervos más copiosos de la literatura antigua que se había ido transcribiendo en las oficinas monásticas que se conocían como *scriptorium*. Todos los principales monasterios dependientes de esa gran abadía procuraron estar provistos de este material de lectura, haciendo honor al aforismo que decía: *Clastrum sine armario, castrum sine armentario*, es decir, que un claustro monástico en el que no existiera un armario o colección de libros vendría a ser como un castillo en el que no hubiera el armamento conveniente. En los principales monasterios de los siglos XI y XII fue, en efecto, donde se cultivó con esmero y amplitud el ciclo de cultura eclesiástica que suele designarse como «teología monástica», que precedió al desarrollo de la Escolástica medieval.

El triunfo de la santa Cruz

EL sermón de san Odilón, que en la referida colección de Migne figura con el número XV y que es el último de ese conjunto, versa sobre el misterio de la Cruz y las festividades cristianas que hacen referencia a esta materia teológica. El santo abad considera en esa cuidada elaboración la importancia de estas celebraciones de la Cruz que vienen a ser como un complemento de las solemnidades pascuales y que están muy vinculadas a los acontecimientos del siglo tercero ligados a la dedicación de la basílica constantiniana de la *Anástasis* y del remodelado montículo del Calvario, los más apreciados «lugares santos» de Jerusalén, conmemorándose así la muerte y resurrección de Cristo. Esa labor constructora de Constantino favoreció el hallazgo de diversas reliquias de la Pasión y especialmente los restos de maderos que se reconocieron como de la cruz de Cristo. Además Odilón tiene muy presente el hecho de la recuperación de la cruz en el siglo séptimo, después de haber sido arrebatada en una invasión de los persas.

Este santo abad de Cluny pone estas celebraciones en paralelo con las del ciclo pascual y lo expresa así: «Cuando se celebra, pues, la invención de la muy victoriosa cruz del Señor, con toda evi-

dencia se recuerda la resurrección del Señor que fue crucificado; y cuando se venera la exaltación de la misma cruz, se pone de relieve que Jesucristo, el Señor que fue clavado en ella, subió luego a los Cielos».⁴

A continuación extrae de la Escritura unas alabanzas que pone en estrecha relación con el misterio de la Cruz. Se trata de unos paralelismos llenos de profundo simbolismo. Así vemos que confronta el engaño con el que el mal espíritu introduce en el mundo la ruina a través de Eva, con la veracidad del ángel que comunica el triunfo de la Resurrección por medio de las santas mujeres: «La mujer engañada por el embuste de la Serpiente proporcionó la muerte a su marido e incluso a todo el género humano; la humilde devoción de las santas mujeres, habiendo escuchado las verídicas palabras del ángel, llevó al Colegio apostólico el anuncio de que el Señor había resucitado».⁵

También la Virgen, que está al pie de la cruz, es presentada en antítesis con la actitud de Eva bajo el árbol del paraíso: «María, la Madre del Señor, al tiempo en que su Hijo unigénito estaba sufriendo la Pasión, se hallaba de pie bajo la cruz y, tal como escribe el doctor católico Ambrosio, con sus piadosos ojos estaba aguardando no la prenda de la muerte, sino la salvación del mundo».⁶

La figura de la emperatriz Elena es destacada por Odilón como digna de singular reconocimiento por su fervoroso empeño en el hallazgo de la cruz de Cristo: «Por su parte Elena, princesa de la familia imperial romana, con el fin de buscar y encontrar los instrumentos de los suplicios infligidos al cuerpo del Señor, insignias de nuestra salvación, con gran esmero, con sincero amor, y según los anhelos de todos, se esforzaba por poder hallar lo que estaba buscando, todo lo cual efectuaba con la intención de que el hallazgo contribuyera al honor y la gloria del Señor».⁷

Los mártires, especialmente Pedro y Pablo, así como también los que se esfuerzan y padecen por su fidelidad al Señor son los que mejor realizan el seguimiento y la imitación de Cristo: «Todos aquellos que a partir del tiempo de la pasión del Señor, estuvieron dispuestos a padecer y morir por Cristo, desearon unirse a Él por medio del suplicio de la cruz. [...] Cualquiera cosa, en efecto, que uno sufre por Cristo, a imitación de la pasión del Señor, hace que el dolor de este padecimiento se considere como motivo de honor y de gloria».⁸

4. *Sermón de la santa Cruz*: PL 142, 1031.

5. *Ibid.*: 1031.

6. *Ibid.*: 1031-1032.

7. *Ibid.*: 1032.

8. *Ibid.*: 1032-1033.

En consecuencia, el buen cristiano devotamente debe buscar la fortaleza en el signo de la cruz: «Es necesario, hermanos carísimos, que quien se goza de haber sido redimido por la preciosa sangre de Cristo ponga empeño en fortalecerse con la señal de la cruz del Señor, y que tal como manda el bienaventurado Jerónimo, al ir a realizar alguna acción o al ponerse en camino, a fin de evitar cualquier peligro, marque sobre sí la cruz, al modo como lo hacen todos aquellos que mediante el misterio de la Cruz se consagran fielmente a Dios».⁹

Simbolismos de la santa Cruz

DESARROLLANDO el texto paulino en que se exhorta a los fieles a valorar el gran amor de Cristo y *comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad* (Ef 3,17), san Odilón trata de descubrir el significado profundo de esta enseñanza de la fe relacionando esas cuatro dimensiones con las partes de la cruz, que él va situando en el brazo horizontal, en la parte más alta, en la longitud principal y en lo que está oculto en el suelo, desarrollando así su simbolismo: «La sublimidad creemos que es la excelencia de la más alta y principal virtud, que es la fe en Dios y acerca de Dios, sin cuya sinceridad e integridad es imposible agradar a Dios (cf. Hb 11,6). Por lo demás, en la anchura podemos considerar las buenas obras de la caridad; en la longitud, la perseverancia hasta el final; en la profundidad, los inescrutables juicios de Dios. Estas interpretaciones provienen de la amplitud y fidelidad del pensamiento de los Padres».¹⁰

Odilón hace una interesante referencia al famoso libro de Rabano Mauro titulado *De laudibus sanctae Crucis*, obra de especial significación por los simbolismos de la cruz que trata muy extensamente y que presenta con muchos dibujos desarrollando

esta amplia y a veces complicada temática. Este autor, discípulo de Alcuino, que después de ser monje y abad de Fulda fue nombrado arzobispo de Maguncia, había nacido hacia el año 776 y murió en 856. Se le ha llamado *Primus praeceptor Germaniae* y Odilón hace referencia a las artísticas ilustraciones de su obra, refiriéndose seguramente a un precioso códice que debía hallarse en el monasterio de Cluny. Se expresa así: «Todos los católicos doctores de la Iglesia trataron del misterio de la Cruz y de la pasión del Señor cuando fue preciso darlo a conocer, unos de un modo más reservado, otros más públicamente, otros exponiéndolo con más extensión. Entre ellos Juan Crisóstomo lo hizo con mayor amplitud que los demás. Mucho tiempo después hubo un monje, que luego fue obispo de Maguncia, llamado Rabano, muy erudito en las ciencias profanas, especialmente conocedor de la fe católica y de la doctrina que a ella se refiere. Este escritor compuso una obra en alabanza de la santa Cruz enriquecida y adornada de tal modo que no puede hallarse otra más preciosa para el que la contempla, más amable para quien la lee, más dulce para quien la recuerda, e incluso que no resulta penosa para quien la transcribe».¹¹ Esta última expresión parece querer indicar que los copistas, cuya labor solía ser ardua y penosa, en el caso de esta obra se complacían en su trabajo.

El sermón de san Odilón sobre la santa Cruz concluye con una extensa enumeración de elogios sobre la cruz de Cristo, sacados de la mencionada obra de san Juan Crisóstomo. El santo abad de Cluny termina con estas invocaciones: «Que para nosotros sea el camino, la vida y la salvación Cristo crucificado. Que sea Él que nos salve siempre y que gobierne todos los siglos. Que la cruz sea la fuerza y el refugio de todos, auxiliándonos aquel que por la salvación del mundo padeció el suplicio de la cruz, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén».¹²

9. Ibid.: 1032.

10. Ibid.: 1033.

11. Ibid.: 1034.

12. Ibid.: 1034-1036.

Es imposible creer cada uno por su cuenta. La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el «yo» del fiel y el «tú» divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza, se abre al «nosotros», se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia. Nos lo recuerda la forma dialogada del Credo, usada en la liturgia bautismal. El creer se expresa como respuesta a una invitación, a una palabra que ha de ser escuchada y que no procede de mí, y por eso forma parte de un diálogo; no puede ser una mera confesión que nace del individuo.

S. S. FRANCISCO: Enc. *Lumen fidei*

Crónica de la XXIII Universidad de Verano

Ramón Orlandis

JOSÉ IGNACIO ORBE

EN la Misericordia divina el mundo encontrará la paz». Bajo este lema se desarrolló la XXIII Universidad de Verano Ramón Orlandis, una cita que todos los años nos convoca a los jóvenes de Schola a primeros de julio. En esta ocasión, entre el 4 y el 7, nos reunimos en el emblemático pueblo de Javier, a la sombra del castillo donde nació el santo que incendió el mundo con el fuego de la misericordia de Dios.

Los temas de esta universidad están inspirados en el primer magisterio del papa Francisco. En sus diversas alocuciones y homilías ha insistido nuestro Santo Padre en dos aspectos que se desarrollaron en las diversas conferencias. En primer lugar en la distinción entre lo «mundano» y lo «cristiano», tema que tiene de fondo la meditación de las «Dos Bandejas» de los Ejercicios de san Ignacio; y por otro lado, el mensaje de la Misericordia como camino por el que Dios quiere salvar a nuestro mundo. Todo ello en el contexto del Año de la Fe y con la noticia de la publicación de la nueva encíclica *Lumen fidei*.

Tras la llegada el jueves por la noche, los jóvenes procedieron a instalarse, cenar y empezar con la Santa Misa. Al día siguiente se empezó con la conferencia de don José Rico, recientemente nombrado obispo auxiliar de Getafe, que desarrolló la vinculación entre misericordia y esperanza, definiendo su naturaleza, señalando sus lugares de aprendizaje y sus enseñanzas en diversas parábolas de los Evangelios.

Don Ignacio M.^a Manresa, hnscc, contrastó las dos realidades de la alegría cristiana y la acedia mundana, así como sus causas y síntomas. Alertó del pecado de acedia como aquella tristeza por la que el hombre pierde el gusto por las cosas espirituales y divinas; pecado por otra parte muy característico de nuestra sociedad actual. Una vez más, la sabiduría de santo Tomás de Aquino se mostró como un gran instrumento de análisis espiritual, sociológico y psicológico.

Al mediodía, tras la Santa Misa presidida por don José Rico, comimos fraternalmente y a primera hora de la tarde nos volvimos a reunir para escuchar a don Luis Fernando de Prada, director de Radio María en España, que nos presentó este instrumento para la Nueva Evangelización, su historia, su programación, su quehacer cotidiano y sus frutos sorprendentes, clara muestra de la continua actuación de la misericordia de Dios en nuestros días.

La tarde se completó con una Hora Santa de exposición del Santísimo y posterior proyección de la película *Un Dios prohibido*, que nos enfervorizó a todos con el impresionante testimonio de los mártires de Barbastro. Desde aquí animamos a todos los lectores de CRISTIANDAD a verla. Merece la pena.

Al día siguiente, tras las Laudes y desayuno, empezamos la mañana con la conferencia de don Luis Fernando de Prada, «Una reflexión espiritual sobre el mundo a la luz de los Ejercicios Espirituales», que desde la meditación de las «Dos Banderas» desentrañó la situación del mundo actual, con sus tentaciones y las soluciones que nos propone. Dicha reflexión fue completada en el plano histórico por don José María Alsina Roca bajo el evocador título de «Mundo histórico y Reino de Dios».

Don Francisco Pérez, arzobispo de Pamplona, quiso acompañarnos presidiendo la misa del día en la basílica de san Francisco Javier. En la homilía nos recordó la importancia y la urgencia de ser santos.

La tarde se inició con una conferencia de don Enrique Martínez, que desarrolló el tema de las bienaventuranzas, y más en concreto aquella que dice «Bienaventurados los misericordiosos». La sabiduría de santo Tomás se volvió a hacer presente en su explicación de la naturaleza de la bienaventuranza y la misericordia divina como único camino que se nos ofrece para alcanzarla.

Don Gonzalo Altozano, periodista, nos hizo disfrutar contándonos su labor profesional de los últimos años dedicados a entrevistar a personajes públicos para hablar de Dios. En muchas ocasiones, conversos; en otras, gente de larga trayectoria espiritual, pero siempre personajes tocados por la misericordia.

Para interiorizar todo lo recibido durante el día, y tocar nosotros mismos la misericordia divina, acudimos a continuación a adorar al Santísimo Sacramento. En dicha Hora Santa pudimos contemplar largamente el corazón agradecido de la Madre de la Misericordia. Finalizamos el día con una agradable velada musical en el Hotel Xabier, donde varios jóvenes interpretaron al violín, al piano y con la flauta travesera diversas composiciones clásicas con gran maestría. La alegría de los presentes por todo lo vivido se manifestó en un final distendido animado con cantos populares al son de la guitarra.

El domingo, día de san Fermín, culminamos el ciclo de conferencias con la presencia de don Santiago Arellano Hernández, que bajo el título de «Amor mundano y amor divino en la literatura del Siglo de Oro español» nos hizo una vez más mirarnos en el espejo de la literatura y descubrir este doble amor, camino de una doble meta: la plenitud del ser humano o su degradación. Así lo ejemplificó con citas abundantes de la literatura clásica y contemporánea de nuestra lengua. Acabada la reflexión terminamos la Universidad de Verano con la santa misa en la que encomendamos los frutos al Corazón misericordioso de Cristo. Demos gracias a Dios.



AÑO DE LA FE 2012 2013

Una historia de conversión

Alexis Carrel

JUAN JAURRIETA

«Mi gran deseo (...) es ahora creer, creer apasionada y ciegameamente».

Cuando contemplamos una conversión, sea de un pobre campesino o de un Premio Nobel de Medicina, entramos en las puertas del misterio, porque, citando a Donoso Cortés cuando habla de su propia experiencia, toda conversión es un misterio, un misterio de amor, «antes no le amaba y ahora le amo, y porque le amo estoy convertido».

Nos dice san Juan, en el prólogo de su evangelio, «en esto consiste el amor, en que Él nos amó primero». Y no puede ser esto más evidente en la conversión de Alexis Carrel.

Nada, nada en la vida de Alexis Carrel, en su disposición anímica, sus aficiones, sus investigaciones... parecía prepararle al encuentro con el Señor.

Pero el Buen Pastor cuida de sus ovejas.

Su conversión, iniciada a causa de un milagro, responde a una acción directa y soberana de Dios, que altera las normas de la naturaleza que Él mismo ha impuesto, para salir en busca de un alma, es el buen pastor que deja las noventa y nueve ovejas en el redil y personalmente va en busca de la oveja perdida, la encuentra y con todo el cariño se la coge en brazos y la lleva de vuelta a casa.

Alexis Carrel, nacido en Francia en 1873, bautizado católico, creció en un ambiente frío de piedad, que se hizo fuertemente escéptico cuando comenzó sus estudios en el Liceo y en la universidad, que le fue alejando de la fe que había recibido en su niñez. Impresionado por el asesinato del presidente Carnot, al que un anarquista le dio una cuchillada que le secciona una arteria, a consecuencia de la cual murió a los pocos días, Carrel aseguraba que se podía haber salvado su vida si los cirujanos hubiesen sabido cómo suturar la arteria.

Desde esos principios Alexis Carrel mostró un gran interés por la posibilidad de reconstruir arterias, y a ello dedicó todas sus potencias,

publicando artículos de impacto mundial que le catapultaron a la fama, y en medio de esa fama, enredado entre las zarzas del mundo, le viene a buscar el Buen Pastor.

Cuando da su testimonio del milagro observado en Lourdes se le crean numerosos enemigos, tanto entre el clero como, y sobre todo, entre la comunidad científica. En 1904 sale de Francia hacia Canadá y Estados Unidos, donde desarrolla principalmente su labor investigadora y científica, hasta que en 1938 vuelve a Europa.

Su labor científica se desarrolla principalmente como pionero en la sutura de arterias, venas y vasos sanguíneos, pero destacando también sus avances en autoinjertos, trasplantes de orejas, tiroides, riñón y bazo. Destaca también en su aportación a la medicina de guerra, para la primera guerra mundial, con la solución conocida como Carrel-Dakin, un antiséptico para limpiar y combatir la infección de heridas de guerra. Por todo ello Alexis Carrel recibió el Premio Nobel de Fisiología y Medicina de 1912 «en reconocimiento a su trabajo acerca de sutura vascular, y trasplante de vasos sanguíneos y de órganos»

Pero diez años antes, recibió un premio mucho mayor: en 1902, un colega y ex compañero de Alexis Carrel le pidió que tomara su lugar como médico a cargo de un tren que trasladaba gente enferma a Lourdes. Entre los enfermos llamó la atención de Carrel una joven agonizante, María Bailly, afectada por una peritonitis tuberculosa en último estadio, una enfermedad ciertamente mortal en esa época. Cuando la vio escribió «hay una paciente que está más cerca de la muerte en este momento que cualquiera de los otros. (...) puede morir en cualquier momento, justo debajo de mi nariz. Si un caso como el suyo se curara sería realmente un milagro. Nunca dudaría de nuevo... su condición se deteriora constantemente. Si ella llegara a casa de nuevo con vida, eso de por sí sería un



milagro... Ella está condenada. La muerte está muy cerca».

Cuando llevaron a María Bailly a las piscinas de Lourdes, no se atrevieron a meterla por temor a que se muriera en ese acto, pero por insistencia de la enfermera que le atendía se le vertió sobre el pecho una jarra de agua milagrosa. Media hora más tarde, estando frente a la gruta de Lourdes, el pulso de la joven comenzó a disminuir y el vientre hasta entonces hinchado se acható. Durante este tiempo, María Bailly permaneció totalmente consciente. Se dirigió al doctor diciendo: «Doctor, estoy curada». Por la noche se sentó en su cama y cenó sin vomitar. A la mañana siguiente se levantó por sí misma.

Carrel quedó perplejo: el científico que regía su interior se negó a aceptar la posibilidad de un milagro, pero su mente tampoco lograba obtener una conclusión empírica y pragmática. Carrel no perdió el interés por ella, le pidió a un psiquiatra que la pusiera a prueba cada dos semanas, lo que realizó durante cuatro meses. Fue examinada regularmente en busca de trazas de la tuberculosis. A finales de noviembre fue declarada curada y entró en el noviciado de París de las Hermanas de la Caridad, donde vivió la ardua vida de religiosa hasta 1937.

Carrel tenía un problema: nadie conocía mejor que él los hechos descritos; sin embargo, no

se atrevía a creer que algo más que simplemente las fuerzas naturales habían intervenido en la recuperación repentina de María Bailly. Continuó acudiendo a Lourdes para poder ver otras curaciones repentinas y comenzó una lucha interior con el Amor; habló con sacerdotes y teólogos, muchos de los cuales le buscaban para que certificase el milagro con el peso de su fama científica. Él se enfadaba mucho; «el encuentro con los sacerdotes le hacía más daño que bien».

Pero a Dios no se le vence fácilmente: por su divina Providencia desarrolló una gran amistad con un monje trapense, Alexis Presse, que causó una gran impresión en Alexis Carrel; sintió «algo extraño corriendo a través de él». Al final de su vida fue este sacerdote quien le suministró los sacramentos, en circunstancias difíciles, en 1944.

No pasó en vano el Señor por la vida de Alexis Carrel. En el libro autobiográfico *Viaje a Lourdes*, en el que cuenta su experiencia y su conversión escribe:

«Virgen Santa, socorro de los desgraciados que te imploran humildemente, sálvame. Creo en ti, has querido responder a mi duda con un gran milagro. No lo comprendo y dudo todavía. Pero mi gran deseo y el objeto supremo de todas mis aspiraciones es ahora creer, creer apasionada y ciegameamente sin discutir ni criticar nunca más. Tu nombre es más bello que el sol de la mañana. Acoge al inquieto pecador, que con el corazón turbado y la frente surcada por las arrugas se agita, corriendo tras las quimeras. Bajo los profundos y duros consejos de mi orgullo intelectual yace, desgraciadamente ahogado todavía, un sueño, el más seductor de todos los sueños: el de creer en ti y amarte como te aman los monjes de alma pura...»

Tuvo la impresión de que bajo la mano de la Virgen, había alcanzado la certidumbre y hasta creyó sentir su admirable y pacificadora dulzura de una manera tan profunda que, sin la menor inquietud, alejó la amenaza de un retorno a la duda.

Este testimonio alimenta nuestra esperanza, la esperanza de nuestra conversión, porque Dios es tan bueno y nos ama tanto que Él sale a nuestro encuentro, especialmente con su Madre. Como en la vida del doctor Carrel, nada hay en nosotros que nos haga merecer este privilegio, sino la pura misericordia de nuestro Dios y la entrañable intercesión de su Madre: ellos nos buscan, nos aupan y nos llevan a la Casa del Padre. ¡Qué dulce esperanza!



AÑO DE LA FE 2012
2013

Los mártires, testigos de la fe

Miguel Pro, S.I.

FRANCESC M.^a MANRESA I LAMARCA

El padre Pro es reconocido como el primer mártir que ofreció la vida a sus verdugos al grito de «¡Viva Cristo Rey!», precursor de los miles de mártires que luego le seguirían en México y en España; sin embargo, entre sus paisanos sería también conocido como el jesuita que en los apenas 18 meses que estuvo en México hasta su martirio, a la edad de 35 años, se desvivió por las almas de Cristo en plena persecución de Calles; o el ángel de caridad que «de la nada» sacaba lo que fuere para mantener ¡hasta cien familias!; o la del incansable sacerdote que robaba horas a los mismísimos astros para ir de casa en casa a administrar sacramentos; o entre sus hermanos de religión, ya el sufrido enfermo, ya el alegre compañero, ya el valiente apóstol, ya el carácter más simpático, ya el aplicado estudiante, ya el organizador de festejos, ya el piadosísimo novicio.

Miguel Agustín Pro nació en 1891 en Guadalupe, en el mismo corazón de México. Primer hijo varón de Josefina Juárez y Miguel Pro, administrador de minas, de donde le vino la inclinación al trato con los obreros y la inquietud por la labor social de la Iglesia en una época en que los ambientes obreros vivían dominados por la ideología marxista.

Fue siempre un carácter alegre, bromista y despierto. Si de jovencuelo ese carácter se inclinaba un tanto a la frivolidad, su madurez espiritual lo conservó en toda su frescura y aun dio mayores bríos a su actividad apostólica en medio de las situaciones más arriesgadas.

Admirado y conmovido por la entrada de sus dos hermanas mayores en el convento, Miguel Pro advierte la llamada de Dios en su interior e ingresa en el noviciado de los jesuitas en El Llano a la edad de 19 años. A los pocos años, en plena revolución de Carranza, el seminario será dispersado y se iniciará el periplo que llevó al hermano Miguel por tierras americanas y europeas, recalando primero en Granada y Barcelo-

na –de cuyo «Sarrià» guardará siempre entrañable recuerdo–, para proseguir sus últimos años en Bélgica, donde será ordenado sacerdote en 1925. El testimonio del día de su ordenación es conmovedor: «Después de la ordenación, los nuevos sacerdotes fueron a la sala de visitas para dar la bendición a sus padres y hermanos. Cuatro sólo fuimos los que no tuvimos esa dicha. Yo, sin embargo, me fui a mi cuarto, coloqué sobre mi mesa los retratos de mi familia y la bendije con toda mi alma; después bendije a mis otros hermanos en religión que ese día estaban unidos a mí en espíritu, de quienes he recibido tantos bienes y, finalmente, mi tercera bendición fue para las almas que Dios me tiene señaladas que las salve y entre quienes debo trabajar».

Dispuso misteriosamente la Providencia un año de dura prueba para D. Miguel tras su ordenación: a la extrañeza de su tierra, vino a su encuentro el recrudecimiento de sus males de estómago que lo hizo pasar bajo cuatro terribles operaciones y sus posteriores convalecencias no siempre exitosas, y aun le llegó la tristísima noticia del fallecimiento de su querida madre y el desvanecimiento de la alentadora ilusión del día en que pudiera darle la comunión de sus propias manos.

Apenas recuperado, y tras una brevísima visita a Lourdes, toma el transatlántico camino de México, donde arriba el 1 de julio de 1926, a treinta días de la entrada en vigor de la «ley Calles»: supresión del culto público, liquidación de la enseñanza católica, disolución de comunidades religiosas y prohibición de emisión de votos religiosos, expulsión del clero no mexicano, expropiación del patrimonio de la Iglesia (templos, casas parroquiales, asilos...) y colegios de asociaciones religiosas, registro de todo personal religioso, sometimiento al Estado para la autorización de culto y hasta el alucinante artículo 10º: «Pena de cinco años al ministro de un culto que critique cualquier artículo de la



Constitución, bien sea en público o en privado». El episcopado mexicano se vio forzado a tomar la decisión de suspender el culto en todos los templos de la república.

En los dieciocho meses que siguieron, Dios bendijo al mundo con el testimonio del padre Pro: el apóstol, el padre de los pobres, el guía de almas y el mártir de Cristo Rey.

Inmerso en sus trabajos apostólico, el padre Pro no halla tiempo para tomar la pluma y escribir su primera carta hasta el 12 de octubre, donde conminado por sus superiores a esconderse y hacer una breve tanda de Ejercicios, da fe de su vastísima labor y de la fecundidad con que el Señor se la bendice: «Todo lo cual prueba con una evidencia evidentísima, que si no entrara el elemento divino, que sólo usa de mí como instrumento, yo ya hubiera dado al traste con todo. Y [...] te digo que ni siquiera puede mi vanidad halagarse en algo, aunque sea lo mínimo, pues toco, palpo, lo bueno para nada de mi persona y el fruto que hago. Quiere decir que no soy yo, sino la gracia de Dios conmigo».

El padre Pro convivió prácticamente todo aquel año y medio con su familia: su padre, su hermana Ana María, sus hermanos Humberto —que lo seguiría en el martirio— y Roberto —que misteriosamente quedaría privado de él—, y el pequeño José de Jesús, que le fue entregado al padre Pro y la familia adoptó como a uno más. Por la prudencia, bien sugerida por la necesidad, bien por la obediencia a sus superiores, se sucederán las residencias en las que ocultarse más discretamente.

No obstante, el padre fue finalmente arrestado junto a sus dos hermanos como por «casualidad», ya que ni lo buscaban a él ni tampoco pretendían aprehender a su hermano Humberto sino para interrogarlo por el caso que entonces traía al gobierno y la policía de cabeza: el fallido atentado contra el general Obregón, primer candidato a la sucesión de Calles. Ni la casua-

lidad ni la falta de pruebas no fueron sin embargo impedimento para que una vez captada su «presa», el gobierno anticatólico la retuviera contra toda justicia. Prueba evidente de que la «instrucción» del caso —si así puede llamarse pues no pasó de un informe policial ni llegó jamás a un tribunal— duró tres días, del 19 al 22 de noviembre de 1927. Hasta aquella última noche, no sospechaban siquiera los hermanos que aquello pudiera terminar con una condena. Desconocían los planes de aquel presidente fanático e inmoral que para esa misma noche, no sólo había dado orden de que los fusilaran en el mismo patio de la escuela de tiro, sino que además había repartido invitaciones a parlamentarios, cuerpos diplomáticos, altos cargos militares y periodistas.

Gracias a esa crueldad, tenemos hoy el testimonio gráfico de la muerte del santo mártir: a media mañana del 23 de noviembre de 1927, el padre Pro sale de los sótanos y comprende con la escena lo que sucede: ahí un pelotón de fusilamiento lo espera; avanza con las manos juntas y la mirada tranquila sobre sus espectadores. Da el perdón ¡y aun las gracias! a uno de sus captores y como última voluntad pide que le permitan rezar: un silencio aplastante acompaña el acto. Con prontitud se alza finalmente, de frente al pelotón, sin venda en los ojos, levanta la mirada al Cielo, abre los brazos en cruz, en una mano el santo Cristo, en la otra, el rosario, y grita «¡Viva Cristo Rey!»; hace la señal a los soldados de que está dispuesto y suena una sorda descarga.

Al día siguiente, un grupo de sacerdotes se abre paso entre una multitud inmensa al grito de «¡abran paso al mártir de Cristo!». Una voz entonó la canción con que el padre Pro estuvo aquellos tres días de prisión animando a sus compañeros de presidio:

«Tú reinarás, ¡oh Rey bendito!
pues tú dijiste “reinaré”».

Y la muchedumbre, derramando lágrimas respondió:

«Reine Jesús por siempre,
reine su Corazón,
en nuestra patria, en nuestro suelo,
que es de María la nación».

Dios parecía aceptar aquel ofrecimiento que dos meses antes, en una ceremonia íntima, el padre Pro le había hecho como «víctima a la divina justicia por la salvación de la fe en México, por la paz de la Iglesia y por el alma de Calles».



San Isidoro

MARCOS ALONSO-RODRÍGUEZ PIEDRA

Haría falta un grueso volumen para dibujar la figura del español que más ha influido en el mundo por el brillo de su ciencia y el calor de su santidad; sirvan estas líneas para recoger lo más saliente de su personalidad como español, como hombre de ciencia y, sobre todo, como santo.

San Isidoro de Sevilla, nació probablemente en Cartagena a mediados del siglo VI y era el menor de cuatro hermanos (Leandro —que fue obispo de Sevilla—, Fulgencio, Florentina y el propio Isidoro), todos ellos aureolados con la corona de la santidad. En el año 599 sucedió a su hermano Leandro en la cátedra episcopal de Sevilla. Fue gran amigo del papa san Gregorio Magno.

Estando en Sevilla, el 4 de abril del año 636 su alma voló al Cielo para recibir la recompensa de una vida santa, dedicada al servicio de la Iglesia. Pocos años después de su muerte, el Concilio de Toledo del año 653 lo definió como «Ilustre maestro de nuestra época y gloria de la Iglesia católica». Dante, en su *Divina comedia*, «vio en el paraíso llamear el espíritu ardiente de Isidoro» (Paraíso, canto X, 130), lo que permite hacernos una idea de su carisma y fama de santidad. Fue canonizado en 1598, y declarado Doctor de la Iglesia por el papa Inocencio XIII en 1722.

Sus restos mortales se encuentran desde el año 1063 en la basílica de San Isidoro de León, adonde fueron trasladados por orden del monarca leonés Fernando I, que los recuperó del dominio musulmán (ya que la ciudad de Sevilla, donde fue enterrado, pertenecía a la taifa de Sevilla, gobernada por el rey Al-Mutadid, tributario suyo).

San Isidoro fue educado en la piedad y en las ciencias bajo el mecenazgo de su hermano Leandro, dedicándose especialmente al estudio de las tres lenguas sagradas (hebreo, griego y latín). Fue sometido a una vida claustral de severa disciplina (reservada a aquéellos que es-

peraban abrazar la vida monástica) en el monasterio fundado por el propio san Leandro, que había creado en torno a su hermano menor un contexto familiar caracterizado por las exigencias ascéticas propias de un monje y por los ritmos de trabajo exigidos por una seria entrega al estudio.

Le tocó vivir una época social y políticamente convulsa, fruto del desmembramiento del Imperio romano de Occidente, la invasión de la península ibérica por visigodos y bárbaros — que se apropiaron de los territorios que pertenecían al Imperio romano—, la convivencia con los judíos y la amplísima difusión del arrianismo (que negaba la divinidad de Jesucristo), que brotaba aquí y allí, incluso en palacios episcopales y que era apoyado por el mismo rey Leovigildo (572-586).

A pesar de ello, estaba lleno de entusiasmo apostólico: sentía un gran deseo de contribuir a la formación de un pueblo que encontrara por fin su unidad, tanto en el ámbito político como religioso, con la conversión de Hermenegildo y su hermano Recaredo, herederos al trono visigodo, del arrianismo a la fe católica.

Sin embargo, no se ha de subestimar la enorme dificultad que supone afrontar de modo adecuado problemas tan graves como los de las relaciones con los herejes y con los judíos. Se trata de una serie de problemas que también hoy son muy concretos, sobre todo si se piensa en lo que sucede en algunas regiones donde parecen replantearse situaciones muy parecidas a las de la península ibérica del siglo VI. La riqueza de los conocimientos culturales de que disponía san Isidoro le permitía confrontar continuamente la novedad cristiana con la herencia clásica grecorromana.

Como abad del monasterio, Isidoro se distinguió por la escrupulosa observancia regular, por su bondad, sentido de la justicia y por el entrañable amor hacia sus súbditos, que él apreciaba y tenía como hijos. Gran importancia conce-



dió al trabajo intelectual de los monjes, debiendo ser la biblioteca la pieza más importante del monasterio después de la iglesia.

Pero, además de padre de los monjes, fue obispo de Sevilla, siendo su principal preocupación la de lograr la madurez cultural y moral del clero español. Fundó un colegio eclesiástico, prototipo de los futuros seminarios, dedicándose personalmente a la instrucción de los candidatos al sacerdocio. El pueblo acudía en tropel a escucharle, porque, según testimonio de su discípulo san Ildefonso de Toledo, «había adquirido tanta facilidad de palabra y ponía tanto hechizo en cuanto decía, que nadie le escuchaba sin quedar maravillado». Pero, más que por sus dotes oratorias, le escuchaban por la solidez de su doctrina teológica y por la unción que ponía el Santo en sus palabras.

Desde muy joven, san Isidoro se sintió atraído por las obras clásicas, paganas y cristianas, conocimientos que se manifestarían después en todas sus obras literarias y que abarcan un conocimiento enciclopédico de la cultura clásica pagana y un conocimiento profundo de la cultura cristiana, lo que explica el eclecticismo que caracteriza su producción literaria, que pasa con suma facilidad de Marcial a san Agustín y de Cicerón a san Gregorio Magno.

Fue el primero de los grandes compiladores medievales y llegó a ser uno de los hombres más sabios de su época, aunque al mismo tiempo era un hombre de profunda humildad y caridad. Escritor fecundo y muy leído: entre sus primeras obras está un diccionario de sinónimos,

un tratado de astronomía y geografía, un resumen de la historia desde la creación, biografías de hombres ilustres, un libro sobre los valores del Antiguo y del Nuevo Testamento, un código de reglas monacales, varios tratados teológicos y eclesiásticos y la historia de los visigodos, que es lo más apreciado en nuestros días, ya que es la única fuente de información sobre los godos. También escribió historia de los vándalos y de los suevos.

Se le llamó el Maestro de la Edad Media o de la Europa medieval y primer organizador de la cultura cristiana. La principal contribución de san Isidoro a la cultura, fueron sus *Etimologías* u *Orígenes*, una *summa* muy útil de la ciencia antigua condensando, más con celo que con espíritu crítico los principales resultados de la ciencia de la época, siendo uno de los textos clásicos hasta mediados del siglo XVI.

Sin embargo, como diría el papa emérito Benedicto XVI, «más que el don precioso de la síntesis, parecía tener el de la *collatio*, es decir, la recopilación, que se manifestaba en una extraordinaria erudición personal, no siempre tan ordenada como se hubiera podido desear».

Isidoro fue, sin duda, un hombre de contraposiciones dialécticas acentuadas, experimentó un conflicto interior permanente, sumamente parecido al que ya habían vivido san Gregorio Magno y san Agustín: entre el deseo de soledad monástica, para dedicarse únicamente a la meditación de la Palabra de Dios, y las exigencias de la caridad hacia los hermanos de cuya salvación se sentía responsable como obispo. Tal vez precisamente por esa lucha constante consigo mismo da la impresión de un exceso de voluntarismo, que se percibe leyendo las obras de este gran autor.

En todo caso, hay que admirar su preocupación por no dejar de lado nada de lo que la experiencia humana produjo en la historia de su patria y del mundo. No hubiera querido perder nada de lo que el ser humano aprendió en las épocas antiguas, ya fueran éstas paganas, judías o cristianas. Por tanto, no debe sorprender el que, al perseguir este objetivo, no lograra transmitir adecuadamente, como él hubiera querido, los conocimientos que poseía, a través de las aguas purificadoras de la fe cristiana. Sin embargo, según las intenciones de Isidoro, las propuestas que presenta siempre están en sintonía con la fe católica, defendida por él con firmeza. Percibe la complejidad en la discusión de los problemas teológicos y propone a menudo, con agudeza, soluciones que recogen y expresan la verdad cristiana completa. Esto ha permitido a creyentes a través de los siglos hasta nuestros días servirse con gratitud de sus definiciones.



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (I): la duda entre las dos religiones

GERARDO MANRESA

EL día 30 de agosto de 1566 llegaba por primera vez a la Universidad de Oxford la reina Isabel I, acompañada por su favorito, el duque de Leicester, y su séquito. La visita duró seis días y las celebraciones fueron muy variadas y de gran relevancia. El día 3 de setiembre, un joven, que por su formación había adquirido una importancia insoslayable en la Universidad, se disponía a dar su lección magistral delante de la reina. Era Edmund Campion.

El Saint John's College de Oxford fue fundado en 1555, en el reinado de María Tudor por Thomas White, un comerciante católico, para la formación de clérigos católicos que pudieran ayudar a la Contrarreforma. En la inauguración, en tiempos de la reina María Tudor, Campion, de diez y seis años de edad, también fue el encargado de dirigir las palabras de bienvenida a la reina María.

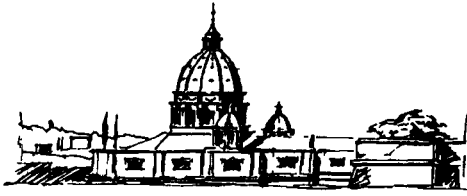
Para el parlamento a la reina Isabel hubo, en el Saint John's College, una polémica, pues el tema propuesto por el College fue el cambio de religión de la reina, pero el tema fue vetado. El canciller de la Universidad de Oxford, aunque católico, no quería ponerse a mal con la reina. El tema elegido por Campion fue sobre ciencias naturales. Su elocuencia la empleó en alabar a la reina, al canciller, William Cecil, y al duque de Leicester. Fue un gran éxito que reportó a Campion el patronazgo tanto de Leicester como de Cecil. Desde aquel día Campion fue a quien se recurrió cuando en la Corte se hacía sentir la necesidad de mayor seriedad.

Con la llegada de Isabel al trono muchas cosas habían cambiado en la Universidad, muchos católicos perdieron sus cátedras y puestos, nadie podía tener una mínima confianza en la viabilidad de una carrera universitaria. La Universidad había sido ante todo un lugar para la formación de clérigos y las órdenes sagradas eran obligatorias para los aspirantes a casi todos los puestos de importancia. La política y la religión siguieron inclinando las elecciones universitarias. Una gran tradición se había roto. Isabel y Cecil eran conscientes de la importancia de las universidades y ello fue el motivo de su visita: garantizar el favor real a los estudiantes y asegurar así la clerecía de la nueva religión. Así entre los jóvenes talentos para la nueva religión, Isabel y Cecil descubrieron a Edmund Campion. Sus orígenes, de la clase comercial londinense, donde el protestantismo hallaba su mayor fuerza, también favorecían su elección y como económicamente dependía de sus patrocinadores, era una pieza segura para la nueva religión.

Ya en aquel tiempo los mejores hombres de Oxford

habían abandonado la Universidad y el país, pues la celebración de la misa católica estaba muy perseguida y sólo a escondidas se podía celebrar. A partir de 1570 la persecución empeoró. Durante los años de estudiante, la sumisión de Campion a la nueva religión fue completa y es casi seguro que prestara el Juramento de Supremacía cuando se licenció en 1560. En 1568 se comprometió más con la nueva religión al aceptar la ordenación de diácono, propuesto por la reina Isabel, de manos del obispo de Gloucester. En esta década confusa y mal documentada los católicos parecen haber estado, cada uno a su modo, luchando con el problema de la conformidad. Este problema variaba grandemente según las distintas partes del país. Unos rechazaban emitir el Juramento y abrazaban el exilio, otros acarreaban las penas impuestas por la ley, otros populares o localmente poderosos evitaban año a año emitir el Juramento o lo hacían con la reserva mental de no comprometerse a él. Esta generación estaba habituada a los cambios y pensaban que antes o después el viento volvería a soplar a favor. La reina Isabel podía morir y ser sucedida por María Estuardo, o podía casarse con un católico, o ella misma convertirse al catolicismo; en todo caso parecía difícil que la situación pudiera pervivir con el mismo patrón de irracionalidad. Así pues, los católicos se arreglaban como podían a la espera de tiempos más favorables. En muchos lugares el sacerdote celebraba la misa en su casa antes de ir a leer la Oración de la Mañana en la parroquia y llevar las hostias consagradas para que los parroquianos católicos pudieran comulgar. Cada uno hacía sus arreglos.

Campion, aunque diácono por la nueva religión, cuidó evitar una visibilidad destacada en los asuntos eclesiásticos. En Oxford la facción católica era mayoritaria y Campion dudaba entre las dos religiones; quería que le dejaran en paz para seguir sus estudios y sus trabajos de supervisor y de orador público. Pero la época no era fácil y debía elegir entre llegar a mucho más o quedarse en mucho menos. Por los estatutos de su College, si quería continuar su carrera universitaria debía estudiar teología y prepararse para las Sagradas Órdenes. Campion lo aplazó tanto como pudo y se dedicó a estudiar a Aristóteles y la teología natural. Pero en 1567 tuvo que comenzar con el estudio de los Padres de la Iglesia. Con los Padres de la Iglesia cada frase parecía llevar dentro de sí una alusión ardiente y cuanto más penetraba en las almas de los doctores, más distante se encontraba de esa Iglesia anglicana en la que iba a ingresar. Él escapaba de las conclusiones de la propia razón.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El estado Vaticano se consagra a san José y a San Miguel Arcángel

LA construcción en los jardines vaticanos de una fuente dedicada a san José, patrono de la Iglesia universal, y la inauguración de una estatua de san Miguel Arcángel, patrono del estado de la Ciudad del Vaticano, han sido la ocasión para que el papa Francisco, acompañado por el papa emérito Benedicto XVI, consagrara el Estado Vaticano el pasado mes de julio a ambos protectores.

«Esta escultura –indicó el Santo Padre– nos recuerda que el mal ha sido vencido, el acusador ha sido desenmascarado, su cabeza, aplastada, porque la salvación se realizó de una vez para siempre en la sangre de Cristo. Incluso si el diablo busca siempre rasguñar el rostro del Arcángel y el rostro del hombre, Dios es más fuerte; su victoria y su salvación se ofrece a todo hombre. En el camino y en las pruebas de la vida no estamos solos, estamos acompañados y sostenidos por los ángeles de Dios, que ofrecen, por decirlo así, sus alas para ayudarnos a superar tantos peligros, para poder volar alto respecto a las realidades que pueden hacer pesada nuestra vida o arrastrarnos hacia abajo. Al consagrar el estado de la Ciudad del Vaticano a san Miguel Arcángel, le pedimos que nos defienda del Maligno y que lo arroje fuera. Queridos hermanos y hermanas, nosotros consagramos el estado de la Ciudad del Vaticano también a san José, el custodio de Jesús, el custodio de la Sagrada Familia. Que su presencia nos haga aún más fuertes y valientes en dejar espacio a Dios en nuestra vida para vencer siempre el mal con el bien. Pidámosle que nos proteja, nos cuide, para que la vida de la gracia crezca cada día más en cada uno de nosotros.»

Tras estas palabras, el Papa rezó las dos oraciones de consagración a san José y a san Miguel Arcángel, bendijo la estatua e impartió la bendición a todos los presentes.

Además, la Santa Sede ha dado ya a conocer el programa de la jornada del 12 y 13 de octubre en la que el papa Francisco consagrará el mundo al Inmaculado Corazón de María ante la imagen de Nuestra Señora de Fátima, trasladada hasta el Vaticano para la ceremonia. Esta consagración se enmarcará dentro de la Jornada Mariana promovida por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización bajo el lema «¡Feliz eres tú que has creído!». La Jornada Mariana es uno de los grandes eventos previstos en el calendario de celebraciones del Año de la Fe y congregará en Roma a centenares de mo-

vimientos e instituciones vinculadas a la devoción mariana.

Beatificación del cura Brochero

EL cura Brochero (1840-1914) fue beatificado el pasado 14 de septiembre en una multitudinaria celebración presidida por el prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos y enviado papal, cardenal Angelo Amato, y ante el monumento al Sagrado Corazón de Jesús que preside el cerro de la Cruz, junto al pueblo de Las Sierras de Córdoba (Argentina) que lleva el nombre del sacerdote que transportó a lomo de mula el Evangelio y el progreso a los más necesitados de la región.

El papa Francisco, en un mensaje dirigido a monseñor José María Arancedo, arzobispo de Santa Fe y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, con motivo de la beatificación, describía así al nuevo beato: «Que finalmente el cura Brochero esté entre los beatos es una alegría y una bendición muy grande para los argentinos y devotos de este pastor con olor a oveja, que se hizo pobre entre los pobres, que luchó siempre por estar bien cerca de Dios y de la gente, que hizo y continúa haciendo tanto bien como caricia de Dios a nuestro pueblo sufrido. Me hace bien imaginar hoy a Brochero párroco en su mula malacara, recorriendo los largos caminos áridos y desolados de los doscientos kilómetros cuadrados de su parroquia, buscando casa por casa a los bisabuelos y tatarabuelos de ustedes, para preguntarles si necesitaban algo y para invitarlos a hacer los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Conoció todos los rincones de su parroquia. No se quedó en la sacristía a peinar ovejas.

El cura Brochero era una visita del mismo Jesús a cada familia. Él llevaba la imagen de la Virgen, el libro de oraciones con la Palabra de Dios, las cosas para celebrar la misa diaria. Lo invitaban con mate, charlaban y Brochero les hablaba de un modo que todos lo entendían porque le salía del corazón, de la fe y el amor que él tenía a Jesús.

José Gabriel Brochero centró su acción pastoral en la oración. Apenas llegó a su parroquia, comenzó a llevar a hombres y mujeres a Córdoba para hacer los Ejercicios Espirituales con los padres jesuitas. ¡Con cuánto sacrificio cruzaban primero las Sierras Grandes, nevadas en invierno, para rezar en Córdoba capital! Después, ¡cuánto trabajo para hacer la Santa Casa de Ejercicios en la sede parroquial! Allí, la oración larga ante el crucifijo para conocer, sentir

y gustar el amor tan grande del Corazón de Jesús, y todo culminaba con el perdón de Dios en la confesión, con un sacerdote lleno de caridad y misericordia. ¡Muchísima misericordia!

Este coraje apostólico de Brochero lleno de celo misionero, esta valentía de su corazón compasivo como el de Jesús que lo hacía decir: «¡Guay de que el diablo me robe un alma!», lo movió a conquistar también para Dios a personas de mala vida y paisanos difíciles. Se cuentan por miles los hombres y mujeres que, con el trabajo sacerdotal de Brochero, dejaron el vicio y las peleas. Todos recibían los sacramentos durante los Ejercicios Espirituales y, con ellos, la fuerza y la luz de la fe para ser buenos hijos de Dios, buenos hermanos, buenos padres y madres de familia, en una gran comunidad de amigos comprometidos con el bien de todos, que se respetaban y ayudaban unos a otros. En una beatificación es muy importante su actualidad pastoral. El cura Brochero tiene la actualidad del Evangelio, es un pionero en salir a las periferias geográficas y existenciales para llevar a todos el amor, la misericordia de Dios. No se quedó en el despacho parroquial, se desgastó sobre la mula y acabó enfermando de lepra, a fuerza de salir a buscar a la gente, como un sacerdote callejero de la fe. Esto es lo que Jesús quiere hoy, discípulos misioneros, ¡callejeros de la fe! Brochero era un hombre normal, frágil, como cualquiera de nosotros, pero conoció el amor de Jesús, se dejó trabajar el corazón por la misericordia de Dios. Supo salir de la cueva del «yo-me-mi-conmigo-para mí» del egoísmo mezquino que todos tenemos, venciendo a sí mismo, superando con la ayuda de Dios esas fuerzas interiores de las que el demonio se vale para encadenarnos a la comodidad, a buscar pasarla bien en el momento, a sacarle el cuerpo al trabajo.»

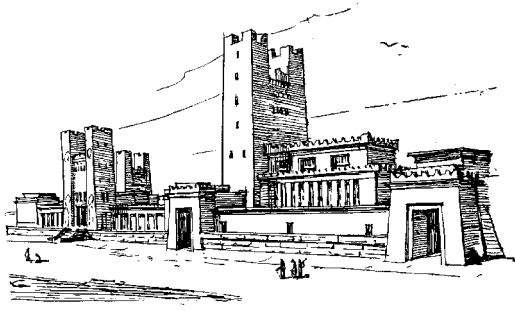
Impresionante celebración del Vía Crucis Magno de la Fe

EL 14 de septiembre, festividad de la Santa Cruz, tuvo lugar en Córdoba un acto histórico nunca antes llevado a cabo en la ciudad andaluza: la celebración del denominado Vía Crucis Magno de la Fe, organizado por la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba.

El mundo cofrade cordobés se volcó en la preparación de este evento, inscrito entre las distintas iniciativas que se están realizando en toda la diócesis con motivo del Año de la Fe, y consiguió reunir dieciocho pasos que, llegados desde las diferentes parroquias, se congregaron en un recorrido común por el casco histórico. Según relata Cordopolis.es, a las cinco de la tarde, puntualmente, se abrieron las puertas de la Real Colegiata de San Hipólito. Una multitud esperaba en la plaza de San Ignacio de Loyola a la salida de Nues-

tra Señora Reina de los Mártires, que en esta ocasión no estaría acompañada por el silencio.

El Vía Crucis Magno de la Fe congregó en la calle a miles de personas, sobre todo en el centro histórico, donde una marea humana atestaba cada rincón para contemplar las obras más importantes de la Semana Santa de la ciudad, expresión solemne de la fe de un pueblo. La noche caía cuando el obispo de Córdoba, Demetrio Fernández, se dirigió a la Puerta del Puente para recibir a la Reina de los Mártires. Y comenzó entonces el Vía Crucis con la primera estación. El rezo estaba acompañado de música de capilla y las imágenes caminaban lenta y sobriamente en un marco único. Nuestro Señor Resucitado cerró la procesión, celebrada con respeto y en un silencio sólo roto por la oración, que finalizó en el interior de la catedral, donde el obispo expuso al Santísimo y predicó una homilía, de la que extraemos los siguientes fragmentos: «¡Cómo brilla la cruz, de la que colgó Dios en carne humana y en la que, con su sangre, lavó nuestra heridas!». (...) Para el cristiano, la Cruz no es solamente un objeto de adorno, sino el símbolo y la señal de un acontecimiento histórico, que ha cambiado el curso de la historia humana. (...) Ese Cristo, centro de nuestra vida y de la historia, sigue vivo y presente en medio de nosotros. Y con la fuerza de su Espíritu Santo continúa transformando nuestros corazones y haciéndonos constructores de un mundo nuevo. La fe en Él ha movido montañas, como ha movido hoy a la ciudad de Córdoba con este Vía Crucis Magno en el Año de la Fe. (...) La cruz de Cristo es fuente permanente de esperanza. (...) hoy celebramos la cruz gloriosa, la cruz florida de mayo, la cruz victoriosa, porque el Crucificado ha vencido la muerte resucitando. Cada una de nuestras imágenes recobra vida cuando las miramos con esta certeza de la fe, cada imagen se convierte en estandarte, que atrae todas las miradas. Jesús está vivo, y me ama. Jesús ha resucitado y vive glorioso en la Santa Hostia de la Eucaristía, en el cáliz de su sangre derramada para el perdón de nuestros pecados. Por eso, adoramos su presencia viva, agradecemos su ofrenda de amor, que nos hace hijos, comulgamos su Cuerpo y Sangre para hacernos hermanos de una familia que no conoce fronteras. La adoración eucarística es el mejor colofón a este acto de fe, a este Vía Crucis en el Año de la Fe. Nunca ha sido tan bonita esta catedral, como hoy, llena de cofrades creyentes, que se gozan de pertenecer en el seno de la Iglesia católica a su propia cofradía. (...) Habéis puesto en la calle a vuestros sagrados titulares para decir al mundo entero —os han seguido desde todo el mundo— que la fe no es algo pasado ni obsoleto, sino la fuerza que hace mover a una ciudad, porque del corazón de cada cofrade ha salido esa devoción, multiplicada por los miles de participantes.»



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Siria: una partida de ajedrez entre Obama y Putin con un invitado no esperado

AUNQUE la guerra civil en Siria se remonta a dos años atrás, la ruleta enloquecida y sangrienta en que se ha convertido la «primavera árabe» ha fijado ahora su atención en el país gobernado por Bashar el Assad, el último dirigente salido de las filas del nacionalismo panarabista, en este caso el partido Baas, que resiste en el poder a las sacudidas islamistas. La causa inmediata de este foco sobre Siria ha sido la acusación estadounidense de que las tropas de El Assad habrían utilizado armas químicas, franqueando así la línea roja que Obama había marcado. A continuación, el secretario de Estado norteamericano, John Kerry, anunció la intervención militar estadounidense en el país con el objetivo de castigar al régimen sirio y destruir su arsenal de armas químicas. Anunció asimismo que varios países occidentales se unirían a la acción y que no iban a solicitar la autorización de Naciones Unidas, pues el veto de Rusia y China estaba asegurado. Hasta aquí un guión conocido que recuerda al utilizado en otras ocasiones.

Pero las cosas empezaron a complicarse, principalmente por el decidido apoyo de Rusia a Siria y por una opinión pública cada vez más consciente de las consecuencias que la caída de El Assad tendrían para el país y, en especial, para los cristianos que en él viven. Porque lo que está en juego en Siria es mucho más que lo que la Administración Obama ha reconocido hasta ahora. Por un lado estamos ante el escenario de un nuevo «gran juego» por la hegemonía en la región en el que, de una parte se alinean Siria, Irán y el Hizbolá libanés, todos ellos chiítas, si bien El Assad forma parte de la secta alauita, con el apoyo abierto de Rusia (que se asegura una salida al Mediterráneo para sus gasoductos y oleoductos) y el más en segundo plano de China, y por otra los rebeldes sirios, en su gran mayoría radicales islamistas sunitas, con el apoyo de Turquía, Arabia Saudita y las monarquías del Golfo, y de Estados Unidos y, con la timidez que le caracteriza, la Unión Europea. En este contexto, Rusia no desea ver crecer la influencia en la región ni de Turquía, ni de Arabia Saudita, aliada de Estados Unidos, por lo que

su presidente Vladimir Putin no dudó en afirmar que estaba dispuesto a involucrarse más en el conflicto en apoyo del régimen sirio y que la acusación de uso de armas químicas era un burdo montaje sin credibilidad (algo que no es sólo una bravuconada sino que parece tener base sólida).

Por otro lado, las cada vez más frecuentes noticias de masacres de cristianos a manos de los rebeldes islamistas ha sacudido una y otra vez a la opinión pública occidental, que además recibía el mensaje de numerosos obispos orientales en el sentido de que una intervención que podría acabar con El Assad significaría el genocidio final de los ya muy castigados cristianos sirios. Cada vez se veía con mayor claridad que si Bashar el Assad ha cometido crímenes (algo, por desgracia, casi diríamos que necesario si uno quiere mantenerse en el poder en esa región), la alternativa islamista es, con cada vez mayor certeza, aún peor.

Tras el desafío, verbal por el momento, de Rusia, el segundo tropiezo vino con la derrota del primer ministro conservador inglés, David Cameron, para conseguir el apoyo del Parlamento en su propuesta de unirse a Estados Unidos en la acción militar contra Siria, un fracaso que fue posible gracias a que numerosos compañeros de partido, incluso ministros de su gabinete, votaron en contra. A continuación Francia, inicialmente favorable a unirse a la intervención, se desmarcó del asunto. La reacción de Obama fue la guinda en este cúmulo de despropósitos y la confirmación de que ni él ni su Administración están a la altura de las circunstancias: anunció que solicitaría la aprobación del Congreso, aplazando una actuación que había sido anunciada ya como definitiva e inmediata, pero al mismo tiempo recordaba al Congreso, que en caso de que éste negara su apoyo, el presidente podría actuar unilateralmente, pues posee atribuciones para hacerlo (y entonces, ¿a qué viene la consulta?).

En éstas, con el mundo entero pendiente del siguiente paso y el reloj del ataque estadounidense en plena marcha atrás, los islamistas entraron a sangre y fuego en Maaloula, conocida como la Lourdes siria. Allí, donde todavía se habla arameo, los milicianos de Jabat al Nusra han arrasado cuanto han podido y han provocado el éxodo de quienes

han podido escapar, que se unen a los ya 450.000 cristianos sirios obligados a huir de sus casas. Una historia que, por desgracia, no es nueva: Maaloula se une a los nombres de Homs, Alepo, Deir el Zor, poblaciones cristianas que forman ahora un vía crucis que testimonia el genocidio que los cristianos están sufriendo en Oriente Medio.

En este tétrico juego de ajedrez en el que las potencias mundiales y regionales mueven sus fichas, el Papa sorprendió al mundo entero con la convocatoria de una jornada de ayuno y oración por la paz en Siria, en Oriente Medio y en el mundo entero. Recurría el Santo Padre a las poderosas armas del cristiano: penitencia y oración, las únicas eficaces cuando todos los esfuerzos humanos parecen condenados al fracaso. El papa Francisco manifestaba así que la solución a los problemas del mundo no está en nuestras pobres manos, sino en las de Dios, Señor de la historia, y de su divina Providencia, que rige misteriosamente los destinos de los hombres, pueblos y naciones y de donde únicamente puede provenir esa paz tan ansiada. A pesar de la incredulidad de un mundo que se cree autosuficiente, el llamamiento del Papa fue seguido por toda la Iglesia, de Oriente a Occidente.

Sólo 48 horas después de la jornada de ayuno y penitencia el secretario de Estado norteamericano, John Kerry, compareció en Londres para reiterar que un bombardeo a Siria era inevitable. Al final de su exposición, Margaret Brennan, corresponsal de la CBS, formuló una larga pregunta a Kerry sobre el supuesto ataque químico, para acabar preguntando: «¿El Assad, ya no puede hacer nada para evitar el ataque?». Kerry responde en tono burlesco: «Bueno, podría entregar hasta el último gramo de su arsenal químico a la comunidad internacional. Pero no lo va a hacer, ni tampoco puede hacerlo, obviamente».

Kerry pronuncia esta frase como simple comen-

tario retórico, creyendo que no tiene ninguna importancia ni consecuencias e insiste en que el ataque es inevitable. Pero inmediatamente Sergei Lavrov, ministro de Exteriores ruso, aprovecha la oportunidad y aparece en la televisión para anunciar que Rusia está de acuerdo con la propuesta de Kerry. La reacción estadounidense es de pánico: Jennifer Psaki, la portavoz del Departamento de Estado, se dirige frenéticamente a los medios de comunicación (mientras Kerry vuela hacia Washington) para desmentir que la frase de Kerry contuviese una oferta: «Kerry estaba simplemente haciendo un argumento retórico sobre la imposibilidad de que El Assad entregase sus armas químicas», reitera una y otra vez.

Demasiado tarde. El ministro de Exteriores sirio, Walid al-Moallem, anuncia que aceptan la oferta rusa: «Actuaremos con total cooperación con Rusia para evitar cualquier pretexto para un ataque». Esa misma noche Obama aparece para anunciar que la votación en el Congreso, prevista para ese mismo día, se suspendía y que Estados Unidos aceptaba la propuesta de Rusia y Siria. El ataque quedaba congelado, no sabemos por cuánto tiempo.

Muchos aspectos se pueden analizar acerca de lo vivido estos tensos días y de los movimientos que se han ido sucediendo, empezando por esta renovada edición de la «guerra fría» en la que la diplomacia rusa, compuesta por antiguos diplomáticos soviéticos, cuando no ex miembros del KGB, ha dado una lección a la diplomacia estadounidense y, paradójicas de la vida, puede haber resultado determinante para la pervivencia del cristianismo en esas tierras. Sin embargo, la cercanía en el tiempo entre la jornada de ayuno y oración por la paz convocada y presidida por el Papa y el error infantil de Kerry que provocó la detención del ataque sobre Siria es lo bastante evidente como para suponer que estamos ante algo más que una simple «coincidencia».

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Septiembre

General: Para que los hombres de nuestro tiempo, con frecuencia inmersos en el ruido, redescubran el valor del silencio y sepan escuchar la voz de Dios y los hermanos.

Misionera: Para que los cristianos que sufren la persecución en numerosas regiones del mundo puedan ser, con su testimonio, profetas del amor de Cristo.

Octubre

General: Para que cuantos se sienten agobiados por el peso de la vida, incluso llegando a desear su fin, puedan advertir la cercanía del amor de Dios.

Misionera: Para que la celebración de la Jornada Misionera Mundial haga a todos los cristianos conscientes de ser no sólo destinatarios sino también anunciadores de la Palabra de Dios.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



La amistad del cristiano

Autor: Alfredo Alonso-Allende Yohn

Editorial: Rialp

240 páginas

Precio: 18,00 €

La amistad, como todo amor, conlleva conocimiento y aprecio mutuos. No necesita motivos para servir al otro, pues «es mi amigo»: no hacen falta más razones. Ayudar al otro a ser feliz es una exigencia de toda verdadera amistad, y buscarle lo malo y proporcionarle lo bueno, lo que le mejora como persona. Pero, ¿es realmente posible vivir una

amistad así, o está sólo al alcance de unas pocas personas excepcionales? Este libro ayuda a valorar la amistad de calidad, y muestra cómo Jesucristo es el gran modelo en este aspecto.



Obras de san Ignacio de Loyola

Autor: San Ignacio de Loyola

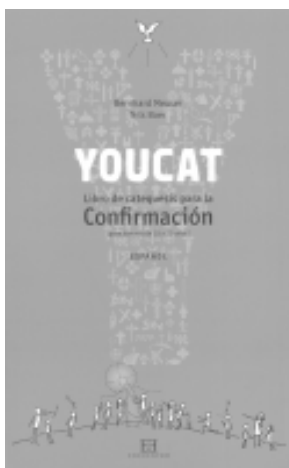
Editorial: BAC

1144 páginas

Precio: 55,00 €

Nueva edición, actualizada, preparada por el profesor emérito de la Gregoriana, Manuel Ruiz Jurado, S.I., que también había preparado la quinta edición. Después de más de treinta años, era necesario ponerla al día: en la historiografía, en la bibliografía, en las notas, incorporando los avances logrados en la investigación de estos últimos años sobre los Ejercicios, las

Constituciones, los tiempos de elección y su aplicación dentro y fuera de los Ejercicios, y sobre el *Diario espiritual*.



YouCat Confirmación

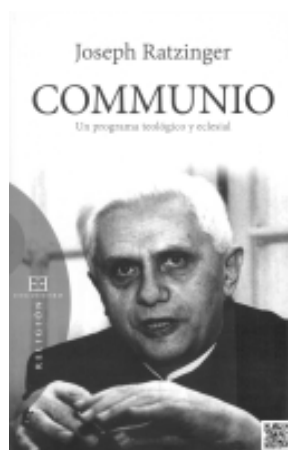
Autor: VV.AA.

Editorial: Encuentro

114 páginas

Precio: 9,99 €

Este libro es como un entrenador personal que acompaña al joven hasta el gran día de su Confirmación. En él el confirmando encontrará un buen programa de entrenamiento, muchos consejos para una vida emocionante con Dios pero, sobre todo, encontrará referencias a dos libros importantes: la BIBLIA y el YOU-CAT, el «Catecismo joven de la Iglesia católica».



Communio

Autor: Joseph Ratzinger

Editorial: Encuentro

392 páginas

Precio: 31,00 €

En 1972 varios de los miembros de la Comisión Teológica Internacional fundaron la revista *Communio*. Entre ellos se encontraban los más grandes teólogos católicos del siglo: H.U. von Balthasar, H. de Lubac, L. Bouyer, M.-J. Le Guillou, y Joseph Ratzinger. La revista se convirtió en un instrumento fundamental para el intercambio y el desarrollo teológico a partir del Concilio

Vaticano II. Este libro recoge los artículos de Joseph Ratzinger publicados en la edición española de *Communio*.

CONTRAPORTADA

Al servicio de Cristo y de nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica

El escudo de nosotros, jesuitas, es un monograma, el acrónimo de «Iesus Hominum Salvator» (IHS). Cada uno de vosotros podrá decirme: ¡lo sabemos muy bien! Pero este escudo nos recuerda continuamente una realidad que jamás debemos olvidar: la centralidad de Cristo para cada uno de nosotros y para toda la Compañía, a la que san Ignacio quiso precisamente llamar «de Jesús» para indicar el punto de referencia. Por lo demás, también al comienzo de los Ejercicios Espirituales nos sitúa ante nuestro Señor Jesucristo, nuestro Creador y Salvador (cf. EE, 5). Y esto nos lleva a nosotros, jesuitas, y a toda la Compañía a estar «descentrados», a tener delante al «Cristo siempre mayor», el «Deus semper maior», el «intimior intimo meo», que nos lleva continuamente fuera de nosotros mismos, nos lleva a una cierta kenosis, a salir del «propio amor, querer e interés» (EE, 189). No está descontada la pregunta para nosotros, para todos nosotros: ¿es Cristo el centro de mi vida? ¿Pongo verdaderamente a Cristo en el centro de mi vida? Porque existe siempre la tentación de pensar que estamos nosotros en el centro. Y cuando un jesuita se pone él mismo en el centro, y no a Cristo, se equivoca. En la primera lectura Moisés repite con insistencia al pueblo que ame al Señor, que camine por sus sendas, «pues Él es tu vida» (cf. Dt 30,16.20). ¡Cristo es nuestra vida! A la centralidad de Cristo le corresponde también la centralidad de la Iglesia: son dos fuegos que no se pueden separar: yo no puedo seguir a Cristo más que en la Iglesia y con la Iglesia. Y también en este caso nosotros, jesuitas, y toda la Compañía no estamos en el centro; estamos, por así decirlo, «desplazados», estamos al servicio de Cristo y de la Iglesia, la Esposa de Cristo nuestro Señor, que es nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica (cf. EE, 353). Ser hombres enraizados y fundados en la Iglesia: así nos quiere Jesús. No puede haber caminos paralelos o aislados. Sí, caminos de investigación, caminos creativos, sí; esto es importante: ir hacia las periferias, las muchas periferias. Para esto se requiere creatividad, pero siempre en comunidad, en la Iglesia, con esta pertenencia que nos da el valor para ir adelante. Servir a Cristo es amar a esta Iglesia concreta, y servirla con generosidad y espíritu de obediencia.

PAPA FRANCISCO: Homilía en la fiesta de san Ignacio de Loyola (iglesia del Santísimo Nombre de Jesús, Roma, 31 de julio de 2013)